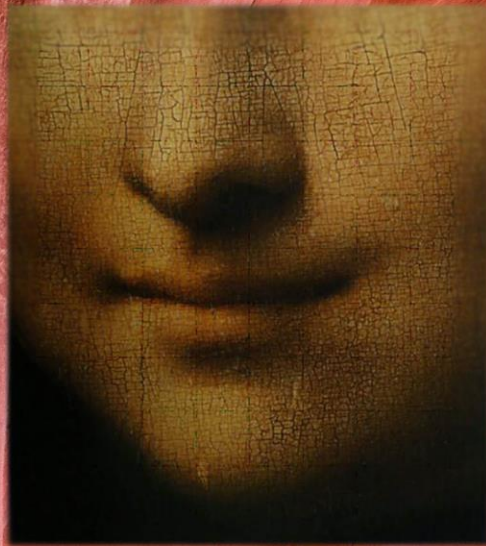


# *La sonrisa del placer*

*(Narración erótica)*



*Alejandro Domínguez Araújo*

## PRÓLOGO

Escribí esta narración en el año 1980, finalizaba mis estudios universitarios, mi intención era hacer una narración erótica y al mismo tiempo que contuviese reflejos de simpática ironía. La estructura del diario me pareció la más apropiada para este cometido.

La literatura erótica no había sido nunca mi predilección, pero no podía desconocer algunos clásicos de la literatura que habían escrito novelas, cuentos o poemas con este cariz. Cómo no conocer a Góngora, Quevedo o a Gracián, como igualmente no conocer a Safo de Mitilene, Pietro Aretino, Sade, Choderlos de Laclos, Lautréamont, Apollinaire, Henry Miller, Anaïs Nin, Pierre Louÿs, Louis Aragon o Boris Vian por citar algunos autores. Otros autores de calidad incuestionable tenían en sus novelas pasajes más o menos explícitos o algunos como Zola, con dos frases como grandes brochazos describían veladamente una situación que abría al lector las puertas de una vívida situación imaginaria, otros como Saramago lo hacían de tal forma que quedasen grabados en la memoria.

Recuerdo que al finalizar la escritura, me invadió una íntima disconformidad conmigo mismo, le faltaba algo, le faltaba trascendencia, esa trascendencia humana que hace que la mente se eleve y depure, eso no lo encontraba en el escrito. Sí tenía ironía, erotismo, reflexión, pero no humana trascendencia que contribuyese, como todo escrito que se precie de serlo, al mejoramiento de la mente de quien lo lea. Sólo los malos lectores se quedan con la superficie de lo que leen, más bien se asemeja a correctores de artes gráficas que solamente fijan su atenta mirada policial en acentos y puntuaciones convirtiéndose en profesionales de la apariencia, que no de la forma y mucho menos del fondo, si es que pueden separarse, y ya no digamos de lo lejos que le quedaría la secreta intención del escrito. Esta secreta intención de lo escrito es el alma de un texto, ahí es adonde quiere llegar el buen lector y donde la quiere plasmar quien escriba.

Por desgracia hay pocos buenos lectores, y por desgracia igualmente hay muy pocos escritores. La literatura está imbuida de un tartufismo sin igual en otras épocas y los escritores llevan en sí y dentro de sí este tartufismo despiadado sin humanidad y sin alma.

Por suerte o por desgracia para ambos, hoy en día nadie lee un libro, y quienes lo hacen lo hacen en letra impresa, en hojas encuadernadas, llamándose libro únicamente por este hecho. Es como si un hombre fuese hombre únicamente por caminar erguido sobre dos piernas.

Por mi parte calificaría a un ser semejante como un animal bípedo, alto, bajo, grueso, delgado, corpulento, débil y con otros calificativos que se les quiera poner, pero animal bípedo.

Porque el hombre no nace hombre, nace varón o a lo sumo, el hombre no nace, se hace y esa categoría de hombre, pocos la han conseguido. No puedo sustraerme a las estrofas de Miguel

Hernández, el poeta alicantino de la generación del 27, que murió en prisiones franquistas ***“Hombres veo que de hombres//sólo tienen, sólo gastan //el parecer y el cigarro//el pantalón y la barba...//”***.

De igual manera puede decirse de la mujer, porque la mujer no nace mujer, nace hembra a lo sumo, la mujer no nace, se hace y esa categoría de mujer, pocas la han conseguido.

Los tiempos han cambiado vertiginosamente, escucho decir, y callo.

Los tiempos no han en absoluto cambiado, lo que sí ha cambiado vertiginosamente y con formas sutilísimas han sido las maneras alienantes de las mentes hasta tornarlas burdas y groseras, que toman la verdad por la mentira, la mentira por la verdad, confundiendo el hecho real con la imaginaria ficción y tomando por oro todo aquello que brilla.

Hoy la permanencia es la gran enemiga de la vida, se vive en la impermanencia, en el cambio, en lo que no se retiene ni se vive, y, por tanto, donde no hay vivencia, no hay vida.

Este es el secreto del éxito de internet, la impermanencia. La imagen a sustituido a la lectura, la mente dormida se alimenta visualmente, visiona sin analizar, porque la imagen es impermanente, vertiginosamente pasajera.

Pensar requiere hábito, adiestramiento y esfuerzo, y la cultura social en la que estamos inmersos es una cultura de vagos visionadores (no visionarios), que consumen y permiten que les fabriquen espectáculos de masas tan simples como carentes de buen gusto, cuyo único aliciente parece ser un motivo para realizar una quedada de gentes, la calificación de cultural les viene dada por el número de asistentes.

Como dice la fábula de Samaniego ***“A un panal de rica miel//dos mil moscas acudieron//que, por golosas, murieron,//presas de patas en él.//Otra dentro de un pastel//enterró su golosina.//Así, si bien se examina,//los humanos corazones//perecen en las prisiones//del vicio que los domina”***.

De esto puede entenderse que en España se entienda por cultural los espectáculos de masas, y lo que es todavía más asombroso, se tome por cultural la tauromaquia, el fútbol y las procesiones religiosas, añadiendo los grandes espectáculos musicales de cantantes de moda.

¿Por qué no añadir como culturales, las grandes concentraciones moteras y las multitudinarias concentraciones de jóvenes y adolescentes en sus reuniones de consumo alcohólico?.

Dos formas hay de escribir sobre la virtud, una mostrando el vicio en su forma más descarnada y explícita, como lo hizo el Marqués de Sade o Lautréamont. La otra mostrando la virtud contrastándolo con lo más abyecto del ser humano, como lo hizo Balzac o Víctor Hugo. Ambas maneras perseguirán un mismo fin utilizando caminos distintos.

Dentro de la literatura erótica, la mayor parte no debe así ser llamada, su nombre sería otro, pocos lectores pueden sustraerse a la belleza de Las Canciones de Bilitis de Pierre Louÿs o a reírse con su atrevido, rompedor y transgresor Manual de Civismo, parodia de los manuales cívicos de los colegios de su época. Dicho sea de paso, este mismo Manual de Civismo, si hoy fuese escrito su autor sería encarcelado con no poca pena de prisión, y denostado por gran parte de la alienada profesión periodística.

En lugar de avanzar en el liberalismo mental, se retrocede hacia un anquilosamiento mental y una sociedad cada vez más autoritaria, religiosa y políticamente esclerótica.

El humanista y el doctor en medicina Pedro Mata en 1850, en su libro Medicina legal, calificaba como perversión y anormalidad la felación, descubriendo como algunos individuos sujetaban por el cuello a quien se la realizaban, por temor a que mordieran su pene.

El mismo López Barbadillo editor de una colección de narraciones eróticas en el siglo XX, en un prólogo cuenta y condena a Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán por su preferencia y gustos de realizar felaciones a muchachas, aunque se siente obligado a disculparle de semejante vicioso comportamiento, por ser quien era y su probado valor y renombre.

En el tiempo del corpulento Aretino aquel que murió desnucándose al caerse cuando se balanceaba de la silla en la que estaba sentado, al contarle su hermana una escena erótica que le había sucedido la noche anterior con su amante. Se era de pensamiento más liberal en su época del renacimiento que en el siglo XXI.

En definitiva, puede verse la sexualidad en la literatura como algo oscuro, perteneciente al submundo como lo ha hecho Genet o sin estas cargas de oscuridad como lo hace D. H. Lawrence.

Dejando al margen los ensayos sobre el erotismo de Bataille, Boris Vian, Marcuse, las teorías de Freud o de Wilhemn Reich, simplifico el erotismo en pulsión erótica y represión erótica. En la pulsión erótica existe una manifestación y un comportamiento de atraer y ser atraído, de satisfacer y ser satisfecho. En la represión erótica existe una manifestación y un comportamiento de atraer y ser satisfecho. El movimiento es unidireccional, el ego predomina en la vida psíquica y ordena desde el interior la vida física.

Desde esta represión erótica, se produce el sueño de la razón, que Goya plasmó en sus grabados, escribiendo bajo uno de ellos *“El sueño de la razón produce monstruos”*.

No obstante, quiero resaltar, sin ahondar en el psiquismo, que muchos creadores de las diversas artes, han realizado obras eróticas, muchas veces por mera diversión, liberándose con frecuencia de algún que otro fantasma que le rondaba e incomodaba en los diurnos o nocturnas noches por el desván de su inconsciente.

Wilhem Reich finalizaba así su libro *“La revolución sexual”* *“...El amor, el trabajo y el saber son las fuentes de nuestra vida. También deberían gobernarla”*.

Cuarenta años después de haber escrito esta narración sale a la luz, si con ella logro hacer sonreír de placer a algún lector, mi cometido habrá sido cumplido y yo me tendré por satisfecho.

¡Suponiendo que alguien lo lea, claro está!.



Es mi primer año de universidad, después de muy avanzado el curso en la facultad de química, he decidido escribir un diario íntimo de todo lo que me ocurra durante estos años, cuando una mujer habla de intimidad, se refiere a un solo aspecto, el sexo. Aquí escribiré mis inquietudes, mis deseos y mis peripecias, si alguna llego a tener.

Para ser lo primero que escribo en este diario, ya está bien, pues nada tengo que contar realmente.

Retocando los versos de Espronceda:

***“Navega, diario mío,  
sin temor,  
que ni enemigo navío  
ni tormenta, ni bonanza  
tu rumbo a torcer alcanza,  
ni a sujetar tu valor.***

.....

***Que es mi diario mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria, el amar.”***

Virginia Wolf, la histérica suicida, escribió en una de sus novelas ***“Pero el amor ... no es más que una historia que uno forja en su mente acerca de otra persona, y uno sabe en todo momento que no es verdad. Por supuesto que lo sabe; pues uno tiene siempre buen cuidado de no destruir la ilusión”.***

El amor, estoy convencida, es un obsequio de los dioses a la humanidad para que amando alivien sus cuitas terrenales. Algo espiritual para aliviar lo material. Nosotros, sin embargo, intentamos aliviar nuestras penurias terrenales con cosas materiales empeñándonos en aliviar las penas espirituales con cosas materiales también. El fracaso es rotundo, pero una y otra vez seguimos haciéndolo.

Amar a una persona es intercambio de intereses o cubrir necesidades, amar a la humanidad, al prójimo sin nombre ni número, es amarse uno a sí mismo en ellos.

Hay también quien dice que ***“el amor es una goma sujeta por dos infelices, cuando uno de ellos la suelta golpea al otro en las narices”.***

En cuestiones del amor de intercambio, que es el único que practicamos, es lo que sucede, en el otro no hay goma ni absolutamente nada que sujetar, hay un todo por entregar.

Ha escrito esto la gran experta, la mujer con vasta experiencia de vida que soy yo, pero ha quedado bien, parezco profunda y espiritual y lo único que soy es una pretenciosa ignorante o una ignorante pretenciosa.

La juventud por su juventud misma, es lo más atrevidamente osada.



He conocido a un estudiante de medicina, es guapo y me gusta. La verdad es que son muchos los muchachos que me gustan, tengo que disimularlo, no es tan fácil hacerlo.

Éste sin embargo me gusta más que los otros. No me importaría tener mi primera experiencia sexual con él. Si sabe llevarme a la cama, me dejaré ir y le ofreceré mi virginidad, ya estoy hasta las narices de ella.

No quería masturbarme, lo hice la noche pasada y la anterior también, no quiero hacerlo, pero mientras escribo esto, estoy apretando los muslos. Sé que es inevitable, tengo ganas de hacerlo y lo haré.



Es gracioso, hoy me han echado los tejos dos veces, esos tontos no se imaginan que todavía soy virgen, a decir verdad, ni mi propio padre lo cree.

Han pasado varios días y no he visto al estudiante de medicina, mañana seré yo quién lo busque. Mejor esperaré unos días más, cuando se decida echarme los tejos le pararé los pies, unos días más tarde, cuando menos se lo espere, cuando haya perdido todas las esperanzas, saltaré sobre él. Un poco de juego y emoción nunca viene mal.



Por fin, por fin he dejado de ser virgen, ahora ya me han descendido a la categoría de mujer.

Tantas cosas había oído del momento de la penetración, que tenía un cierto miedo y reparo. Me molestó ligeramente al principio, sangré unas gotas nada más, he estado media hora en la cama con el estudiante, la mitad del tiempo me aburría, es más soso este muchacho que una comida sin sal.

No pienso volver a acostarme con él. Lo pasado, pasado está y pasado debe quedar. Él, que se quede con ese ridículo orgullo de hombre, de haber desflorado una doncella.

A pesar de conocer la fisiología sexual humana y no haber tenido excesiva represión referente al sexo en mi educación familiar, la influencia del entorno oscurece la razón. Miedos y terrores a la penetración, el gran pecado, la gran transgresión.

Una parte del cuerpo masculino del que la mujer carece, se alarga, se engrosa y entra en nosotras. Brutalidad y animalidad pura ¡nos hacen creer!. Vivimos rodeadas de tonterías y alimentadas con tonterías igualmente.



Estoy contenta de haber perdido el himen, me siento de diferente manera, no lo he hecho con anterioridad porque no me apetecía, mi propio padre decía que la virginidad impide amar, veremos si tiene razón.

A partir de ahora temo quedar embarazada, tendré que tener cuidado, visitaré un médico que me aconseje alguna marca de píldoras anticonceptivas, siempre y cuando mantenga o vaya a mantener relaciones frecuentes, si son esporádicas o no tengo un compañero fijo el preservativo es la mejor opción. Las hormonas deforman el cuerpo y las contraindicaciones son muchas.



Han comenzado las clases y he vuelto de las vacaciones navideñas, deseaba volver a alejarme de la familia. La verdad, es que tenemos pocas ilusiones comunes, de ahí mi aburrimiento con ellos, y ellos conmigo, supongo. Ambos lo sabemos y nos toleramos, mi padre me dice con ironía: diviértete, que los 20 años tan sólo duran un año.



Me he acostado con un compañero, me ha dejado como estaba. Apenas me penetraba, eyaculaba y quedaba tirado jadeante como un asmático, así lo hizo tres veces.

Me acarició después, pero me hacía daño, tiene tanta idea de hacer el amor como yo de física nuclear.

Por si fuera poco, el muy tontaina, aún me pregunta ¿Qué tal? ¿Tuviste?.



Un compañero de facultad, me ha propuesto hacer el amor con él, le he dicho que no me apetecía, la verdad es que no me apetecía. Se quedó muy contrariado, no por la negativa, fue como si lo hubiesen rebajado de nivel, como si le hiriesen su orgullo. No alcanzo a comprender a los chicos, no logro comprender su mente, no sé si son más retorcidos que ridículos, o más ridículos que retorcidos.

¿Es que no se puede decir, no me apetece hacer el amor, y respetar los deseos de los demás?.

Por otro lado, el tío era más tonto que si entrenase, ¡que siga haciendo músculos!.



El salir de noche me está aburriendo, son muchas horas mal gastadas sin ninguna diversión gratificante, la gente que me rodea es frívola, absurdamente frívola.

A mis compañeras se les van los ojos detrás de los muchachos, pero que bien lo disimulan, lo curioso es que les apetece estar con ellos, no con ninguno en especial, sino con todos. No se atreven con ninguno, a la hora de la verdad dan excusas y jarrones de agua fría, creo que son unas calienta pollas – como dicen los hombres–.

O cambio de compañía o tendré que dejar de salir de noche. Cuando llego a mi habitación me pongo triste, no soy capaz de dormir, mi mano se desliza suavemente hacia los muslos, acaricio el vello y las ingles y sin darme cuenta estoy buscando un pacer solitario. A menudo lo hago varias veces hasta quedarme dormida. Curiosamente a veces no deseo acariciarme, pero que hacer cuando se está cansada y el sueño no nos tiende su brazo para que en él apoyemos la cabeza, creo que es la rutina, o la soledad el motivo de que me acaricie tan frecuentemente. Masturbarme está siendo para mí un refugio y una evasión de la vida que me rodea.



La noche pasada me lié, más me hubiese valido que no lo hiciese. No tenía ni la mínima delicadeza, no tenía la más ligera idea de hacer el amor. Yo tampoco la tengo, pero no voy por ahí de experta. El muy idiota tenía en sábanas y almohada estampada la Estatua de la Libertad de los Estados Unidos de América.

Apenas estuvimos desnudos, apenas me había acariciado ya me penetró, empezaba a excitarme cuando el taladrista comienza a jadear y queda sobre mí como un peso muerto. Me cabreeé y le dije que se quitara de encima.

Estábamos hablando, yo empecé a acariciarle y sentía como su pene crecía en mi mano, él me apretaba los pechos demasiado fuerte, sentía molestias y dolor, lo poco excitada que estaba se me pasó. Pero no quedó la cosa ahí, el muy cretino se monta de nuevo sobre mí, me penetra y al poco rato otra vez a jadear como si hubiese estado corriendo treinta kilómetros. Poco después se quedó dormido.

Por mi parte tenía sueño, pero no era capaz de dormirme, tal vez porque extrañaba mi cama, tal vez porque deseaba llegar al orgasmo, mi mano fue buscando mi sexo, que acaricié suavemente, cerraba los ojos y pensé, imaginé, respiraba por la nariz a veces profundamente sin poder evitarlo, mientras me acariciaba tensaba mis muslos con el mayor sigilo, en algún momento apreté mis nalgas y lancé unos suaves gemidos de placer mientras mi mano quedaba como paralizada sobre ese pequeño punto que tanto placer me proporciona.

Poco después, sin despertarlo me marché.

Estoy harta de acostarme con muchachos estúpidos, nadie ha conseguido hacerme alcanzar el orgasmo, sentir hacer el amor. Es posible que yo no me dé lo suficiente, procuro y además me agrada ser activa, me gusta acariciar, besar y ser besada, sentir el cuerpo caliente del hombre, sentir la fricción de los cuerpos y de su pierna entre las mías. Por otro lado, no soy frígida, alcanzo los orgasmos por mí misma con facilidad, mientras lo hago, imagino cosas, fantaseo, eso me excita muchísimo.

Estoy empezando a preocuparme, ya veremos que pasa, tendré que elegir mejor.



He pasado todo el mes dándole vueltas y más vueltas, ¿será por mi culpa que los chicos se comportan así conmigo?, no veo nada anormal en mi comportamiento, a lo mejor les molesta que los acaricie. Pero si eso les molesta, ¿para que quieren hacer el amor?, ¿y yo entonces que hago?, ¿me quedo quietecita como una muñeca hinchable?.

Ayer una amiga me ha contado que estuvo en una cama redonda, eran cuatro en total, dos parejas, con los colchones sobre el suelo. Me contó que otra chica empezó a acariciarla, y que le hizo una felación, pero que no tuvo orgasmo.

Me moría de envidia, todavía nadie me hizo una felación, yo tampoco cogí en mis labios los testículos ni el miembro de ningún muchacho, no lo he hecho por vergüenza, tengo ganas y deseos de hacerlo, de saber como es su textura, no sé, ganas de retener un pene en mi boca y hartarme de él.

Creo que cuando se hace el amor debe tenerse confianza, ayudar uno al otro a perder los temores, incitar y estimular a que se pierdan los miedos. Mostrar que se tiene enfrente a una mujer que quiere dejarse acariciar, que desea ella hacerlo, que en definitiva quiere amar y ser amada.

Nunca creí que las cosas fáciles, fuesen tan difíciles.



He tenido una nueva experiencia, todavía no se que pensar, todavía estoy desconcertada. Fui a casa de una amiga a buscar unos apuntes, bebimos unas copas de un licor que le habían regalado, estábamos un poco entonadas. Hablábamos de muchas cosas y salió el tema de los chicos, que siempre sale porque lo buscamos, así como el de las relaciones sexuales; ella tenía más experiencia, es además mayor que yo, le hice la confidencia de lo que me pasaba con los chicos, de las experiencias que había tenido con ellos.

Ella escuchaba en silencio, me lamentaba de la mala preparación sexual que nos han dado, de la cantidad de miedos y prejuicios que tenemos, de lo hermoso que sería amar sin trabas, entregándose lleno con voluptuosidad al placer físico. Único placer por otra parte que todavía podemos realizar por iniciativa propia.

Como llegó gente al piso nos fuimos a su habitación, en la cama, reclinadas entre cojines seguimos hablando, me preguntó si nunca había acariciado a otra chica.

Le respondí que no sabría como reaccionar llegado ese momento, suponía que no aceptaría, ella me dijo lo mismo, pero que tenía una gran contradicción consigo misma, aunque no sabía como reaccionaría. Al masturbarse, me dijo, que fantaseaba con acariciar el cuerpo de otra mujer.

A mi me ocurre lo mismo, respondí, a veces imagino situaciones parecidas y me excitan sobremanera. Fantaseo a veces esas situaciones solamente cuando estoy excitada.

Entonces ocurrió algo que no esperaba, ella se incorporó, me acarició la mejilla diciéndome: somos una pandilla de hipócritas, estamos llenos de fantasmas, ¿Cuándo seremos capaces de echarlos fuera? Y volvió a acariciarme la mejilla con el dorso de los dedos deslizándolos hasta el cuello. Poco después, no sé cómo, nos besamos y acariciamos. Llegué al orgasmo y me gustó, ya lo creo, era algo que necesitaba, tenía necesidad de llegar a él acompañada.



Medito sobre la experiencia de ayer. Sentir un desenlace final fue para mí liberador, por fin se me han abierto esas oscuras nubes que tanto me preocupaban.

A pesar de haber sido algo nuevo y agradable, no son las caricias de otra mujer lo que deseo, no es acariciar a otra mujer lo que busco. Busco al hombre ¿Por qué será tan difícil encontrarlo? Un hombre, sólo eso, un hombre.

Ayer me fue agradable ser acariciada, pero llegó a cansarme acariciar la piel suave de una mujer, aprisionar unos labios de textura similar a los míos, imitando el comportamiento varonil. Prefiero, la piel más áspera del hombre, el pecho con vello, las caricias, pero que alguno tiene que saber hacer sabiamente, me gusta sentir la excitación del hombre, sentir erguirse su pene; prefiero la penetración, aunque me haya dejado sin placer, a la caricia femenina con orgasmo.

La experiencia ha sido agradable, pero no tengo deseos de una segunda vez, y en esto no interviene moral alguna, si esa fuese mi inclinación lo haría.



He comenzado el segundo año de estudiante universitaria, el curso anterior lo he superado con buenas notas, puede decirse que soy una alumna brillante, pero como estudiante podría superarme más. Hago una diferenciación entre alumno y estudiante, ser un buen alumno, considero, que es aquél que aprueba con notas superior a la media, es decir, estudia los apuntes y lo necesario para responder eficientemente las preguntas de un examen. Ser un buen estudiante, considero, que es aquél que estudia para adquirir el mayor conocimiento posible, dedicando el tiempo y esfuerzo que fuese necesario. Las

calificaciones de los exámenes deben ser para el buen estudiante, un asunto secundario, aunque necesario.

Por mi parte, doy cumplida cuenta como buena alumna, también soy buena estudiante, pero podría serlo mucho más, no debo engañarme. El estudio no me supone esfuerzo alguno, es algo natural con mi forma de ser, de hecho... Pero como este es un diario íntimo, sexual, que no es un diario de trabajo, ni de campo, ni de bitácora, dejo estas consideraciones para otros lugares. En estos tres meses que estoy en el segundo curso me encuentro igual de cómoda que el año anterior, pese a que se diga que el primer año de universidad es un año de adaptación y de suspensos, en mí se realiza una excepción.



Tengo la negra conmigo, esta noche me lié con un profesor de psicología.

Fuimos a su casa, esperaba con él una noche maravillosa, le suponía experiencia, tacto, no sé, imaginaba un hombre distinto, un profesor hacerme el amor.

No se diferenció en nada de los demás. Mierda. El mundo está lleno de gilipollas.



He pasado la tarde en el campo. Todo fue repentino, un grupo de compañeros decidimos sin cálculo ni concierto, caminar hasta un monte cercano, en su cima hay una ermita, se construyó según parece, debido a una curación milagrosa.

En realidad, pienso que fue debida su construcción a que, en esa puntiaguda montaña, había algún resto de un ara a Júpiter, o a algún dios de nuestros antepasados, no pudiendo la iglesia eliminar la creencia del pueblo, decidió cristianizar el monte y hacer que el olvido cayese como la noche enterrando durante siglos la ancestral creencia.

Era hermoso después de subir caminado la ladera de la montaña, sentir la brisa en el rostro, notar como el cabello revoloteaba en el aire, como queriendo desprenderse y volar, me gustaba esa sensación, sentir el frescor del viento penetrándome a través de la ropa sin pudor, sin recato, sin miedo y yo me dejaba hacer, como amante sumisa. Tuve los ojos cerrados largo tiempo, mientras mi cuerpo era abrazado por el viento, mi vientre, mis muslos, todo ello contra su rostro, su pecho y su vientre, sus brazos me rodeaban totalmente.

Respiraba con dificultad, su enardecida pasión me ahogaba y estremecía, sentí un vago deseo que lentamente cabalgaba dentro de mí, recorriendo inexorablemente el interior de mi cuerpo. Me hallaba con las piernas separadas, el busto erguido, la cabeza levantada casi echada hacia atrás, el cuello besado y acariciado con pasión.

En ese momento todos estaban a un lado de la ermita resguardándose del viento, yo me encontraba en el lado contrario, en pié en lo alto de una roca, pero sin posibilidad de que me viesen.

Me quité el suéter, desabroché mi blusa y la abrí, mis pechos asomaron con toda su redondez, un poco empequeñecidos por el frío. Dejé que el viento los acariciase mientras ese vago deseo iba haciéndose más real, cerré las piernas, apreté los muslos y abrí la boca dejando escapar un suspiro deseando placer, mi mano se introdujo en mi pantalón, separó mi braga y me acaricié hasta que convulsivamente me contraje encorvándome.

Apresuradamente me arreglé y me puse el suéter por temor a que me viesen. Me pareció una experiencia maravillosa, he hecho el amor con el viento, no me ha follado, porque el viento no sabe hacerlo, sabe acariciar, que es más interesante y más viril.



He pasado el fin de semana con una amiga en la casa de sus padres, su casa es una antigua casona reformada y adaptada a las necesidades actuales, es una maravilla. Una finca enorme rodea la casa, en ella hay de todo, prados, árboles frutales, viñedos, castaños y robles.

Hay un hermoso y antiquísimo roble, solitario, frondoso, es una estampa increíble, no es demasiado alto, pero su copa es perfectamente redondeada. Caminábamos cerca de él, hablando de nuestros proyectos futuros, ambas sabíamos ya de antemano que esos proyectos no se realizarían jamás, pero eso eran, a pesar de todo, que nuestros proyectos se realizasen, ya no dependería de nosotras. El azar es la disculpa de la estupidez, pero también es de estúpidas creer que una mujer lo puede todo. No hay más que ver la biografía de cualquier persona, sus ambiciones, esas ambiciones que le hacen creer y en las que cree, no se realizan jamás, tontamente nos echamos las culpas a nosotras mismas, he ahí nuestra doble miseria, engañadas dos veces morimos creyéndonos culpables de haber fracasado.

Nuestros pasos se dirigían hacia el árbol, su sombra nos protegió del sol. Se estaba muy agradable bajo sus ramas, fuertes, retorcidas, el roble era un árbol sagrado para los antiguos celtas. Al que hubiesen cogido descortezando un roble, se le infligía un cruel castigo, le arrancaban el ombligo, lo clavaban al árbol que había sido herido y le hacían dar vueltas en torno a él, para que con sus entrañas fuese cubriendo el tronco. El suplicio es de lo más cruel, las creencias religiosas son crueles sean en las culturas que sean, y fuesen en los tiempos y pueblos que fuesen.

Los Druidas, utilizaban el muérdago que crecía en los robles como elemento mágico, para no perder su poder, tenían que cortarlos con cuchillos de oro, si se hacía con otro metal que no fuese oro, el muérdago perdía su efecto mágico. Muérdago significa la planta que todo lo cura.

Este roble es tan hermoso que, de haber celtas, lo adorarían por su belleza y por su fuerza. No pude resistir la tentación de subirme a él, ahorcadas me senté sobre una gruesa rama, María lo hizo también. Mis piernas estaban colgantes, los vaqueros evitaban que la corteza me dañase, lentamente sin saber

como ni por qué iba excitándome. Apretaba de cuando en cuando mis muslos contra la rama, cada vez que lo hacía una pequeña descarga de electricidad ascendía por mi vientre con un cosquilleo delicioso.

Notaba una humedad jugosa dentro de mí, y sentía como esta humedad salía al exterior y mojaba mi braga. Ante mí estaba María, sentada como yo, las dos sobre la misma rama, pensaba si a ella le ocurría lo mismo, si sentía lo mismo que yo en estos momentos. Deseaba ardientemente acariciarla, besarla, hacer el amor. No es porque fuese ella, simplemente deseaba hacer el amor, y ella estaba allí, ante mí, y yo, con la rama aprisionada ahora con fuerza entre mis muslos reteniendo quien sabe qué. Tenía la sensación de poseer un enorme falo, y así excitada deseaba hacer el amor poseer a alguien, y ella estaba ante mí, la habría abrazado, acariciado sus pechos redondos y bien formados, presionaría mi cadera contra la suya, con fuerza apretaría sus muslos con los míos. Todo esto lo imaginaba, allí sobre la rama sin decidirme a hacer nada.

Poco después descendimos del árbol y continuamos hablando de cosas de muchachas que la mayor parte de las veces no son más que tonterías.



Al escribir esto, no sé si estoy enfadada o, si por el contrario, tengo ganas de reírme. La cosa fue graciosa, realmente graciosa.

Ya tarde salí de un Pub con un pintor que toda la noche me estuvo tirando los tejos, me los tiró bien, y divinamente me fue engatusando, lo que se llama una seducción en toda ley.

Me dejé llevar a su casa, un poco de música, la última copa, y a la cama.

Sabía acariciar, al menos hasta ahora era lo mejor que había conocido. Penetrándome suavemente, esperaba que acabase de un momento a otro, pero nada de eso sucedió, tardó mucho en hacerlo, tanto que yo lo alcancé, poco después él, sentí como el líquido caía dentro de mi recipiente deseoso. Estaba loca de gusto, de deseo, de satisfacción, de placer, y de que alguien me elevase a la nube de la levitación amorosa.

Había bebido bastante cantidad de alcohol, y tenía un buen pedal. Después de este primer asalto, que me pareció delicioso, deseaba más.

Comencé por acariciar su pecho de escaso vello, besando sus pezones y jugando con ellos. Con mis labios fui recorriendo su vientre hasta llegar a sus testículos que ensalivaban y enjugaba con mi lengua. Pensar en ello me excita y hace que presione mis muslos. Su pene fue poniéndose erecto, pasé sobre él mi lengua desde su punta hasta la base, mis labios presionaban la punta de su pene, luego lo introduje en mi boca con deseo casi de tragármelo, empecé a mover la cabeza lentamente de arriba abajo mientras con una mano le acariciaba los testículos.

El hace unos movimientos bruscos, introduciendo el pene hasta la garganta, esto hizo que me diesen arcadas, y vomité sobre él una buena cantidad del alcohol que había ingerido durante la noche.

Puse al pobre pintor hecho un verdadero cuadro, mojé de gin- tonic su pecho, vientre, piernas y sábanas. Al principio del susto quedó paralizado, Lugo tan pronto pudo recuperarse de la impresión, y en un estado lamentable, pero lleno de ira, me dijo: ¡lárgate de una puta vez!.

Me he ido de su casa a las cuatro de la madrugada, ahora en la soledad de mi habitación, con sueño y cansada de garabatear en mi diario, me encuentro cabreada, aunque pensándolo fríamente, puedo morirme de risa. ¿Qué mejor Pop- Art o arte de intervención que el hecho por mí esta noche?.

Me considero una verdadera e inspirada pintora. Después de ese exabrupto intentó que me quedase, pero como verdadera artista consideré que el cuadro no necesitaba retoque alguno, estaba finalizado.



Llevo más de diez días sin asistir a ninguna clase, durante todo este tiempo he leído sin descanso, la lectura es un mundo edificante, la novela es necesaria al joven, le ayuda a comprender las pasiones humanas y el corazón de sus semejantes, la poesía todavía está fuera de mi alcance.

Me han dejado y he leído un libro del Marqués de Sade: Los 120 días de Sodoma, me espantaba de lo que este hombre escribió, me llenaba de horror lo que mis ojos leían, a punto estuve varias veces de abandonar la lectura, pero estaba tan bien escrito que tal vez fuese ese el motivo de no haberlo hecho. Me alegro de haber leído este libro, me abrió los ojos con respecto a la gente que me rodea, mostró ante mí hombres y mujeres de otras épocas que en poco se diferencian de los hombres y mujeres de ahora.

Creo que muchas de las personas que me rodean encajarían perfectamente en esas narraciones, pensarlo me da escalofríos, pensar que estoy rodeada de monstruos tales, de personas jóvenes con apariencia sana no siendo por el contrario más que monstruos en potencia, modelados por la mano del miedo y con la arcilla de la hipócrita y represiva moral.

Del Marqués de Sade se tiene la opinión generalizada de bárbaro, criminal y sádico, confundiéndose y no separando ya, la ficción de la realidad, su vida, de su creación literaria. El Marqués de Sade a pesar de haber escrito esos libros tan macabros, debía ser una persona virtuosa, su intención era llegar a la virtud utilizando como medio la maldad de nuestras mentes.

¿Por qué algo tan bello, como es el amor, tenemos que convertirlo en crueldad? ¿Por qué en lugar de ser amables, somos tan crueles?.



Por primera vez ha mordido en mí la depresión, ahora sé lo que es estar deprimida. Cuando oía decir “estoy deprimida” “tengo una depresión encima” no entendía muy bien lo que significaba. Estuve triste unos días, una extraña melancolía se apoderó lentamente de mi espíritu, tenía ganas de llorar, aunque nunca llegué a hacerlo; rehuía la compañía y deseaba estar sola. Por fortuna este estado de ánimo, pasó en poco tiempo.

Compadezco a aquellas personas que tienen depresiones frecuentes y duraderas, el suicidio en ese estado no se ve como un mal si no como un bien liberador.

Ha influido en mí, en este golpe de tristeza, el sentirme sola, la soledad. La peor soledad consiste en estar rodeada de gentes y sentirse sola, un objeto sin pasiones a no tener en cuenta, si al menos pudiese estar sola conmigo misma me conduciría en poco tiempo a la ruta de la independencia y de la liberación. Y eso está prohibido y castigado, prohibido y severamente castigado. Moralmente se entiende.



Ayer por la noche estaba acostada, mi mano, aún a pesar mío se deslizó por mi vientre hasta pararse en un punto al que no quería llegar. Al principio no estaba excitada, lo hacía sin saber porqué, tal vez por costumbre, cada vez fui calentándome más, noté la humedad en mis dedos, y sentí que dentro estaba muy caliente.

Comencé a imaginar escenas, ahora pensado fríamente eran escenas absurdas, pero imaginar lo absurdo a veces es excitante.

Con la mano izquierda acariciaba mis nalgas, mientras mis dedos de la otra mano masajeaban un punto que hay entre mi vagina y el clítoris que me enloquece. Acariciaba la parte exterior del orificio anal, y poco a poco fui introduciendo mi dedo en él, me escocía y me hacía un poco de daño, pero me gustaba y deseaba seguir. Me levanté, unté con crema facial el orificio y el dedo penetró con facilidad, pero deseaba algo más suave y más grueso a la vez, así que volví a untarme de crema, cogí un tubo de pastillas y así de pie me lo introduje mientras con la otra mano me acariciaba la rajita en ese punto que tanto me gusta.

No tardé demasiado tiempo en sentir una fuerte descarga eléctrica por todo mi cuerpo dejándome llevar transportada a otros mundos.



Hacer el amor, considero hacer el amor como una necesidad primaria, fundamental, desahoga, enaltece, espiritualiza y sobre todo causa placer. Hacer el amor, debe abrir los corazones, no cerrarlos, ensanchar los espíritus, no empequeñecerlos, su placer, su misticismo, su voluptuosidad nos acerca a los dioses, nos une más con la humanidad.

He ido a casa de mis padres, estuve con mi hermano, tiene dieciséis años, llevábamos mucho sin hablar seriamente de nuestras cosas. Hablamos de la familia, de nuestros padres, de la amistad, de nosotros mismos sin darnos cuenta íbamos haciéndonos confianzas, al principio tímidamente, al final libremente, sin fingimientos, hablábamos de nuestras apetencias, de nuestros deseos. Nos centramos queriendo y buscando, sobre la sexualidad, mi hermano me dijo muchas cosas y yo le pregunté todavía más, me dijo también, que nunca había estado con ninguna chica. De siempre nos hemos querido, siempre nos hemos entendido y ayudado, sentí por él una cosa extrañísima, una mezcla de cariño, de deseo, de ternura, de amistad, algo tan grande, tan hermoso, que estaba excitada y encendida. Con una seguridad y una confianza en mí misma como jamás había sentido, llevada por un amor y por una ternura infinita, lo besé en la mejilla, en la frente, besé sus sienes, sus ojos y sus labios. Permanecía él con los ojos cerrados y se dejaba besar, luego frotamos suavemente mejilla contra mejilla, nos abrazamos y así permanecemos suspirando quedamente y entornando los ojos de felicidad.

Oye, me dijo, si pasamos a más, si hiciésemos el amor estaría bien, me encogí de hombros, luego añadí: nunca he estado tan bien como ahora, mejor es quedarnos y no pasar de aquí, no quiero estropear por nada del mundo este momento.

Así estuvimos hasta que me quedé dormida sobre su brazo, desperté sintiendo acariciarme el cabello, amanecía, estaba pálido de no haber dormido, pero su rostro tenía expresión de felicidad.

Por temor a que mis padres nos encontrasen, lo dejé en su habitación.



Tal vez debería tener problemas de culpa, concepciones de haber pecado de haber hecho algo malo, terriblemente malo. ¡Santo Dios, casi una relación incestuosa! ¡un incesto!.

Pues nada, no tengo ni siento nada de eso, por el contrario, estoy contenta de lo sucedido y orgullosa y desde el otro día quiero a mi hermano más que nunca, estamos más unidos que nunca.

Tengo ganas de contárselo a alguien, de comunicarle como me siento, lo bonito que fue, pero no me atrevo, temo que no me comprenderían, tornarían lo hermoso en fealdad, la ternura en algo grosero. Delante de mí, callarían, pero para sus adentros pensarían ¡quién sabe lo que pasaría!.

No sé lo diré jamás a nadie, bueno, si encontrase la persona apropiada, le diría eso y muchas más cosas.



Sigo sin asistir a clase, la mayor parte del tiempo, estoy leyendo. La lectura me abre nuevos mundos, no obstante, tengo que asistir a clase, actualizar los apuntes, no aprobaré de seguir así y lo que es todavía peor, no obtendré los conocimientos químicos que deseo adquirir.

Mañana iré a clase, comenzaré a salir algo más, no puedo ni debo renunciar tan pronto a la confianza en la humanidad, ¿o a la confianza en mí misma?

Por primera vez asistí a una asamblea de universidad, después hubo una manifestación, cargó la policía brutalmente, no había motivo para que esos salvajes se comportasen así. Más salvajes todavía son los dirigentes que los preparan y más salvajes los profesores y demás gentes que con el barniz de la cultura lo permiten, sin elevar una sola voz en contra. A estos reprocho su hipocresía y su falta de hombría.

En la asamblea conocí a un revolucionario, es del partido M.C., movimiento comunista, es un muchacho muy interesante, me habló de política todo el tiempo, de la liberación de la mujer, y de la revolución sexual.

Pensé que iba a acostarse conmigo, pero no me dijo nada, tenía, me dijo reunión de partido, quedamos en vernos al día siguiente.

Es la primera persona que me encuentro, que es consciente de los problemas políticos del país, y que lucha por ellos, que es consciente del sometimiento de la mujer, por la política capitalista.

Eso me gustó, ¿por fin un estudiante diferente?.

Me acosté con el revolucionario de M.C., es un dogmático, no permite ni consiente, ni siquiera a sí mismo, poner en duda sus ideas.

En la cama pasable, pero eso no lo es todo, no me hace vibrar el espíritu, por otro lado, la política debe ser su gran amor, o su única pasión, no hace más que hablar de ella y de los anarquistas que son unos hijos de puta, porque les joden las asambleas.

Esta noche volveré a estar con él.

He estado dos veces con el pelma del revolucionario del M.C. El tío, empezó a marcarse un rollo de proselitismo conmigo, quería meterme en el M.C. Ya no lo aguanto más, es más aburrido que un sermón de cura.

Siento curiosidad por conocer a los anarquistas, me los pintó tan mal, me habló tan mal de ellos, que deseo saber si son así en realidad.

No volveré a acostarme con este revolucionario político, además eso de revolucionario se lo inventan ellos, ya que de revolucionarios no tienen nada, por arrojar unos panfletos, poner unos carteles y gritar unas consignas ya son revolucionarios. Me hablaba de tanta liberación, y después me hacía escenas de celos, quería tenerme atada como si fuese de su propiedad.

Estaría bueno, vaya decepción, creí que los revolucionarios eran diferentes; éste, llegué a pensar como una tonta, sería distinto de los otros.



¿Cómo podrá haber tanta estupidez en el mundo?, ¿o tanta estupidez concentrada en una sola persona?. No lo puedo comprender, pensar en las personas que me rodean me hace caer en la desilusión y en la desesperanza. A quién voy a creer, sino en aquellos a quienes creo mejores que yo, en aquellos que hablan de un mundo mejor.

Por curiosidad, empecé a acercarme a los anarquistas en las asambleas, eran enemigos a muerte con todos los demás partidos.

Comprendí por qué el del M.C. no los tragaba, les rompían lo que tenían preparado, les deshacían las consignas, y no eran tan violentos como me decían. Mientras los partidos hablan de política, estos hablan de cosas sociales, no daban alternativas se dedicaban a poner dudas en nuestras mentes, a derribar nuestras seguras verdades y lo conseguían sin grandes dificultades.

Me acerqué a uno de ellos, solía participar en las asambleas, era vehemente en su discurso, sabía llegar con sus palabras, nos exaltaba y hacía agitar nuestros pechos.

Al acabar la asamblea me acerqué a él y le dije que quería conocerle, que me parecía interesante. El muy bruto me respondió: pues yo quiero conocer tu interior, empieza por despojarte de la ropa ¿Qué dices, sí o no? Estupefacta no supe que contestar.

¡Son unos hipócritas!, dicen unas cosas y luego se comportan de manera diferente a lo que dicen.

A partir de ahora me masturbaré siempre que tenga deseos de amor, deslizaré mi mano entre los muslos y me satisfaré a mí misma. Después de las experiencias pasadas no pienso durante mucho tiempo volver a tener relaciones sexuales con un hombre, o con niños, más bien creo que fue con niños. Pero entonces, donde están los hombres ¿habrá hombres? ¿no será una mentira, eso del hombre?.



Hoy me ha ocurrido algo increíble, empezaron de nuevo las manifestaciones, yo iba en una de ellas esta mañana, de repente la policía pasó con los coches a toda velocidad por medio de la manifestación, cada uno se apartó como pudo. Las malas bestias saltaron de los coches y pegaban a placer y con una saña como no he visto jamás. De pronto un coche de la policía empezó a arder, se oyeron unos disparos, aunque la calle estaba bloqueada por la policía, pasamos sobre ellos saltando incluso sobre los Land Rover. Yo también iba entre ellos, asustada corría sin saber a donde, me caí o me empujaron, no lo sé, no podía levantarme porque me pasaban por encima; alguien en el medio de aquella marabunta, me levantó, me cogió de una mano y tiraba de mí, casi me arrastraba, nos metimos en un portal, y escaleras arriba nos metimos con otra mucha gente en un piso de alguien que nos dejó entrar.

Entonces reconocí su cara, era el anarquista, mi sorpresa no tenía límites, por el miedo y por la sorpresa no podía articular palabra, él me espetó: sigo creyendo que estás como un queso. Dijo eso y desapareció corriendo escaleras abajo.

Quien me diría que una persona a quien detestaba, tenía que agradecerle el haberme sacado de aquél infierno, no tuve oportunidad de decirle nada, se volvía otra vez al jaleo. Yo no bajaría por nada del mundo a la calle en aquellos momentos.

Si lo vuelvo a encontrar y me hace la misma pregunta no sabría qué contestarle. A pesar de lo que ha hecho, para mí sigue siendo un bruto.

Esa misma tarde han incendiado otro coche policial, han detenido a mucha gente, hay varios estudiantes heridos de la encerrona de la mañana.



He conocido a un poeta. Toda la tarde estuve con él, en su casa, me leyó sus poemas, era la primera vez que alguien me leía sus poemas. Siempre he mitificado a los escritores, un poeta, era para mí alguien lleno de sensibilidad, alguien que posee la virtud de captar las fuerzas invisibles, latentes en la naturaleza, en el cielo, en el universo, en los mares, en la tierra, en el aire y sobre todo en la humanidad. Que era capaz de llevar todo eso al verso, y transmitirlo así a nosotros, a los que no poseemos esas facultades.

Era el poeta para mí alguien excepcional, un semidiós.

Embobada oía recitar sus versos no sabía distinguir si eran buenos o malos, no sé si me gustaban, pero me encantaba oír su voz recitando para mí versos, poemas, poesía.

Poco después empezó a desnudarme, su cama estaba arrimada a la pared, de sábanas tenía la bandera de los Estados Unidos, me extrañó y haciendo una rápida relación tuve un fugaz pensamiento ¡este tío es imbécil!. Nos echamos sobre ella e hicimos el amor, no fue poéticamente, pero hicimos el amor, no alcancé orgasmo

alguno, sin embargo, estaba muy excitada y deseaba llegar a él, quería caer en ese pozo del olvido, en esa furiosa contracción muscular, en ese estado evanescente que hace sentirte al recuperar las fuerzas una mujer nueva.

Otra vez empezamos a acariciarnos, mis besos eran de deseo, mis caricias y mis movimientos de ansiedad.

Estaba excitadísima, necesitaba el clímax, me volvía loca de deseo, loca buscando el placer, más que tenerlo. Me dio la vuelta, paso sus dedos por entre mis nalgas, noté que algo suave había puesto entre ellas, luego se echó sobre mí, su miembro intentaba penetrar, empujaba cada vez con más fuerza, me dolía y me quejaba un poco, empujó con fuerza y un dolor intenso me embargó la zona, era un dolor extraño, mezcla de placer y dolor, sentí como penetraba, como estaba dentro de mí, el dolor fue intensificándose desalojando el placer, hasta ser dolor sólo, el seguía moviéndose, se movía bruscamente, a mí me dolía muchísimo, estaba a punto de gritar cuando se dejó caer sobre mí espalda, jadeante. Mientras yo tenía lágrimas en las mejillas.

Se echó a un lado, tuve irreprimibles ganas de ir al baño, cuando quise saltar sobre él, mis esfínteres forzados y dañados no pudieron contener una mezcla de semen y heces que cayó sobre su cuerpo. Descargué sin poderlo evitar sobre el poeta una inmensa y amorosa cagada.

Su reacción no se hizo esperar, olvidó su poesía, olvidó que era poeta, olvidó que había hecho el amor conmigo, olvidó que él había sido quién me sodomizó. Acompañada del lenguaje menos poético que se pueda imaginar me fue de su casa.

Ahora puedo presumir de cagarme en un poeta.

Y de que la bandera de los Estados Unidos me sirvió de cagadero.



Que cierto es el dicho: el mundo es un pañuelo. Sorpresa tras sorpresa, el azar nos lleva a menudo de un lado a otro, a veces nos trae situaciones no deseadas, imprevistas, insospechadas con frecuencia. Hay quien dice que el azar es la disculpa del estúpido. Yo creo en el azar, si juega alguna mala pasada es debido a su ingenuidad, pero como los niños es tierno y pronto se le pasan las rabietas. El azar nos suele facilitar ciertas situaciones, pero nosotras, ciegas e hipócritamente falsas, no nos atrevemos a tomar en nuestras manos lo que nos presenta, así es la imbecilidad del comportamiento humano.

Mi vida en estos últimos días se asemeja a la protagonista de una novela.



Sobre las 11.30 de la noche oí hablar en la sala a mis compañeras de piso, parecía como si hubiese algo de agitación, no hice caso y seguí concentrando toda mi atención en un manual de química orgánica. Poco tiempo después vinieron a buscarme, ¡No te imaginas quién está en la sala!. No podía saberlo ¿quién podría ser, para que tuviese tanto interés para mi?.

Apenas entré en la sala, palidecí durante unos segundos, segundos que parecieron durar eternamente, no supe que hacer, me sentía ridícula en mi propia casa.

Ante mí estaba él, visiblemente ruborizado por la impresión estaba clavado en la silla, con las palmas de las manos apoyadas en una mesa camilla, como si estuviese en una sesión de espiritismo.

Ahí estaba, sin saber que hacer, sin poder articular palabra, él, el temible anarquista, el que por dos veces me soltó a bocajarro que solamente veía en mí un cuerpo, aquí, en mi casa, estaba él. Ahí estaba, alguien que me quitó de un infierno y al que, por otra parte, no tuve tiempo ni ocasión de agradecerse.

Pero que distinto era ahora el león de las asambleas, la exaltación y la vehemencia anarquista, atemorizado por mí. Que curiosa reacción la de este joven, jamás hubiese sospechado esa otra faceta de su personalidad.

Todas sabían lo que con él me había ocurrido, todas conocían como me había sacado de aquella terrible carga policial, por un lado, era visto como un bruto, por otro como un héroe de carácter violento, y ahora como un hombre inofensivo; todo ello desconcertaba.

El día de la carga policial se habían incendiado dos coches, hubo varios policías heridos y uno de ellos hospitalizado. Hubo muchas detenciones, la policía registró pisos entre ellos el suyo, al no encontrarlo, detuvieron a sus compañeros; le achacan el incendio de los Land-Rover, la policía lo busca con especial interés, un amigo lo trajo a nuestro piso como el lugar más seguro, permanecerá unos días en la casa, si la cosa se complica, se irá a Francia.

Alrededor de la mesa camilla hablábamos de los jaleos de las últimas semanas, hizo análisis, pero como si fuese espectador, como si hablase de otra gente, como si él no hubiese estado en el medio, como si él no fuese y como si no supiésemos que era un líder de los ocultos, de los que no le gusta figurar. Era lo que se llama un idealista, un utópico, un loco romántico, un anarquista convencido. Creía que algún día el hombre sería de otra manera, que sus relaciones estarían basadas en la solidaridad y en la amistad, que la libertad arroparía a los humanos como una madre arropa y alimenta a sus hijos.

No dejaba de recalcar que la violencia es estúpida e inútil, jamás la violencia ha conducido a la liberación de la humanidad, solamente ha conducido a la opresión, por eso quienes la practican la necesitan para oprimir, justificando su violencia indiscriminada con leyes y cuerpos especialmente adiestrados en la represión física, moral y cultural. A veces la población actúa defendiéndose, a esa defensa la denominan terrorismo los auténticos maestros de la violencia terrorista, que no es otro que el Estado –nos decía.

Le agradecí que me hubiese levantado del suelo, y que me ayudase a salir de aquella terrible encerrona, no podré olvidar nunca lo que has hecho.

– Permitiendo que me oculte en esta casa unos días, haces por mí mucho más de lo que yo pude hacer, añadiendo, además soy yo el que te debo una disculpa y pedirte que olvides cierto encuentro, de cuyo diálogo no quiero acordarme.

Su modestia y su sinceridad me sorprendían y me ganaba, a veces juzgamos a las personas por la apariencia, por su aspecto externo, por su vestimenta, por sus poses que no son más que algo aprendido y estudiado.

Interiormente pensaba en una frase que había leído:

Dices conocer a un semejante; ¿has hablado con él? ¿has comido con él? ¿te has acostado con él?.

No había hecho ninguna de las tres cosas.

Era tarde, se le preparó una improvisada cama en la sala, se encontraba notoriamente cansado. Estaba acostada, con la luz apagada pensaba en él. Llamaron, encendí la luz, se abrió la puerta, su figura apareció, cerró la puerta se sentó en la cama, me miraba fijamente. Me cogió la mano, me la besó, seguimos contemplándonos, acariciaba suavemente mi mano ¿quieres acostarte? Le dije. No, fue su respuesta. Poco después añadió, quiero ayudarte a deshacer las sábanas de tu cama, quiero decirte mil palabras de amor.

Extendió su mano y con sus dedos delicadamente fue recorriendo mi cara, como si quisiera grabarla en su memoria, pasó sus dedos por mis párpados y al cerrarlos, sentí la humedad de sus labios en los míos, fue un beso suave, húmedo, no demasiado largo, lo suficiente para saber que sabía hacerlo muy bien.

Que extraña es la naturaleza humana, que complicado hacemos lo sencillo, nadie de los muchachos con los que he estado, eran tan humildes, tan tímidos, con una mujer, ¿porqué este espíritu independiente, era tímido conmigo? Jamás podré saberlo. Fue tímido hasta que se relajó porque luego, desplegó una energía que me dejó asombrada, su entrega era total, su alegría contagiosa, poseía una seguridad interna que me atraía, se asemejaba a un inmenso bloque de granito, cubierto de terciopelo.

Me acarició como nadie lo hizo, comprendí con él las dimensiones del amor, me relajaba y me excitaba a su gusto, me hacía rabiar de placer, de deseo, me mordía causándome ligero dolor en los hombros, para luego besarlos con la mayor de las delicadezas, nos abrazábamos violentamente como si quisiésemos fundirnos en uno, para luego dejar nuestros cuerpos relajados. Me besaba, nos besábamos con ternura y con pasión, olía mi cabello, besaba mi frente, mis ojos, mis sienes, mis labios, mi cuello, mis manos y mis pies, pasó su lengua con fuerza por mi columna desde las nalgas al cuello, igual hizo en las ingles y en la espalda, delicadamente pasó su lengua por mi cuello, por mis hombros, por mis brazos, por mi vientre, por mis piernas y pantorrillas. Sus labios jugaron con mi vello, besó mis labios humedecidos de licor de miel, así los llamó.

Lamió mis pechos y los dedos de mis pies, mordisqueó mis pezones, me hizo una felación fantástica, indescriptible.

Sus manos y mis manos no eran pasivas, tan pronto estaban cogidas, como colmando de placer el lugar que más lo necesitasen; nuestros cuerpos eran una escultura cambiante, viva, difícil de definir, cambiante de formas y de posición. Parecía un reto para ver quién daba más placer a quién. Lo amé, y me amó. Finalmente lo poseí, lo poseí muchas veces, y él muchas veces a mí, tantas veces lo hice penetrar en mi sexo húmedo y caliente, que perdí la cuenta. Fue con él un orgasmo continuo, como loca gritaba, gemía, lo arañaba, lo quería, lo deseaba.

Su pene se ponía erecto a la mas leve caricia, era admirable.

Se entregaba a mí y yo me entregaba a él.

Dos días de felicidad, de éxtasis. Que poco duran dos días, ¿porqué las horas felices pasarán tan rápidas? ¿Por qué no seremos capaces de detener el tiempo? ¿Dónde están los avances de la ciencia? ¿Qué investigan los científicos?.

A la pregunta, si había participado en el incendio del coche policial.

Me respondió con una seca negativa. Me explicó, que el anarquismo la única violencia que utiliza es la del razonamiento, para liberar la mente de sus semejantes de conceptos vacíos como patria, nación, moral, matrimonio y tantos otros conceptos con los que vivimos pero que nos impiden vivir ¿un automóvil policial incendiado?, el Estado tiene automóviles policiales y vehículos de guerra hasta para regalar, y si no les llegasen los que tiene adquiriría los que necesite en menos de veinticuatro horas.

Quienes intentan despertar las mentes por medio de la lectura, las discusiones, la solidaridad práctica, o por medio de actividades y asociaciones que no sean controladas por el Estado, son a quienes realmente el Estado persigue con saña y de todas las maneras posibles.

La violencia callejera fortalece al Estado y lo justifica, te diré aún más, casi toda la violencia de las manifestaciones está programada y realizada por infiltrados de la misma policía, para con estos hechos culpar y desprestigiar a quienes se manifiestan. La opinión pública se lo traga, sobre todo después de que sobredimensionaran los incidentes y los sacasen fuera del contexto en que fueron realizados, en este punto participa activamente la prensa, la radio y la televisión, con sus periodistas y colaboradores que se autodefinen liberales, libres y objetivos. Estos medios de comunicación como ya sabes, pertenecen al Estado, a la iglesia o a empresarios con intereses afines a ambos.

Las cosas se pusieron mal, era buscado por toda la ciudad, su fotografía salió en los periódicos y se fue.

Al irse tan sólo me dijo –dos días más y estoy rematadamente loco de amor, quizá sea mejor que me vaya, es preferible dejar las cosas así como están.

Me besó despacio, unas lágrimas rodaron por mis mejillas –dicen, dijo, que si se llora las lágrimas impiden ver el sol.

Y se fue. En mí quedó grabada su última imagen, su rostro ojeroso, del intenso maratón sexual. Ni un solo instante hemos dejado de amarnos.

De aquí en adelante, se que comenzará una nueva etapa en mi vida.



Siempre he tomado a broma los enamoramientos repentinos, los llamados flechazos, no volveré a hacerlo, tengo conocimiento de ello por mí misma.

He dormido profundamente todo el día, cerca del anochecer me levanté, tenía un hambre voraz, las compañeras de piso comenzaron a gastarme bromas, la curiosidad y una secreta envidia las corroía. Querían que les contase, ni ellas sabían a ciencia cierta que querían saber, pero nada les he contado, ni nada les contaré, quiero ser avara con mis recuerdos, no los compartiré con nadie. Esto es únicamente mío.

Al acostarme comprendí la estupidez que había hecho, me había metido en la ducha, el olor a gel y a un limpio aséptico contrastó con el olor de las sábanas, con ese olor recordaba su cuerpo, sus facciones, su sonrisa, sus ojos, su cabello, sus labios. Si no me hubiese duchado, conservaría más intensamente el recuerdo. Los buenos amantes en una separación deben conservar en su cuerpo el olor de su última noche, sus cuerpos deben conservar el mayor tiempo posible la huella del amor.

No cambiaré las sábanas de esta cama mientras conserve un poco de él.

Dios mío, estoy loca, si me hubiese dicho que me fuese con él, lo seguiría, abandonaría toda la vida que hasta ahora he llevado, por estar a su lado y amarlo.



Cursos y exámenes, todos superados y altas notas. Licenciatura finalizada. Estudio y leo sin parar a todo momento. Que hermoso es el conocimiento, si esto ocurre en los primeros peldaños, que intensas sensaciones permanecerán ocultas en los pisos superiores del conocimiento.

Comienzo a entender el mundo y a sentirlo. Comienzo también a entender las diferencias que unas personas tienen con otras. El conocimiento auténtico elimina los muros que constriñen la mente aceptando como únicas fronteras los infinitos límites del universo. El conocimiento es la materia prima, el principal alimento del espíritu, todo lo demás es preparación profesional, la universidad es una escuela

de profesionales, mejor expresado, una fábrica de profesionales en la que el estado es el anónimo accionista y los profesores los capataces de obra.



Finalizados los estudios universitarios, me encuentro realizando el doctorado, llevo mucho tiempo sin escribir nada en este diario, lo tengo totalmente abandonado. Retomaré de nuevo el hábito de escribir algunas experiencias de las llamadas íntimas.



Lo había conocido unos meses antes cenando en la casa de unos amigos, su conversación era alegre y salpicada de ironía. Hoy nos encontramos por azar, lloviznaba y entramos en un café, la decoración al modo antiguo y pretencioso, como era la de los antiguos cafés que marcaban profundamente las diferencias de las clases económicamente pudientes de las obreras.

En algún momento la conversación derivó hacia el tema sexual, me gustaba la visión que del sexo tenía. Hablaba con naturalidad y sencillez. Para él el sexo era tan natural como el comer y el respirar. Me sorprendía esta visión, pero todavía me sorprendía más el comprobar que yo estaba de acuerdo con todas sus palabras y que mi opinión coincidía con la suya.

Me contó esta anécdota simpática y graciosa que me hizo reír un buen tiempo y aun lo hago cuando me acuerdo de ella.

Una vez, no hace demasiado tiempo, comenzó diciendo, llevaba casi tres meses sin estar entre los muslos de una mujer. Una tormentosa separación me había sumido en una inapetencia sexual incomprensible en mí. Como me encontraba a gusto y sin tensión alguna, me columpiaba en ese estado amargo y a todas luces antinatural.

Recuerdo perfectamente que era un domingo, con una tarde espléndida, el sol brillaba en lo alto, la temperatura de lo más agradable. Visitaba a unos parientes en su bonita y coqueta casa que poseían en el campo, tenían una higuera que lujuriosamente rebosaba de higos, me subí a una de las ramas más gruesas, abrí un higo a la mitad y sorbí su interior. De golpe, un inmenso mazo golpeó mi espalda y toda esa inapetencia acumulada se trocó instantáneamente en deseo, en irrefrenable y enloquecedor deseo de sexo, de sexo sin más –insistió sonriendo.

Cada higo que habría se me antojaba la parte mas exquisita de la mujer. Cada higo que abría lo olía embriagándome, lo frotaba delicadamente sobre mis labios que unas veces entreabría y otras cerraba. A

otros les pasaba la lengua con suavidad, apenas rozándolos recibiendo así un cosquilleante reflejo que recorría todo mi cuerpo. Las hojas del árbol protegían mi intimidad y placer. Todo esto me excitó hasta lo indecible, habría un higo tras otro, oliendo, aspirando sin prisas su perfume y recreándome en su sabor. El frenesí fue en aumento, habría los frutos rojizos y jugosos y en ellos hundía mi lengua ávida con fuerza y profundidad, frotando mis labios excitados con energía sobre ellos. Que pudo pasarme, no lo sé, pero un temblor casi convulsionante me invadió a la par que notaba como de mi salía la esencia de la vida, – hizo una pausa, esbozando una sonrisa–, continuó, cuando recobré mi estado normal, me encontraba en el suelo cuan largo era, con un enorme chichón y sintiéndome un hombre renovado al golpearme en la caída.

Al llegar a este punto, no pude contener la risa, al verme reír, dijo, esa misma noche a consecuencia de tantos higos, tuve una diarrea que me duró tres días.

Casi nos echan del café, reía como una loca y confieso que me meé un poco, un poco bastante, no podía parar de reírme.

Ni que decir tiene que quise comprobar por mi misma la pericia de semejante catador.

Magnífico, arrebatador, maestría consumada, en mí debió comerse el árbol repleto de higos. Que le habrá sucedido esta vez, no tengo ni idea.



El fin de semana me encontraba en una discoteca, fui al baño, apenas hube entrado recibí por sorpresa un empujón que me desplazó hasta la pared.

Eran tres los que allí estaban, me habían seguido, uno de ellos había puesto una especie de puñal en mi cuello, los tres llevaban insignias con la bandera española y cruces gamadas.

Estaba aterrorizada. Nos la vas a chupar a los tres, me dijo, y si lo haces bien igual no te rajamos la cara de zorra que tienes, ¡me entiendes bien, puta!.

Asentí, al tiempo que me hacia cargo de la difícil situación en que me encontraba entre tales degenerados, todos ellos con una homosexualidad no reconocida y con una fijación enfermiza hacia sus madres.

En pocos segundos me repuse, el terror dio paso en mí a una serenidad inaudita y a una rabia calculada. Esperad un momento ¿Por qué no os lo hago a los tres al mismo tiempo? A mi también me apetece.

– Sacad vuestras armas fuera de la jaula, pero antes aparta el puñal de mi cuello, dije.

Apoyó el puñal en la piletta, desabrochaban sus pretinas, cuando el que había utilizado el arma recibió un cabezazo en pleno rostro, con toda la fuerza y rabia de que fui capaz. Al siguiente espeté con un golpe seco de los nudillos de mis dedos en su garganta. El tercero en su sorpresa intentó apartarse, pero recibió una patada en la entrepierna seguido de un golpe con el canto de la mano en el cuello y se desplomó como un fardo.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, uno de ellos con las manos en la garganta trataba de respirar, cogí su cabeza y estrellé su cara contra la pared dejándola ensangrentada. Ahí estaban los tres, inconscientes, más medios muertos que medios vivos, ahí estaban los tres medios hombres que juntos no lograrían formar nunca un hombre entero.

Furiosa, fuera de mí, me disponía a salir del lavabo cuando reparé en el arma y recordé sus amenazantes frases. Apilé sus manos unas sobre otras y sobre ellos clavé el puñal hasta el mango y solamente la hoja paró su recorrido cuando la punta tocó el suelo.

No me siento orgullosa de lo hecho. Pero un tiempo antes se comentaba que habían violado a una muchacha y que le habían hecho un corte en la frente con la cruz gamada.

¿Si volviese a suceder la misma situación repetiría lo mismo? Tal vez no o tal vez sí, yo que sé, la verdad es que los años de práctica de luchas japonesas dan juego, a veces mucho juego.



La cena había sido delicada y exquisita, como debía ser en el más afamado restaurante de la ciudad. Éramos cuatro, había sido invitada, no me apetecía ir, finalmente me dejé convencer, minuta a precio de película. En fin, los que tienen dinero ganado a cuenta del trabajo ajeno tienen un espíritu tan abrumadoramente delicado que su comportamiento se asemeja al de los reyes. La verdad es que viven como reyes tanto unos como los otros, porque a menudo sus vidas están sentadas en el barro y con frecuencia el barro está sentado en sus vidas.

En el local todo era exquisito, los tres acompañantes lo eran también.

Un corto paseo sirvió para despojarme en parte, de la sutil y afeminada frivolidad. Un ligero picor comenzó a manifestarse en mi espalda.

Insistí en entrar en un local nocturno, que a mis acompañantes les parecía burdo y excesivamente popular. No esperé sus reacciones y me adentré abandonándolos en la calle. Me siguieron instantes después.

El local lo conocía, el ambiente también, nada especial que resaltar excepto que era variopinto, siendo ese aspecto lo que le proporcionaba cierto encanto. No hay nada más aburridamente tedioso que un local público con un ambiente uniforme, lo identifico a una clase magistral, a un sermón religioso.

La comezón de la espalda se incrementaba por momentos.

La música demasiado alta, de pié con las consumiciones en las manos, intentábamos cruzar alguna frase. La comezón era molesta. Entre el picor y el dolor la frontera que los delimita debe ser inexistente, si algo pica una se rasca hasta que el daño hecho en la piel produce dolor, éste al ser superior al picor, el picor desaparece.

Deseaba despojarme de la ropa, dejar mi espalda al descubierto y frotármela contra las paredes.

Se me estaba haciendo insoportable esa comezón que a cada momento que pasaba se convertía en una tortura, el calor que hacía en el local lo incrementaba. Deseaba rascarme, arañarme la espalda, echarme un cubo de hielo picado en ella. Y estos tres amanerados no me ofrecían consuelo alguno, más bien me exasperaban.

Me dirigí al baño para intentar aliviar como pudiese aquel tormento. En el camino un par de voces brutas resaltaban sobre las demás. Unos mocetones, albañiles seguramente, reían a carcajadas. Al pasar me fijé en uno de ellos, cogí sus manos, las toqué sin decirle nada, materialmente lo arrastré y lo introduje en el lavabo. Desabroché su bragueta, en pocos movimientos su miembro creció en mi mano excitado y duro.

Me despojé de mi blusa y sujetador puse sus manos curtidas, ásperas y callosas sobre mi espalda.

Me frotaba la espalda con fuerza, mientras se la meneaba yo pausadamente para que durase mi placer.

– ¡Hazlo con más fuerza!, le dije.

– Lo hacía, sus manos como papel de lija frotaban mi espalda. Yo se la meneaba.

– Más fuerte, más fuerte, le decía yo.

Se derramó en mi mano y salpicó el suelo con su licor lechoso, al tiempo que apreté mi entrepierna contra su cadera jadeando ambos de placer. Aunque eso sí bien distintos uno del otro.

El picor desapareció por arte de magia.

– Has estado fantástico chaval, le dije, de veras chaval, fantástico.



Una noche en el local en que me encontraba, me dirigí a los lavabos, la música seguía sonando con el elevado y acostumbrado volumen de las discotecas.

No tuve tiempo de cerrar la puerta, una profesora de la facultad a la que conocía de vista entró conmigo, fue ella quien la cerró. Me dio un pequeño morreo, quedé impasible y desconcertada.

– Sólo quiero verte mear, me dijo.

La orina salía con fuerza soltando una buena cantidad de líquido. Se acercó, puso sus dedos bajo mi chorro, finalmente al retirarlos los deslizó por mi sexo posándolos suavemente en mi botón. Se pasó la mano mojada por la cara, el cuello y los labios, con los ojos cerrados, lamió los dedos y se los introdujo en la boca con delectación.

– Tengo un exquisito material para acariciarme en solitario, dijo antes de irse. No volví a verla en toda la noche.

¿Me gustó? No sabría que decir.

¿Me excitó? No sabría que contestar.

Me río cada vez que lo recuerdo, sí, y ahora que lo escribo, me río todavía más.



Con frecuencia tenemos recuerdos recurrentes, algo que en algún momento de nuestra vida hemos visto, hemos vivido o simplemente soñado. Esos momentos se tornan recurrentes porque de una u otra forma nos han impactado quedando impresos en nuestra mente mientras vivimos. Pero a la vez, también sucede otro fenómeno harto curioso, con cada recuerdo el momento originario vivido se transforma cada vez que es revivido retorciéndose como una columna salomónica de infinitas espirales. Ello es debido a las cargas mentales que se le pone en cada instante que se le recuerda. Quiero decir, que las sensaciones que me produce el hecho de recordar, nada o muy poco tienen que ver con el momento vivido, por ese mismo motivo el recuerdo es algo vivo en mí misma, al que filmo como un cineasta desde un ángulo, perspectiva e iluminación diferentes cada vez. He aquí una buena explicación de la física cuántica.

El alma humana tiene tantos recovecos como granos de arena tiene una playa, pero también debo añadir que todas las almas humanas tienen los mismos recovecos, unos ocultos, otros descubiertos, otros taponados y los más sin descubrir por causa del miedo.

Causa ésta última que a su vez nos causa la enfermedad y a menudo la muerte.

Cada vez que estoy en un local nocturno consumiendo la bebida en la barra, me viene el siguiente recuerdo.

Tendría yo los diecisiete años, me encontraba en compañía de un pequeño grupo de conocidos, todos ellos mayores que yo en edad.

Hablaba, no recuerdo de qué, con uno de ellos. En cierto momento el grupo se desplazó hacia una mesa, mientras nosotros permanecemos conversando en el extremo de la barra. Instantes después me acarició la mejilla, no realizando yo ningún gesto de desagrado, sus dedos descendieron hasta el cuello,

habiéndose detenido antes en jugar en mis labios. Me besó ligeramente varias veces rozando mis labios con un quiero y no quiero.

El local repleto de gente, la música alta, el humo del tabaco unido al de otros humos y olores a humanidad, el alcohol y el ambiente, todo contribuyó a que me abandonara. Discretamente situados nadie nos tenía en cuenta. Sus dedos descendieron por mis pechos, notando su presión acariciadora, bajaba por mi vientre hasta llegar a la entrepierna. Debió notar algún gesto o movimiento de extremo placer, porque esto lo animó a desabrocharme el pantalón y acariciarme por encima de la braga. Mi licor fluía abundante, lo sentía, lo notaba. No transcurrió mucho cuando empecé a sentir el vahído predecesor del éxtasis, me asusté, aparté su mano y precipitadamente me dirigí al baño. Allí intenté acabar por mí misma lo que en la barra me habían comenzado. Cuando de nuevo comencé a sentir la proximidad el orgasmo, paré y me dije.

– Seré estúpida, con lo bien que me lo estaba pasando.

Volví a la barra ¡Oh sorpresa!, mi interlocutor pajero no estaba.

Decepcionada, vuelta por segunda vez al baño, no solamente tuve que acabar yo sola de acariciarme, sino que también hube de comenzar a hacerlo desde el principio, montándome una historia que nada tenía que ver con la historia de España.



Nos conocíamos, se había licenciado años antes y se encontraba impartiendo clases en sustitución de un profesor.

Esa noche me encontraba un tanto triste sin saber a cuento de qué motivos. Decidí que pasásemos la noche juntos. Se notaba a distancia que él era una persona esquemática.

Cuando alguien es esquemático o como vulgarmente suele decirse cuadriculado de mente, es que tiene miedos, siendo por ese hecho una persona amedrentada, enmarcándose en un esquema con el cual pueda actuar en el mundo sintiéndose seguro en él.

Tenía también un algo de infantil oculto bajo su máscara de seriedad bobalicona, extensión ésta, de la bobalicona seriedad de profesor de enseñanza media temeroso de la vital irreverencia del adolescente.

No iba a ser una gran noche sexual, su energía vegetativa a todas luces se manifestaba muy baja, pero tuve una debilidad sentimental, no sé por qué razón ni por qué motivo. Pasar esa noche con alguien, era y pienso que fue motivo suficiente, tal vez, para ahogar en compañía una incipiente melancolía.

En un momento del juego, pasó un buen tiempo jugando con sus labios en el lóbulo de mi oreja.

Me resultaba placentero. Quise quitarme los diamantes que tenía por pendientes. Mejor expresado, quise quitarme los brillantes que tenía por pendientes, ya que el diamante es el cristal en bruto sin tallar tal y como se encuentra, brillante es el diamante al que se le ha realizado la talla, con la talla es cuando adquiere auténtico valor.

Insistió que los dejase puestos, le resultaba divertido notarlos en su lengua.

Me penetró con alguna dificultad, sintiendo como la erección de su miembro poco a poco crecía dentro de mí. Sus labios volvían obsesivamente una y otra vez con insistencia sobre mi lóbulo, que comenzaba a ser molesto, más que placentero.

Sentí la dureza de él, se movió con rapidez, poco después se derramó, al tiempo que succionaba con fuerza el lóbulo de mi oreja.

De repente, un estertor, se echa a un lado, y agarrándose la garganta carraspea y tose.

– ¡El pendiente! Exclama asustado.

– ¿Qué le pasa al pendiente? Pregunto yo, sin comprender nada de su comportamiento.

– ¡Lo he tragado! ¡He tragado el pendiente!.

Me toque la oreja, el pendiente no estaba, efectivamente, el pendiente allí no estaba y si el decía que se lo había tragado, es que se lo había tragado.

– ¿No me hará una perforación de estómago?.

Me pregunta medroso y preocupado.

– Acabas de comerte la cena mas cara del mundo. Un brillante de primer plato, jodería que aún encima fuese indigesto.

Le dije todo esto sin poder contener la risa que se me incrementaba al ver su cara cada vez más asustada.

– Además de haber comido el plato más caro del mundo, me temo que vas a realizar también la cagada más cara del mundo. Todo un privilegio, si señor, todo un privilegio.

En este punto mi hilaridad era total.

En un poco de agua disolví varios sobres de magnesia para que hiciese de enérgico purgante, y se lo hice beber. Después preparé una infusión con hojas de Sen, que también le hice beber, indicándole que era un buen protector de estómago, cuando en realidad era otro purgante.

Como no tenía orinal, bacinilla o cuña de enfermo, llevé el cubo de fregona al baño.

– Este será tu water, por esta noche, o al menos hasta que aparezca lo que has robado, o si quieres hasta que me cagues y me devuelvas lo que sin ser tuyo has comido.

A las dos horas los purgantes surtieron su efecto, lo senté en el cubo permaneciendo a su lado, desconfiaba que pudiese hacerlo en el water en lugar de en el cubo.

Por su parte no tuvo la menor oportunidad de objetar nada, el retortijón y la flojera de vientre era inmediato.

Puse un tamiz en el desagüe del bidet y cuando hubo acabado la primera escaramuza le dije.

– Ahora vas a hacer como los buscadores de oro. Sólo que en este caso serás un buscador de brillantes en tu propia mierda. No tengas reparo ni asco alguno, porque si lo tuvieses será reconocer que tienes reparo y asco de ti mismo, ese material sale y ha salido de tu interior.

A la tercera escaramuza con su posterior búsqueda, apareció el pendiente que bien lavado, y bien desinfectado con alcohol, volvió a su lugar. El lóbulo de mi oreja.



Estuve cenando con un grupo de conocidos, la velada se prolongó hasta bien entrada la noche.

Cuando me disponía a coger un taxi, uno de ellos que trabajaba de arquitecto y con el que tenía trato esporádico, se ofreció acercarme hasta mi casa.

Subí a su deportivo, conducía despacio mientras hablábamos sobre no se qué cosas. Su mano cogió la mía y la llevó hacia su entrepierna, que para mi sorpresa tenía la pretina desabrochada con el pene fuera, apretando su mano contra la mía y esta a su vez contra su miembro que lo encontré macizo y bastante duro.

Al principio no supe como reaccionar, no lo esperaba. Dejé mi mano sin separarla de su entrepierna mientras mantenía atrapado su pajarillo. Él comenzó a moverme la mano haciendo con este movimiento masturbatorio que su miembro creciera, y así sentía yo aletear el pajarillo en mi mano, dulce prisionero con sus vaivenes.

Retomó él su posición de conductor, con las dos manos al volante, mientras yo, ya repuesta se la meneaba acompasada y rítmicamente. Mientras lo hacía rememoraba un chiste que conocía. Iba una pareja en un auto, él conductor tenía una mano al volante, mientras que la otra la calentaba entre los muslos de la acompañante. Los paró la policía y le dijo a él.

– ¡Oiga con las dos manos!.

A lo que el hombre respondió.

– ¿Y quién conduce?

El coche entró en la calle donde vivía, rodando lentamente, prolongando con su baja velocidad mi tarea.

Su miembro se había puesto erecto alcanzando su mayor dureza, seguí moviéndolo rítmicamente, prolongando la situación y evitando el desenlace.

– ¡Aquí es!, dije al llegar al número de mi edificio.

– ¿Quieres subir? Le pregunté apretando su apéndice.

– Lo doy por hecho. Respondió. Además con la cara de golfa que se te ha puesto, tienes tú más ganas de que suba, que yo. Añadió.

– Mientras buscas aparcamiento, yo subiré a mi casa. Le respondí alegremente.

Entré en mi apartamento, hice lo que tenía que hacer, me dí una ducha, costumbre que tengo desde jovencita, ducharme por las mañanas y por las noches, y me metí en la cama.

Me encontraba cansada, el frescor de las sábanas me acogió con complacencia y me dormí.

No se el tiempo que pasó, pero me despertó sobresaltándome el teléfono. Al otro lado oí la voz del arquitecto, diciéndome que como no sabía el número del piso, tubo que buscar un local abierto desde el que llamar a uno de los amigos comunes para que le diesen mi teléfono y poder comunicarse conmigo, que una hora larga la llevaba esperando en la calle frente al portal.

– Todo eso está muy bien, pero ¿Qué es lo que quieres a estas horas?. Pregunté, haciéndome la tonta.

– ¿Qué es lo que quiero?, pues subir y continuar lo que comenzamos. Respondió con voz artísticamente almibarada.

– Te referirás a que continúe lo que comencé, porque tú no has comenzado nada, ni tienes trazas de saber que hacer con el cuerpo de una mujer. Respondí yo a mi vez.

– ¿Me abres la puerta para que suba, sí o no?.

– Pues va a ser que no.

– Su voz adquirió un tono amenazador.

– A mí tía, tú no me dejas así.

– Estás excitado, cachondo, y más caliente que el horno de leña de una tahona de pueblo. Le contesté reprimiendo a duras penas la risa.

– Así estoy.

– Pues hijo, consuélate con alguna infeliz de las que hacen la calle, o si quieres ahorrar, te la cascás arquitectónicamente en solitario. Y no hagas caso de los curas que recomiendan no masturbarse porque si lo haces te quedarías ciego.

Al oírme, su tono de voz paso de la amenaza al insulto.

– Eres una jodida calientapollas, una puta de mierda...

Seguía insultándome, echando por aquella boca todo su ardor sexual, por mi parte me reía en voz baja.

– ¿Estás ahí? Preguntó encolerizado.

– Sí, te estoy oyendo, y al oírte me has puesto cachonda y húmeda, le dije con voz teatralmente seductora y de gusto chabacano.

– ¿Puedo subir? Preguntó cambiando repentinamente.

– ¿Quieres hacerlo? Volví a preguntarle a mi vez.

– Claro que quiero, me muero de ganas.

– Te dejo subir si me prometes que me insultarás mientras me follas. Le dije.

– Tenlo por hecho corazón. Le oí decir con voz entusiasmada.

– Ven lo más aprisa que puedas y no tardes, ahora soy yo la que estoy ardiente.

Colgué el auricular, desconecté el teléfono y sonriendo retomé el interrumpido sueño.

A los pocos días el suceso estaba en boca de todas las conocidas, no se de quien había partido el voceo, yo solo se lo conté a un amigo, bueno y a una amiga también. Por si fallaba uno de los dos.



### **Reflexión**

Refiriéndome a lo que aconteció el último día que escribí en el diario, he pensado detenidamente sobre ello, llegando a la conclusión que el comportamiento que ha tenido en el coche, como posteriormente, insultándome con las expresiones más soeces, corresponden a una identificación de mi persona como mujer, con la figura de su madre.

Este muchacho puso en mí, como seguramente pondrá en todas las mujeres, cargas erótico-afectivas maternas. Su estado emocional amoroso quedó anclado en su infancia, atrapado en unas redes de intrincados laberintos y sutiles asociaciones que pueden prolongarse hasta el infinito.

Hablar de un Edipo, por supuesto, un Edipo como la alta copa de un pino, pero con el ingrediente añadido de reproche, desprecio y sádica agresividad en la búsqueda afectivo-erótica de su madre.

Por lo que sé este muchacho no tiene una mujer en su vida, le gusta la compañía masculina, así como el grupo de amigos con el que citarse para los viernes, copas o cenas en lugares de moda.

No duda ni por un instante el desplazarse en grupo o en compañía de dos o tres amigos a otras ciudades para variar de ambiente. La palabra aquí que mejor lo describiría, no sería otra que, el cambio de ambiente.

Cambio de ambiente, es un cambio de situación, es la búsqueda de lo nuevo, tal vez en esta nueva situación, piensa inconscientemente, encuentre aquello que deseo.

Esta tensión que lo retiene anclado a la infancia sin permitirle ni su crecimiento ni su desarrollo mental como hombre, conserva en él características orales muy manifiestas, como es el tener siempre en la boca algo, unas veces, chicles, caramelos, frutos secos, helados, incluso el bolígrafo lo lleva a la boca en las pausas de la escritura o explicación. Sin contar el cigarrillo del cual es asiduo, pero que curiosamente no fuma como un fumador al que le gusta fumar aspirando el humo, simplemente se recrea como los fumadores de habanos, o los fumadores en pipa, en tener un objeto entre sus labios.

Todo ello tiene un contenido que en psicología llaman transferencia, transfiere el deseo del pezón de su madre hacia otros objetos que lleva a sus labios.

Debe añadirse que esta búsqueda de un deseo inconsciente, nunca satisfecho porque corresponde a un período de su vida anterior e imposible de recuperar. Ha creado en su personalidad una patología neurótica, acentuadamente neurótica con ciertos arrebatos histéricos de gran similitud femenina.

Lo que nos conduce a que una sexualidad afectiva no desarrollada normal y satisfactoriamente en la infancia, se queda bloqueada en ese estadio de insatisfacción permanente. Intentando imitar inconscientemente ciertos rasgos del comportamiento de la persona que desea, buscando con su imitación, ser así aceptado. Estos rasgos tienen mucho de femenino y mucho de una homosexualidad oculta pero pujante y cada vez más ascendente.

Al verse rechazado por mí, al no alcanzar en mí la meta deseada, que era su madre, surge en él el odio a su madre, al sentirse rechazado de nuevo.

Los insultos mezclados con expresiones soeces no iban dirigidos a mí, sino a toda mujer, porque la mujer sea cual sea, representa la figura materna, a la cual busca y odia.

Ahondando un poco más, por lo que se, y con las pocas muchachas que se ha acostado, han sido encuentros rápidos y cortos y nunca repetitivos, lo que indica la gran decepción que se lleva al comprobar que esa no era la persona que busca. Sin embargo, se viste muy conjuntado, con buenas ropas de moda y ademanes corteses y afectados con la mujer, con los hombres se encuentra mucho más suelto olvidándose de la pose de gentleman.

Intentar seducir con la presencia a la mujer, una vez que logra atraer su atención, ya no le interesa. Pero si hay una muchacha que él ve como superior, se amilana como un corderillo lleno de temor. Él desconoce todas estas cosas de sí mismo.

El enfermo desconoce su propia enfermedad, simplemente padece la dolencia.



Varios días del mes de julio los pasé con una amiga en el cortijo de sus padres, son ricos hacendados o como les llaman por tierras del sur, señoritos andaluces.

El calor sofocante al que no estaba acostumbrada me proporcionaba un sueño intranquilo e inquietante, permanecía toda la noche echada en la cama desnuda, sin ropa alguna, con la ventana abierta anhelante del frescor nocturno.

Entre duermevela, ensoñaciones y enfados conmigo misma, procuraba un descanso que no llegaba. Cada noche una extraña excitación lenta e inconsciente iba adueñándose de mí.

El cuarto día de mi estancia en el cortijo, poco después del desayuno, en compañía de mi amiga presencié la doma de un potro. El empleado de piel curtida por el sol y los vientos de invierno tenía un gesto severo, casi adusto, sin embargo, al animal lo manejaba con arte, combinando la autoridad y el cariño, la fuerza y la dulzura, mostrándole unas veces su superioridad y otras su amistad. La brutalidad no existía, frases enérgicas eran combinadas con frases de ánimo.

El hermoso potro de pura raza española, marrón brillante su pelo, con la crin expandiéndose al aire al agitarse su cuello, alegraba la mañana.

Mis ojos quedaron magnetizados largo tiempo contemplando la doma, mientras una ligera pesadez se acumulaba en mi vientre, pesadez que se agrandaba por momentos.

Me dirigí a la casa para beber algo que parase el incipiente sofoco, esa extraña y excitante sensación.

Algún tiempo después, conducida por indefinidos deseos, caminaba por las caballerizas. Los caballos asomaban sus grandes cabezas observándome con expectante curiosidad. Acariciaba algunos de ellos que mostraban su cara y cuello, mientras sus orejas indicaban confianza y ausencia de temor.

Un caballo con las orejas hacia atrás, está alerta y puede ser peligroso, la mordedura de un caballo es capaz de seccionar un brazo o como consecuencia su posterior amputación. Era frecuente, no hace muchos años, cuando el caballo aun no había sido desplazado por los vehículos y las máquinas, ver a veterinarios con un solo brazo o sin una mano, debido a la mordedura de un caballo.

Conocía bien los caballos y su psicología me era familiar, montaba con cierta destreza, pasaba por buena amazona.

No pudiendo resistir la tentación, penetré en una de las cuadras y acaricié la cara de un hermoso animal, acariciaba su cuello fuerte y orgulloso. El contacto con la suavidad de su pelo era grato, acariciaba sus lomos mientras él se dejaba hacer.

Sentí ruido, el empleado que había estado en la doma desensillaba el potro. La madre de mi amiga entró poco después, se acercó a él y sin mediar palabra alguna subió la mano por su muslo de él hasta la

entrepierna, le desabrochó el cinturón y la camisa mostrando su torso sudoroso. Ella se quitó la ropa y desnuda lo atrajo hacia sí.

Se revolcaban sobre el suelo del establo mezclando sus cuerpos entre arreos y restos de forrajes. Presenciaba un apareamiento animal, humanamente animal o animalmente humano. Sea como fuese me excitaba la escena y me excitaba el lugar.

Ella se vistió con rapidez, él todavía estaba medio desnudo.

– No olvides nunca, que aquí yo soy la dueña, Le dijo mientras se arreglaba el pelo con los dedos, añadiendo –Para mi no eres más que un empleado.

No me gustó oírle esas palabras dichas de manera tan humillante que contrastaba con sus modales corteses y educados.

No supe que hacer, quedarse allí escondida como una ladrona me parecía ridículo. Salí de las caballerizas, altiva, pero sin poder evitar arrojar sobre él una mirada cargada de deseo, deseo que captó y repuesto de la sorpresa posó los ojos sobre los míos con la misma intención.

Se comió en el salón, bebimos el café en el porche del patio interior, el calor iba en aumento y me retiré a la habitación. El calor, las fuertes emociones del día y la mirada en las caballerizas, no solo no me dejaban descansar, sino que me tenían sumida en un desasosiego infernal. Era incapaz de borrar las imágenes de aquellos cuerpos desnudos mientras en mis oídos resonaban sus jadeantes gemidos de placer.

Tumbada, permanecía con los ojos cerrados intentando calmar mi espíritu, poco a poco el sueño de plomo vencía en la lucha con las fuerzas de la vida.

A lomos del animal entero, todos los caballos que allí tenían ninguno había sido castrado, cabalgaba bajo los rayos del sol. El calor era sofocante, pequeñas colinas redondeadas femeninamente, asemejaban el terreno al cuerpo de una mujer. El sudor se deslizaba por mi cuerpo al tiempo que notaba el calor del animal en mis muslos. La idea surgió como un relámpago y como el relámpago fue incontenible, irrefrenable.

En un olivar saqué la silla al caballo, me despojé de la ropa, los rayos del sol abrazaron libremente todo mi cuerpo. Subí al caballo y lo puse al galope mientras me consumía interiormente en un fuego inextinguible.

El calor del animal entre mis muslos y en mi sexo, me excitaban hasta el límite, los movimientos cadenciosos del garañón parecían penetrar en mis entrañas. Apretaba con mis muslos su cuerpo caliente, su pelo suave al tacto, humedecido por el sudor cosquilleaba mi sexo que húmedo también, dejaba caer el licor en su lomo.

Todo daba vueltas a mi alrededor, de nuevo me encontré en los olivos, sudorosa y febril. Me disponía a vestirme, ante mí apareció el empleado, me sentí entregada.

Se bajó del caballo y comenzó a acariciar mis jóvenes pechos, sorbía mis pezones de grandes areolas mientras sus fuertes manos puestas en mis nalgas me las abría a pequeños intervalos.

Me dio la vuelta, colocó mis manos sobre la grupa del caballo sintiendo como su miembro entraba en mí profundamente, lo recibí con una exhalación. Sus empujes, fueron subiendo hasta penetrar con fuerza haciéndome vibrar, el paroxismo volvió sin poder y sin querer evitarlo. Apoyando mi cuerpo en el cuerpo sudoroso del animal que, sintiendo la excitación de ambos, se había excitado también mostrando su bestial y enorme miembro aflorando de su cuerpo. Ambos machos excitados y yo tanto como ellos.

Gemidos de placer huían de mis labios al ritmo de las violentas acometidas, perdida la conciencia del tiempo y del espacio, me encontré acariciando al animal. Su verga oscura, dura, engreída de un poder absoluto se encontraba en mis manos, me invadió un orgasmo sin límite que llegó a su culmen al notar su líquido. Me coloqué bajo su vientre dejándome regar el cuello y mis pechos sintiendo deslizar el semen por mi vientre hasta besarme las ingles.

Me desperté gimiendo y envuelta en sudor. Había tenido un sueño, un sueño hermoso y brutal, brutal y hermoso al mismo tiempo.

El agua fría de la ducha me despejó, ya vestida me dirigí a las caballerizas, allí encontré al empleado que engrasaba los arreos. Me desnudé ante sus miradas que poco a poco se inflamaron de lujuria. Instantes después, noté el peso de su cuerpo y su sexo dentro del mío. Se movía cuando al poco tiempo de haber comenzado noté como se iba dentro de mí. Se levantó con aire triunfante y orgulloso abrochándose el cinturón, mientras yo me quedaba a dos velas.

En mi decepción lo vi entonces como era, un simple bruto un inexperto bruto, al que la fantasía y ensoñación femenina, una vez más ha idealizado.



### **Reflexiones**

He salido la noche anterior acompañada de dos amigos a locales habituales a los que acudíamos los universitarios. En fin, humo, tabaco, alcohol, algo más y casi todos deseando sexo, mejor dicho, todos deseando sexo y cada cual huyendo de él por temor y represiones según las formulas estipuladas. El alcohol para unos, las drogas para otros, el tabaco para la mayoría y una mezcla de los anteriores para casi todos.

El sexo, las satisfacciones corporales y el contacto físico, es lo natural y primario y como lo natural y primario debiera ser naturalmente satisfecho. Sin embargo, se oculta, se reprime y se realizan extrañas e hipócritas transferencias hacia el consumo de todo tipo de drogas en las que incluyo el tabaco, el café,

los ansiolíticos, relajantes hipnóticos y antidepresivos, todos ellos médicamente legales, así como discotecas y los lugares de copas de juventud y no de tan juventud. Todo, absolutamente todo ello, no es más que la causa artificiosa del oculto deseo transformado en enfermizo, neurotizante e hipócrita deseo reprimido de un hecho natural. En fin, en la parte que a mi me toca me comporto en cierta medida como todo el mundo se comporta, pero soy consciente de que todo es una gran falsedad, puedo jugar con niñas, pero no soy una niña, puedo comportarme como una mujer mediatizada, civilizada, domada, pero procuro analizar cada uno de mis actos, incluso los de menor importancia, como también procuro analizar mis pensamientos y el porqué de su origen y desarrollo. Esta es la única manera de mantener una salud mental, el estar alerta es la única manera de mantener un psiquismo vigoroso que nada tiene que ver con el psiquismo social totalmente arruinado para varias generaciones.

Abandono ya esta pequeña y personal reflexión.



En uno de los locales cuatro muchachos que estaban a nuestro lado, comenzaron a hablarnos, intrascendencia tras intrascendencia, tonterías sin ingenio alguno. Ellos, estaba claro lo que querían, pero el miedo a lo natural los bloqueaba. Nosotros, estaba claro lo que queríamos, pero el miedo a lo natural nos bloqueaba. Era un claro ejemplo del hombre civilizado convertido en hombre neurótico, dominando al hombre animal libre y sin miedo.

Bien animados por el alcohol, menos yo, que el agua es mi bebida preferida, esbozaban sonrisas histéricas y gestos de un histrionismo teatral de aficionados.

Uno de los muchachos bastante callado, como acomplejado en su actitud me llamó la atención. Su cara estaba cubierta de grandes granos y de las cicatrices de granos anteriores.

Sus facciones eran agradables, sus ojos soñadores, lo poco que hablaba, lo hablaba bien y sus palabras desentonaban con lo que allí se decía, pero su cara con tanto grano le daba un aspecto poco atractivo. Él lo sabía, de ahí su acomplejado y tímido comportamiento.

A él me dirigí en un tono más bajo para que nadie pudiese oírnos –Seguro que tienes la espalda llena de granos. Se puso colorado como una manzana silvestre, el efecto de mi pregunta le calló como una roca aplastándolo. A penas repuesto, contestó tartamudeando, –Sí, plagada de granos, y añadió –Me gustaría tanto tener una espalda y una cara limpia de granos. La sinceridad de su voz y la expresión resignada de sus ojos llenaron de ternura los míos.

Acercándome a su oído dije –Y si vinieras conmigo a mi casa y me follaras hasta deslomarme.

Puso sus ojos como platos –Estas de broma, no hablas en serio.

– En serio te hablo y es lo que estoy deseando que hagas. Respondí a mi vez.

No acababa de creérselo –¿Seguro?, me preguntó –¡Seguro!, tuve que repetir.

Retocé con él, como amante era inexperto pero voluntarioso, lo dejé galopar sobre mí varias veces, al poco del trote se quedaba exhausto el jinete, que no la yegua. Después de tres veces, ahora me tocaba a mí, también era mi noche. Lo hice poner boca abajo y allí estaba su espalda plagada de granos, enormes granos con cabezas blancas y multitud de cicatrices. Me senté a horcajadas sobre su culo y comencé a exprimir sus granos, salpicaba su pus sobre mis dedos y su espalda que limpiaba suavemente con una gasa. Si alguna vez se quejaba le mordisqueaba los hombros y volvía con sumo placer a mi labor.

No alcancé orgasmo alguno, pero tuve un gustazo tal que todavía revivo al recordarlo.

Ambos nos quedamos dormidos, el feliz, yo feliz y juntos tuvimos sueños felices. Los míos eran sueños felices, con granos grandes como perdices.



Había ido a recoger a su casa a una compañera de investigación de doctorado. No estaba. Su madre, todavía joven, era de esas mujeres de cuerpo de gimnasio que están muy de moda hoy en día. Dijo que su hija había salido, pero que no tardaría en volver, podría esperarla, mientras no llegaba nos beberíamos un té.

La conversación recayó en la decoración de la casa, que a decir verdad era bonita y de buen gusto, halagué las cortinas de las ventanas y decidió mostrarme el resto de la casa que era amplia y cómoda como correspondía a una familia adinerada. Al entrar en su habitación dejó deslizarse su mano por mi espalda reteniéndola brevemente donde comienza la curva de mis nalgas.

– Me ayudas a bajar las cortinas, me dijo, mientras colocó una silla para que me subiese. Yo estiraba los brazos y el cuerpo para alcanzar las anillas con mayor facilidad.

Ella puso una mano en mi vientre y otra en mi culo para sujetarme.

La verdad es que así estaba más segura, mi sorpresa fue cuando sentí su mano acariciándome el trasero mientras su otra mano la deslizaba hasta el interior de mis muslos. Yo seguí con las cortinas, separó la blusa del pantalón y acarició mi vientre, lo besó y lo mordisqueó suavemente, desabrochó mi pantalón y junto con la braga lo deslizó hasta los tobillos, sacándolos los arrojó a un lado. Su cara estaba a la altura de mi cintura, acariciaba mi culo a placer, se situó detrás pasando su lengua por mi raja jugando con mi ojetete e introduciendo su lengua dentro de él.

Cuando volvió a ponerse delante estaba desnuda, no se como pudo hacerlo tan rápido, comenzó a besarme el vientre, a pasar su lengua por mis muslos hasta introducirla dentro de mí. Me encontraba húmeda, chorreaba de excitación, ella lo notaba y eso la excitaba todavía más. Jugaba como mi campanita y la estiraba con los labios, mojaba sus pezones en mi abertura que manaba licor como una fuente primaveral. Volví a sentir su lengua y esta vez me la chupaba en toda ley y con gran destreza

mientras ella misma se acariciaba masturbándose. Con voz entrecortada me decía, méame, méame y me la seguía chupando y acariciándose, yo me sujetaba a las cortinas, mi licor caía en sus labios, en su lengua y de ahí a su boca, estaba a punto de alcanzar el clímax, mientras oía su voz, méame, méame, por favor. Introdujo los dedos profundamente en mi sexo comencé a correrme, méame, méame, méame, la oía como lejana.

Mientras me corría partió de mí una meada con un buen chorro mojándole la cara, el cuello y los pechos mientras ella se corría a su vez gritando como posesa.

En esto, no sé como hago, y me siento caer, me agarro a las cortinas con un movimiento reflejo, y me voy al suelo, pero arrastrando conmigo las bonitas cortinas, el travesaño que las sujetaba y algunos objetos de adorno, un verdadero estropicio.

Apenas repuestas del susto, la muy borde me espetó – ¡Eres una estúpida! ¡Idiota!.

A mí también me salió del alma y la respondí y tú una pedazo de guarra, la próxima vez que meé no tiraré de la cisterna para que puedas meter la cabeza en el water.

Me vestí y me fui dejando la bonita habitación, meada, las cortinas desgarradas los adornos rotos y a ella como una malva, pero meada también.



### **Reflexiones**

A menudo se juzga la moda como buena, porque es moda y no porque sea realmente buena.

Las mujeres en su mayor parte tienen esta manera de pensar. Se visten intentando seguir la moda del momento, no me refiero a las jóvenes, lo cual es lógico, pues con esta vestimenta a la moda se convierten en un objeto viviente de mayor reclamo.

La cotización en el reclamo social de la mujer es caduco, tiene una considerable corta duración con respecto al reclamo social del hombre, cuya cotización social es más duradera. La mujer debe, antes de los treinta y cinco años, encontrar pareja y en unos pocos años que le siguen debe quedarse embarazada, de no hacerlo así no conseguirá ni lo uno ni lo otro.

Había un tipo social de mujer muy fomentado en el gobierno del general Franco, que era la solterona, ocupaban los puestos de gimnasia escolar en la enseñanza de las chicas, maestras en escuelas y colegios, abundaban también en las oficinas de los ministerios, enfermeras y comadronas. Todas ellas estaban muy bien vistas socialmente.

Con los cambios de gobierno y con el tiempo el proceso se ha invertido. Hoy en día la mujer soltera se ve como algo extraño, como una situación social desprestigiada, por el contrario, la mujer

separada ha cobrado valor social, pasó por las tres etapas, soltera, fue aceptada y consiguió el estado de casada, después conquistó la separación o lo que es igual, una soltería con libertad, con derechos y sin deberes.

Como proceso social está muy bien, pero como moda social ya no lo está tanto, la libertad conquistada no es tal, pues libertad no había perdido ya que libertad no tenía con anterioridad.

La libertad que creé tener al pertenecer a la nueva clase social de las separadas, es la libre búsqueda de una sexualidad, no de su sexualidad, que tan poco la ha tenido anteriormente, teniendo en su lugar, la sexualidad de la represión y la sexualidad de la moda imperante.

En la práctica, la vida sexual de la mujer separada por moda, es un auténtico desastre, un auténtico desastre porque todo lo hace por moda, convirtiéndose toda ella en moda misma. La moda la vive a ella y no lo contrario, su vida sexual y su vida social es consumida y engullida por la moda.

Debo reconocer que si no consigue una liberación mental sobre el sexo, porque en realidad, no pasa de realizar una práctica a la moda que suele durar muy poco tiempo, después no conseguirá ni eso siquiera.

La mujer que trasciende la moda, que no vive para la moda, que no se busca ni se encuentra ni se realiza en ella, se busca a sí misma, encontrándose como mujer en su interior. Este tipo de mujer usa de la moda no porque sea moda, sino porque la considera buena y además buena para ella.

Me he fijado que la mujer a partir de los cuarenta y cinco años, bien sean casadas, bien sean separadas, se arreglan con tintes y peinados y se visten con ropas, que más se parecen estéticamente a jóvenes adolescentes que a mujeres.

La razón no es que teman envejecer y retrasar con dicha vestimenta su deterioro físico, ni siquiera un intento de semiótica estética retrasar su caducidad en el mercado del erotismo femenino. Su razón y lo creo con firmeza, es la de que, imitando la moda juvenil, puedan parecerse a sus hijas, para que con sus ropas de moda y de costosas marcas, fantasear sobre la sexualidad del informal y desenfadado manoseo juvenil.

El roce legal levemente insinuante, que tanto agrada y agradece la mujer que supera los cuarenta años, es otra cosa. Me refiero a la libre ensoñación sobre el manoseo adolescente por encima de la ropa que viste la mujer que sigue la moda como parte de su vida, ésta es una mujer neuróticamente erotizada.

Desea sobre su vestimenta el manoseo informal, rápido y desenfadado.

Haciéndolo muchas veces de una manera ligera pero muy cargada de intenciones con amigas y compañeras de trabajo. Si sus ropas son de marcas que tienen por moda reconocido prestigio, mayor es el motivo para ser manoseada con ella, para que la toquen y acaricien como si de una modelo de revista se tratase. No en vano ha invertido ese dinero, como para sentirse manoseada sin ropa alguna.

Comprobé después de haber observado detenidamente este comportamiento, que la mujer posee una sexualidad infantil, y que no ha llegado al desarrollo de una sexualidad adulta, debido a la deformante educación de moda y de la moda misma por su educación.



### **Reflexiones**

La religión católica es una religión de hombres para atraer a las mujeres.

Esta afirmación así planteada parece a primera vista una afirmación llena de estupidez.

Las jerarquías de la Iglesia son hombres, sacerdotes, deanes, canónigos, obispos, arzobispos, primados, cardenales, ramas especializadas dentro del catolicismo como son las órdenes religiosas, destacando entre ellas por su notoria influencia económica y política, los jesuitas y el Opus-dei.

La mujer dentro de las órdenes eclesiásticas tiene un papel secundario, de hecho, muchas de sus órdenes son seguidoras femeninas de órdenes masculinos, carmelitas, paulinas, dominicas.

Al frente de todas ellas, al frente de la curia, la cabeza visible, el infalible, el Papa, un hombre.

La mujer no puede oficiar la misa, le está vedada, solamente el hombre puede alcanzar el sacerdocio y ascender en la carrera eclesiástica.

La mujer ocupa como parte integrante de la iglesia un papel de comparsa, de acompañamiento secundario que en su momento tuvo la gran función de captar tierras, herencias y donaciones, hoy en día creo que esto ha disminuido considerablemente. Aunque siguen realizando taimadamente esta labor en las residencias de ancianos.

Hacia el exterior, la religión católica adopta otra actitud, otro reclamo. La mujer es considerada como el pecado mismo, no solamente en como se la culpabiliza como la causante del pecado original tentando al infeliz Adán, en una palabra, la mujer es considerada como la fuente del pecado.

Por el siglo XII, surgió dentro de la iglesia el culto Mariano, el culto a María, como madre de Dios, como mujer virgen, como mujer casta, como mujer pura, como mujer asexuada, como mujer antítesis del erotismo, como una mujer madre concebida e inseminada artificial y espiritualmente.

La curia romana en sus laboratorios religiosos, fabricó una María aséptica que lo era todo espiritualmente, eliminando de ella todo vestigio de mujer, de mujer que no tenía deseos ni pasiones, que no deseaba que le acariciasen el cabello, ni deseaba contemplar y disfrutar de la belleza y las virtudes del hombre. Mataron a la mujer y fabricaron una intangible imagen falsa de ella, y elaboraron tormentos para quienes esto pusiesen en duda. La descripción de cualquiera de estos tormentos encoje el corazón del pecho más valiente.

Sin embargo, los fabricantes, los ideólogos católicos sí sabían muy bien lo que fabricaban. Los demonios, fueron sacados de los Daymon griegos, entidades inofensivas de su mitología que vivían en los bosques y campos, unas veces hacían trastadas a los humanos y otros los beneficiaban o los ayudaban en sus labores. El macho cabrío, no era otro que una caricatura o una mala fotocopia del dios de la naturaleza Pan, que en la mitología griega se representaba como un fauno tocando la flauta.

La iglesia católica culpabilizó a la mujer como la causante del mal, el hombre la tomó por malvada y ella misma no tuvo más remedio que creerse mala y sentirse a su vez malvada.

Las religiones que en las que en épocas anteriores eran sacerdotisas las mujeres, tenían un conocimiento espiritual y de la adivinación, dio un giro en tiempos del renacimiento y del tan cacareado humanismo hasta convertirlas en brujas, para ser pasto de las llamas y definitivamente en seres sin inteligencia no aptos más que para cuidar hijos, negándoseles el acceso a las actividades que requiriesen responsabilidades.

El catolicismo con sus catedrales, basílicas, colegiadas e iglesias se erigió en el lugar de acogida de estas pobres infelices, de estos engendros que a pesar de ser obra de Dios, descendían de un trozo del hombre, por lo que le eran deudas y debían eterno sometimiento.

Analizando la simbología arquitectónica de los templos católicos, aclarará sin lugar a dudas la aseveración con que dí al comienzo de esta nocturna reflexión.

La mujer sufre en su educación moral desde su nacimiento, una represión sexual que la castrará como mujer mientras viva, el sexo es pecado y ella peca si lo desea. Una terrible lucha se entabla en su interior, la naturaleza de mujer y la moral educativa, de ese enfrentamiento surgen las neurosis, las histerias y la mayor parte de los trastornos mentales, así como muchos de los físicos, dolores de cabeza, dolores de espalda, vértigos, mareos y estoy convencida, la causa principal de muchos procesos patológicos que desembocan en cánceres.

Con esta represión mental inconscientemente asumida, la mujer acude a la iglesia viendo en ella, en su arquitectura, en su decoración y en la parafernalia de su ceremonioso ritual los ingredientes de la sexualidad que le ha sido arrebatada.

Las iglesias tienen una torre, que se yergue desafiante simbolizando y representando un gran falo, lo remata una pequeña e impúdica cúpula que a modo de glándula completa el órgano sexual masculino. Así la torre sería únicamente un órgano genital pasivo, como lo es un genital femenino, la torre tiene una campana con la que llama a los feligreses, sus movimientos son cadenciosos, acompasados. La campana de forma cóncava con forma de genital femenino alberga en su interior un badajo símbolo masculino que al golpear sus paredes la estremece, haciéndola vibrar, emitiendo el sonido de llamada.

La campana convierte a la torre en un símbolo genital masculino activo.

La puerta de entrada de las iglesias con su parte superior curvada, a menudo con arquivoltas e imágenes decorativas en tímpanos y laterales, representa la entrada del sexo femenino con sus pliegues, clítoris y vello púbico.

El rosetón que con tanta frecuencia se observa en muchas iglesias, podría relacionarse con el meato femenino.

En su interior, la simbología se manifiesta sin recato alguno, las pilas del agua bendita, tienen forma cóncava, representación simbólica del genital femenino, al igual que lo son las capillas que suele haber en sus laterales o los absidiolos.

Las imágenes son sugerentemente sexuales y de enorme contenido erótico. El Bautista vestido con pieles representando la virilidad, el hombre rudo y potente del desierto, medio animal, con sus piernas y brazos al aire y su torso medio descubierto apoyándose en un gran cayado, su símbolo fálico de masculino poder.

San Sebastián, asaetado por flechas, con su cuerpo ligeramente sangrante, cubriendo su desnudez solamente un pequeño lienzo blanco y que a pesar del doloroso martirio adopta cara de afeminado éxtasis. Las saetas representan el genital masculino que penetra, que hunde y hiere las carnes indefensas de un cuerpo atado y desnudo de rostro andrógono.

Muchas mujeres son atraídas en sus fantasías por esta imagen, pero son muchos los homosexuales que también son atraídos por ella. Passolini, el director de cine, cuenta en sus memorias como sus fantasías eróticas giraban en torno a esta imagen descrita.

Jesús de Nazaret prácticamente desnudo su cuerpo en la cruz, coronado de espinas, la frente, las manos, las rodillas y pies sangrantes por los clavos, mostrando su rostro de contenido dolor, muestra una imagen falsamente representada, lejos de inspirar compasión inspira amor, pero el amor carnal se oculta sobre amor tierno aparentemente sin malicia alguna.

¿No representa la imagen del cristo a un hombre joven, atlético, fuerte, esbelto, bien parecido, bien formado que está semidesnudo? ¿No se encuentra acaso maltratado y aguantando el suplicio con un rictus de contención no sabiéndose si la contención obedece al dolor o al placer?

Un hombre crucificado es una caricatura del hombre, es un ser reducido a piltrafa humana, en esa posición dejando a un lado el padecimiento, los hombros se elevan, la cabeza se hunde en el cuello ladeándose grotescamente, el pecho se hunde, dilatándose y distendiéndose el vientre.

El cuerpo de un crucificado se transforma en un cuerpo deforme, antiestético y feo por su deformidad, sin embargo, el crucificado de las iglesias, es una imagen que dista muy lejos de ser un cuerpo deformado por el suplicio.

Una conocida que había realizado sus estudios de bachillerato en colegio de monjas, me comentó, que durante años cada vez que entraba en la iglesia no podía concentrarse en las oraciones, porque tenía la persistente imagen, de que al cuerpo crucificado del Nazareno le caía el paño que le cubría sus genitales.

La hora de la noche es avanzada, me encuentro cansada y con sueño, deseo terminar esta reflexión que me parecía corta y se ha ido desenvolviendo como una madeja alargándose en exceso.

El retablo de las iglesias con sus dorados y columnas salomónicas, retorcidas y bulbosas, angelillos colgados por todas partes que no son otra cosa que ingenuas representaciones de cupido, dios del amor en la mitología griega, provistos de su arco con flechas y con la venda en sus ojos. Porque esta pequeña y traviesa divinidad disparaba las flechas del amor a ciegas, por eso se dice que el amor es ciego porque el que es herido por sus flechas no ve en la persona amada más que belleza, resplandores sin fin y virtudes sin cuento ni límites, pero cuando la venda cae de los ojos, se despeja la ceguera, la ilusión desaparece ya tenemos el teatro montado.

Las representaciones femeninas de santas, mártires y vírgenes, representan a la mujer mutilada y sin esencia femenina alguna, excepto la de Santa Teresa, a la que Bernini esculpió en éxtasis místico sin línea delimitada con el éxtasis sexual ***“Vivo sin vivir en mí//y tan alta vida espero// que muero porque no muero”***.

La mayoría de ellos están morbosamente mutiladas físicamente, una con los ojos en una bandeja, diciendo, por desear ver aquello que más deseo, otra con los pechos cortados mostrándolos, diciendo, por desear lo que no debe desearse y ofrecer y mostrar lo que no debe ofrecerse, ni mostrarse.

El sacerdote en el interior del confesionario, la mujer arrodillada susurrándole a un hombre con voz muy queda sus intimidades, sus más íntimas preocupaciones, sus insoportables ideas que la atormentan, sus recurrentes llamadas del deseo.

¿De qué va a confesarse, de orgullo, de avaricia, de egoísmo, de vanidad, de poco amor por sus semejantes, de su falta de solidaridad con el mundo y con la creación de dios?, tonterías, el único, el gran pecado existente para la iglesia católica es el sexo, no hay otro, y la mujer es su origen y quien lo transporta a través de los tiempos.

La mujer alcanza en la confesión, una y otra vez cotas elevadas de excitación erótica, las voces susurrantes de ambos, mezcladas una cerca de la otra en la intimidad de la garita y con un hombre que no tiene mujer, mujer oficial al menos. Aquí la fantasía femenina rompe sus propios límites.

Qué decir del sacerdote oficiante vestido con sus ropajes de vistosos colores como un pavo real, casullas, estolas, mandiles y mandilones, gesticulando, hablando con esa voz peculiar de los curas, que ni es de hombre ni es de mujer, con ese tono de voz tan ambiguamente delicado, ordenando levantarse, sentarse, arrodillarse y vuelta a empezar de nuevo la operación.

Finalmente, el resto de las imágenes de santos mártires varones, son tan afeminadas que la mujer puede recrear su mirada lujuriosa en ellos sin temor a pecado alguno, porque esas santas representaciones no le ofrecen ni representan peligrosidad alguna.

Una muchacha se dirigió al confesionario.

Padre yo es que me masturbo tres veces al día y no lo puedo evitar, aunque lo intento.

Le respondió una voz desde el interior.

A mí como si te la machacas, yo soy carpintero y estoy aquí adentro arreglando esta garita.

Me encuentro rendida, son las cuatro de la madrugada.



A veces los recuerdos me asaltan, esto que escribo es uno en el que hay de todo, tristeza, miedo, cariño y alegría mezcladas.

El vecino y amigo de la familia, que habitaba en el piso debajo del de mis padres, siempre me hacía regalos, tanto a mí como a mi hermano, también se los hacía a mis padres. Estaba soltero, no era de esos solteros que no le gusta la mujer y tienen una sexualidad un tanto indefinida o lo que es lo mismo una homosexualidad encubierta. Gran parte del año lo pasaba en el mar, de profesión marino mercante con el grado de capitán de barco, viajaba por el mundo y de todo el mundo nos traía alguna cosa, me hablaba de las costumbres de los países por los que viajaba, alimentando mi imaginación y ampliando mi estrecha visión del mundo. Su voz era suave y cadenciosa, recuerdo que nunca lo había visto enfadado ni triste, aunque sí solitario, rehuía por lo común la compañía de otras personas. Son torpes e ignorantes decía de ellos.

Recuerdo que diferentes mujeres frecuentaban su casa, mi madre cuando se encontraba con alguna que subía a su piso o salía de él, ese día tenía un humor de perros. Mi padre comentaba sonriendo, tiene que recuperar los atrasos, en el mar contra lo que se digan no existen las sirenas.

Él había cumplido los cincuenta, yo había cumplido los doce años.

Una tarde en su casa, le pregunté porque iban tantas mujeres distintas a visitarlo.

Se rió estrepitosamente, después sonriendo dijo:

– Es muy sencillo, porque me gustan y porque les gusto.

– ¡Pero tantas diferentes!

– Es muy sencillo de entender. Me gustan todas.

– Pero porque cambias tanto de mujeres.

– Volvió a reírse. No cambio mucho, solo cuando necesito cambiar. Me gustan todas las mujeres, pero aguanto la charla de muy pocas de ellas más de una semana seguida.

– Mi padre aguanta la charla de mi madre. Añadí.

– Eso sucede porque tu padre es un hombre estupendo y tu madre una mujer estupenda.

– Ella dice de ti que, por estar cambiando tanto de mujeres, un día vas a encontrar la horma de tu zapato y las vas a pagar todas juntas.

– ¡Eso dice! Y se rió más fuerte que la vez anterior. –Esa es la afirmación de las mujeres que han salido poco de su casa y que están...interrumpió la frase sin añadir nada más.

Yo estaba llena de curiosidad, y la curiosidad si no es el arte, al menos es el motor de la ciencia.

Le pregunté que hacía con ellas. No es que yo no supiese ciertas cosas sobre la sexualidad, más o menos barruntaba lo que podían hacer un hombre y una mujer en una cama. Ese más o menos era más bien un menos muy limitado que un más, y que no pasaba de algo que intuía por los films.

Ante mi pregunta su rostro adquirió gravedad, como si estuviese pensando en algo. Después de un corto silencio dijo.

– Nos acariciamos el cuerpo y nos besamos, hay partes del cuerpo que son más sensibles y más delicadas a las caricias que otras, la manera de acariciar influye en que puedan ser agradables. Si además la persona que acariciamos nos atrae, el placer que se siente es mucho más intenso.

No creo que hayas comprendido todo lo que he hablado.

– Comprendí todo de todo. Respondí como si fuese una consumada experta en amoríos.

– Bueno, pues si lo comprendiste ya está explicado y no hay que hablar nada más. Dijo él, dando por zanjado el asunto. Pero yo no estaba dispuesta a dar nada por zanjado, quería saber, allí había muchas cosas que desconocía, la verdad es que las desconocía todas y todas quería conocerlas. Me atraía la curiosidad al mismo tiempo que sentía un extraño nerviosismo corporal que todavía lo recuerdo.

– Por qué no me enseñas las partes del cuerpo más gustosas y delicadas. Dije con toda la confianza que él me inspiraba.

Estábamos sentados uno casi al lado del otro, con nuestras butacas de cuero ligeramente ladeadas. Siempre me agradó el olor que desprendían esas butacas y el contacto del cuero en mis piernas me gustaba. Todavía hoy, a veces leo en ellas desnuda y abrigada con una manta.

Extendió su brazo, pasó su mano sobre la mía, apretándola ligeramente.

– ¿Lo quieres de verdad?

– Lo quiero de verdad, de verdad. Respondí decida y sin titubeos, era él el que albergaba dudas.

– Tendrá que ser un secreto entre nosotros dos, algo que solamente sabremos tú y yo y que solamente lo haremos hoy y nunca más lo volveremos a hacer.

Sabrás guardar el secreto de amor entre amigos.

– Claro que sí, a nadie contaré nada.

Los dedos de su mano se deslizaban suavemente por mi brazo, y me gustaba tanto que cerré los ojos y me dejé hacer. Poco a poco fue desnudándome, realizó mil caricias sobre mí y me enseñó la manera de hacérmelas. Permanecía él vestido, en ningún momento se quitó ropa alguna, se limitó a iniciarme en el complejo y delicado mundo del sexo. Tampoco quiso hacerme llegar al orgasmo, aunque me enseñó como conseguirlo con facilidad por mí misma.

Después me ayudó a vestirme, me sentó en sus rodillas y me abrazó con gran ternura y yo me abrazaba a él.

– Si tuviese yo veinte años, te esperaría para hacerte mi novia para toda la vida, dijo sonriendo, mientras yo abrazada a su cuello le respondía.

– Quiero ser tu novia para toda la vida.

Me apretó hacía sí, me acarició el pelo, después me apartó un poco y viéndome a la cara me dijo.

– Tendrás muchos novios cuando crezcas y seas una chica, y no debes de parar de tener novios hasta que encuentres uno que te guste mucho, y que sea inteligente, cariñoso, trabajador y que te haga reír varias veces al día y que además te trate como a una princesa. No abundan hombres así, pero los hay.

Y ahora a jugar por ahí adelante.

Dándome un azote en el trasero me puso de pié y se deshizo de mí.

Ninguna otra vez volvimos a repetirlo, yo lo intenté repetidas veces y el repetidamente rehuía la situación con una delicadeza inigualable.

Si iba acompañado de una chica y los encontraba, me invadía un ataque de celos terrible, él lo notaba, me presentaba con mucha ceremonia como su mejor amiga me besaba la mejilla y me susurraba al oído, tu eres mi única novia.

Sentía también sobre mí la mirada celosa de la chica del momento.

Pasó el tiempo tenía yo sobre catorce años, había desarrollado un cuerpo bonito y bien proporcionado de adolescente además de un rostro agraciado.

Un hermano de mi madre tenía la costumbre en las comidas familiares de manosearme por debajo de la mesa, cosa que yo evitaba siempre que podía. En el ascensor me sobó un par de veces, intentando llegar a algo más, una de las veces que nos encontramos solos en nuestra casa, se desabrochó la pretina sacando el pene, sus intenciones no se me escaparon, sujetó con fuerza mis manos con una de las suyas,

echado sobre mí e intentaba con la otra separarme la braga, mi corpulencia y fuerza no podían compararse con la suya, toda resistencia por mi parte resultaba inútil. Mordí con toda la fuerza de que fui capaz una de sus orejas, que casi arranco de cuajo.

Se levantó chillando, insultándome y propinándome una patada en el costado al tiempo que me amenazaba si le iba con el cuento a mis padres, además de que generaría un terrible disgusto a mi madre.

Añadió que sabría como tratarme la próxima vez.

El temor me embargó día y noche, temía que volviese a intentarlo y esa vez sabía que nada podría hacer, en todo momento procuraba permanecer siempre en compañía de personas adultas, tal era mi temor que no me atrevía a salir de casa si no iba acompañada, ni a quedarme en casa sino estaban mis padres en ella. Al mes llegó el vecino y como siempre que llegaba de sus viajes traía regalos. En cuanto lo ví no solamente me alegré, sino que me sentí segura y me abalancé materialmente a su cuello, era un hombre experimentado, observador de la naturaleza humana, notó algo extraño en ese comportamiento pero no realizó ningún comentario fingiendo que de nada se había percatado.

Al día siguiente por la tarde fuí a su casa contándole lo sucedido y los temores que tenía. Estaba pálido, no se si de ira, de vergüenza o de ambas cosas a la vez. Al cabo de un tiempo me acarició una mano.

– También podría decirse eso mismo de mí. Dijo con tristeza.

– No compares, a ti acudo porque eres la única persona en quien puedo confiar, me gusta mucho recordar lo de aquella vez, además me dijiste que si tuvieses veinte años me esperarías y que yo sería tu novia para siempre.

– ¿Qué quieres que haga?

– Dile que me deje en paz. Le tengo mucho miedo.

– No te preocupes, no volverá a molestarte nunca más, ni siquiera volverá a estar cerca de tí, confía en mí e intenta olvidar este asunto. A veces pasan cosas así, conmigo mismo pudo haber ocurrido todo de un modo diferente. Cuando seas mayor y tengas niños debes tener mucho cuidado, debes elegir bien a las personas con quienes los dejes. La peor gente es aquella que frecuenta las iglesias, los curas y los meapilas, esos lejos, muy lejos.

En estos momentos yo mismo me encuentro avergonzado.

Me senté en sus piernas abrazándolo.

– Estoy muy orgullosa, de cómo me trataste, más bien de cómo me enseñaste y de cómo me has tratado.

– ¿Lo dices en serio?

– Lo digo en serio y lo repetiría si pudiese volver a hacerlo.

Mi tío cuya profesión era ingeniero agrónomo, después de aquella conversación estuvo cerca de un mes ausente, le surgió un viaje de trabajo repentino que tuvo que realizar sin demora alguna. No volvió a molestarme como tampoco volví a verlo en mi casa, y fuera de ella en contadas ocasiones, rehuyéndome siempre con temor. Yo me fijaba en su oreja medio partida, riéndome ahora de aquella tremenda dentellada de adolescente acosada y sin salida.

Años mas tarde mi vecino poco antes de poner fin a su vida, quiero dejar claro que le habían detectado un virulento cáncer que lo consumiría en poco tiempo, se negó a todo tratamiento al uso y en moda.

– Pensé en darme un tiro en la cabeza me confesó, pero lo he desechado por razones antiestéticas. Un tiro en el pecho sería lo más apropiado y viril, pero si no acertase al corazón, tendría una lenta agonía. Ambas maneras de morir debo descartarlas, además, por consideración a ti, no quiero que tengas un recuerdo sucio de este piso. En fin, no queda otro camino que un afeminado, pero efectivo y dulce sueño proporcionado por una superior dosis de morfina.

Me legó su casa y una cantidad sustanciosa de dinero tanto en metálico como en acciones.

– Lo que no te guste de la casa lo tiras, sino te gusta la casa la vendes, tuya es.

– Me encanta la casa, siempre has tenido un gusto equilibrado y acogedor, nada cambiaré de ella.

No lo decía por halagarlo, eso era lo que pensaba, el único defecto que le encontraba era su espaciosidad, había comprado dos pisos y de ellos había hecho uno.

– Quiero preguntarte una cosa, proseguí, como solucionaste aquél problema que tenía con mi tío, siempre tuve curiosidad por saberlo y nunca me atreví a preguntártelo.

– Fue muy sencillo –dijo sonriendo.

– Al día siguiente de hablar contigo hice un par de llamadas, concerté con tu tío la visita a unas propiedades para que las midiese y tasase. Al llegar al lugar tres conocidos míos que me debían varios favores, gente de la noche, ya me entiendes, e hizo un gesto con la mano, se encargaron de él, yo los dejé allí en medio del monte, no me preguntes nada más porque nada más sé de lo que allí sucedió.

– Pero estuvo un mes fuera de casa, afirmé.

– ¡Ah! Eso fue cosa mía. Hice que le dijese que no volviese por su casa durante ese tiempo, ese era el tiempo que yo permanecería en tierra antes de embarcarme de nuevo.

– No alcanzo a comprender la finalidad.

– Muy fácil, su mujer estaba de muy buen ver, fui a por ella, un brillante de regalo y la cena en un lujoso restaurante, fue suficiente.

– ¿Te tiraste a su mujer?, pregunté asombrada.

– Sí, dos días después y después todos los días, con frecuencia varias veces al día. Antes de embarcarme tuve que hacer una apología del matrimonio, la fidelidad, la pareja, la moral, mi trabajo y todas esas tonterías para quitármela de encima.

Después de la licenciatura, realicé el doctorado, después me instalé en París, allí, alguien al que en páginas anteriores he mencionado, me recibió en su vida. Solamente puso como condición que no quería televisor, negándose a compartir nuestras vidas con medios de comunicación estatales y privados. Un televisor, es tener un policía en la casa, decía.

Una noche en la que nos habíamos preparado para asistir a una cena de compromiso, habíamos traspasado el umbral, me miró a los ojos, diciéndome que estaba luminosa. Intentó besarme, pero yo puse los dedos en mis labios y los deposité en los suyos. La intención no era otra que salvaguardar la pintura con la que me los había embadurnado.

Sonrió, volvió a meterme en casa, apoyó mi espalda contra la puerta, levantó mi falda y de rodillas jugueteó con su lengua en mi sexo hasta hacerme llegar al borde del abismo.

En ese punto, se irguió, llevó los dedos a sus labios que seguidamente los depositó en los míos.

– Ahora ya podemos irnos, me dijo finalmente.

– ¡Esta me la pagas! Respondí con la respiración entrecortada.

– ¡Esta noche! ¡Ah! Puedes poner los intereses que quieras.

Han pasado muchos años desde que no he escrito nada en el diario.

He cumplido con largueza los cincuenta años, he vivido con amor, he amado y sigo amando, el que me amen he aprendido a no tenerlo demasiado en cuenta. Entre amar y ser amada, mil veces amar. Debo añadir que cuando el viento sopla, inevitablemente las ramas de los árboles se agitan y sus raíces se estremecen.

La mayor parte de las noches duermo apoyando mi cabeza en el brazo de mi compañero mientras caliento sus manos con las mías. Las noches restantes es él quien apoya su cabeza en mi pecho y calienta mis manos con las suyas.

Hago el amor siempre que quiero y cuando no quiero él hace que lo desee ardientemente.

Creo que no es necesario mencionar quien es él, ni de quien se trata.

Tengo cartas escritas por mí compañero, recibidas durante los años que estuvimos sin vernos, durante los cuales no habíamos formalizado entre nosotros compromiso amoroso alguno. Son unas cartas eróticas al mismo tiempo que aleccionadoras. Como fueron a mi dirigidas por quien comparte y con quien comparto mi vida, las inserto en este diario íntimo de mujer joven. Al releerlo no puedo dejar de esbozar cuanto menos una sonrisa de placer en algunos de los pasajes y en otros abiertamente la risa aflora irreprimible.

Aseguro también que desde que acepté el compromiso amoroso, no he tenido ni deseo ni he dado motivos, al menos que yo fuese consciente, para que alguien que no fuese mi actual pareja se acercase a mí con otras intenciones que no fuesen las socialmente aceptadas.

No he tenido la necesidad de sentirme halagada, los halagos me han llovido y llueven sobre mí como aguaceros de invierno. Las miradas cargadas de amorosa lujuria y de amorosa animalidad las recibo diariamente, me refiero a ese tipo de miradas que a una mujer hacen sentirla hembra y mujer deseada. Mi belleza no es la que poseía de joven pero mi atractivo, me lo repite constantemente mi compañero, es mucho mayor, seductoramente mayor. Y yo me lo creo. Si él me lo dice ¿por qué no habré de creerlo?.

«Querida señora:

He tenido que dejar la ciudad precipitadamente, como usted ya sabe, sentí mucho no poder seguir a su lado, y sintiendo con angustia el no poder estar conversando con usted. Le contaré una confidencia; mientras la escuchaba, mi miembro permanecía erecto, ni una sola vez sucedió que no se irguiese en actitud altanera empujando con fuerza mi bragueta, como si quisiera llegar hasta su cara para que lo lamiese y lo chupase con alegre fruición. Imagino señora, que sería esa, y no otra la intención de esta pequeña pero simpática verga mía.

Se sorprendería usted de cómo podía soportar tan grande sufrimiento, empalmarme y permanecer empalmado durante tanto tiempo. Se sorprenderá usted de cómo era capaz de soportar tan grande suplicio, que tan perfectamente era por usted ejecutado.

Se lo contaré, además le haré otra confidencia, de las treinta y cinco visitas que he realizado a su casa, treinta y tres de ellas, monté a su hermana, aunque, a decir verdad, algunas veces fue ella quién me montó a mí, una vez introdujo en mi ojo falto de niña, un consolador que ella tenía para sus juegos solitarios y elevar así el espíritu en horas de desaliento. Era el ojo mío puro y virginal, tan sólo en él, habían penetrado supositorios. ¿Por qué le permití tamaña atrocidad?, porque su hermana es tan niña, tan dulce, tan ingenuamente encantadora, que no quise verla hacer pucheros por mi negativa.

Pero luego que le conste, que la enulé varias y repetidas veces con mi verga.

La hermana de usted, comprendía mis sufrimientos, sabía que usted me hechizaba, es usted una bruja hermosa, seductoramente hermosa, pero bruja y bruja mala. Su hermana era todo lo contrario, era

su lado bueno, era todo candor y espiritualidad, no hacía más que el bien, enmendaba los entuertos que usted realizaba, y los enmendaba bien. Hacía unas felaciones hindúes que son dignas de ver, se lo explicaré, su hermana practicaba yoga; pues bien, se subía a una mesa, hacía el pino apoyándose únicamente sobre la cabeza, yo entonces con los pantalones bajados, en fin, decía que de esta manera le llegaba mejor y más adentro el licor que con fuerza salía de mí, hasta un punto del esófago que según ella decía, era el punto de felicidad tántrica.

Echo de menos señora, su presencia, su amable conversación, sus palabras, el tono de su voz, el color de sus ojos y su excelente Oporto. Hecho todo esto de menos, porque en el lugar donde estoy no hay nadie como usted, por no haber no hay ni Oporto, y lo que es más lamentable de todo, por no tener no tengo ya erecciones. Mi verga, varias veces ganadora de premios, muchas veces aclamada, se ve reducida ahora a un pequeño y ridículo gusanillo. Faltándome la motivación me falta el deseo y sin el deseo nada hay que hacer, si al menos estuviese aquí su hermana, tal vez con la ayuda de sus conocimientos de yoga podría ... aunque soy escéptico.

Echo de menos también algo que me había propuesto, quería tirarme a su hermana en la alcoba de usted, quería tirármela en su tálamo solitario, ausente de placeres, cerrado a las vergas de los hombres de su ciudad, a todos, no solo a la mía, sino también a la del fontanero, carpintero, panadero, butanero, chapucero, recadero, portero, cobrador de electricidad, cobrador del agua, cerrada a la verga del lechero, del vecino de enfrente, del vecino de abajo y del vecino de arriba.

Menos mal que en su casa, su hermana repasaba uno a uno y a veces en simultáneas, como los buenos jugadores de ajedrez, a todos los señores arriba mencionados, se me olvidaba añadir a las visitas, fijas y ocasionales.

Echo también de menos las partidas de cartas que con usted jugaba, no podré olvidar nunca, la excitación que me producía, el verla entornar los ojos, ver como entreabría los labios hasta marcarse en su boca un rictus voluptuoso, el verla como ligeramente estrujaba la carta que usted tenía ya en la mano, me refiero al as de bastos. No podré olvidar el placer que me causaba el verla a usted poseída de esa intensa emoción cuando usted tenía el as de estacas, la estaca más gorda y más grande en su mano.

Comprende usted ahora mi desgracia, sólo, aquí en el exilio, rodeado de bagatelas, de trivialidades y fruslerías, pero sólo, porque usted no está, falto de emociones porque no está usted aquí para producírmelas.

¿Con quién quiere que hable, con quién quiere que juegue a la baraja? ¿Con la boba mujer del gobernador, con la insoportable hija del general M. del B.?, ¡Si es igual que se su padre!. ¿Con quién quiere usted que hable, con las prostitutas de París?, si son todas unas pobres infelices que dan más lástima que otra cosa, y además no buscan ni pichas, ni estacas, ni vergas, buscan tan sólo el dinero y el dinero no trae emociones, el dinero trae poder y el poder es la emoción de los espíritus miserables.

Señora, estoy lejos, quisiera volver, pero no puedo, me encarcelarían, usted lo sabe, me buscan, casi han puesto precio a mi cabeza, por ello tuve que huir.

Estoy muriéndome de inapetencia, de aburrimiento, de nostalgia, muriéndome por no desahogarme; el médico me ha visitado y me ha dicho con tono y aire paternal ¡joda usted, hombre! ¡Joda usted!.

– No puedo doctor, me falta la motivación de la señora.

– Pues cambie de región, de país, viaje usted, inténtelo y si no puede, haga mamadas en buenos y seleccionados coños, haga felaciones a jóvenes señoritas, que no desean ser desvirgadas, porque desean llegar puras al matrimonio, porque como usted sabe, abundan los maridos muy listos.

Haga usted lo que le digo, hágame caso, no es que usted esté enfermo, es que usted ya está lentamente suicidándose. Es usted poseedor de una considerable fortuna, tiene usted medios para permitirse viajar varios años, gaste usted si es necesario, todo su dinero en las medicinas que le he prescrito. Habrá perdido su dinero cosa que por otra parte no creo, porque tiene usted mucho, pero aunque así fuese habría ganado la salud.

Tal vez siga el consejo del doctor. Tal vez me decida a viajar y por cada ciudad que pase, adquirir frascos de la medicina aconsejada por el facultativo.

Adiós señora mía, salude a la hermana de usted, de mi parte y de mis partes».



«Envié una carta para ti, era singular, tan singular como nosotros lo somos.

Todo ha salido bien, me encuentro en París, en el tiempo que llevo aquí, me han surgido alumnos para impartirles clases de español y de física. Con esto y algo más tendré resuelto, al menos en principio, la economía, un problema menos.

Me he enterado que han abierto un expediente académico contra mí, y en breve, como suele suceder en las universidades españolas regidas por rectores, decanos y profesores de valor y dignidad afeminadamente fascistas, será expulsado de la universidad a pesar de mis altas calificaciones académicas.

Estoy realizando gestiones para matricularme aquí en París y como no me validarán los estudios anteriores, tendré que comenzar desde el principio.

Tres años perdidos en apariencia, la realidad es que se estudiarán temas similares con perspectiva y conocimientos diferentes. He asistido a varias clases y en la Sorbonne y la diferencia es sustancialmente notoria.

Los gastos los afrontarán mis padres, pueden hacerlo sin que les represente gran dificultad.

Comparto vivienda con un artista, cuyo nombre comienza a destacarse sobre los demás, en Montmartre, sabías que Montmartre significa Monte de Marte, en tiempos pasados en este lugar elevado debió estar ubicado un templo dedicado a Marte el dios de la guerra.

Es triste estar lejos de la tierra de uno, de sus amigos, de su familia, todavía es más triste, si la situación de este hombre es no saber cuándo podrá regresar. La conciencia de emigrado es terrible, pero la conciencia de exiliado es insoportable.

Padezco este último mal, pero por si fuesen pocas mis desgracias, añadido el que te he conocido poco antes de venirme, que te he conocido y que no puedo olvidarte. Amar y permanecer lejos de la persona amada es la mayor de las torturas, el peor de los tormentos. Hay una palabra en el lenguaje del amor, que es sagrada, los amantes deben decirla en contadas ocasiones, esta palabra resume mil palabras de amor. Yo tengo que decirla, porque desde el corazón puja con fuerza hasta reventarme la garganta en un deseo irreprimible de llegar hasta tí, y la grito a las paredes de mi habitación, oyentes sordamente impasibles.

Es angustiosa esta situación ¿por qué debe romperse un amor apenas comenzado?, el azar nos ha reunido y el azar nos separa, el azar nos lleva y nos trae, nos trae y nos lleva, tal vez ese sea el destino de la humanidad, oscilar de un lado al otro, de un extremo al otro extremo.

Yo mismo tengo que poner fin a esta situación, yo mismo tendré que ser mi propio verdugo y matar en mí esta pasión que me consume.

Debo olvidarte, tengo que alejar tu imagen, tu presencia, tus palabras, de mi pensamiento. Me entristezco sólo pensar en ello, pero no tengo elección.

No volveré a escribirte, si ello hiciese, estaría echando leña a este fuego que mi corazón inflama, solamente tendrás noticias mías, cuando todo este embrollo se aclare y calme».



«Querida señora:

Vuelvo a escribirle con el ánimo de aplacar mis deseos de verla, no crea que mi estupidez llegue a ser tanta como para llegar a confundir mis deseos hasta tal extremo y de tal manera, pero si consigo engañarlos, aunque sea por un breve espacio de tiempo, me daré por satisfecho. De igual manera me daré por satisfecho, si con esta larga carta puedo proporcionarle a usted alguna distracción.

Abandoné París siguiendo el consejo médico, escéptico por mi parte de los buenos efectos de la medicación, desconfiando de que el diagnostico no era el acertado. A pesar de mi desconfianza decidí seguirlo, y junto con un camarada de reciente amistad, partimos de viaje.

Si bueno sería cambiar de aires, bueno sería cambiar no ya de ciudad sino de nación, casi sin darnos cuenta atravesamos la frontera de Bélgica.

Mi compañero posee un extraño don que yo calificaría de Mefistofélico y que en España llamarían don Juan y en Italia Casanova.

Mientras permanecía en el hotel descansando y ordenando mis ideas, salió él en busca de medicinas, a la hora penetró en el saloncito de mi habitación con dos muchachas belgas, autóctonas indígenas de esta tierra, me aseguró.

No supe que admirar más, la rapidez de su gestión o lo contundente de su éxito. Francamente estaban muy bien configuradas, estatura ideal, carnes duras y rebosantes de energía como son las mujeres de ese país. Por mi parte permanecía indiferente ante las indígenas bellezas europeas, por no parecer descortés acepté su compañía.

Allí mismo nos fue servida la cena con abundante bebida, no habíamos comenzada los postres y mi compañero bebía el champán del cuenco que las belgas formaban con sus manos. Me mantuve al margen observando con curiosidad extrema todo aquél comportamiento.

Se negó a probar los postres si no le eran directamente dado a comer con los dedos de ellas. Echado sobre la cama era femeninamente alimentado entre risas y burbujas de champán. Harto de comida, desabrochó su bragueta mostrando un miembro descomunal. En ese momento conocí por primera vez el sentimiento de la envidia, no envidiaba su miembro, envidiaba su erección que se me antojaba dura como el bronce.

Con los dedos separó los labios a una de las muchachas para después cogiéndola por el pelo, atraerla con su boca entreabierta hacia su verga.

Excitada la otra muchacha hizo el ademán de venir hacia mí. Con un pequeño gesto le indiqué que siguiera donde estaba y participase del juego. Desconcertada por su propia excitación que había llegado al límite se encontraba paralizada. Decidí ser su orientador.

Lentamente fui despojándola de la ropa, su cuerpo era realmente hermoso de pechos turgentes y bien moldeados, su pubis oscuro y de bien perfilado bello. La conduje a la cama situando su húmedo y rezumante sexo sobre el rostro de mi compañero. De rodillas sobre él, le susurraba al oído que se acariciase al tiempo que se moviese lentamente para que el líquido que abundantemente le fluía fuese extendiéndose por su cara. Los dejé de ese modo y sin que se diesen cuenta de mi partida me dirigí a mi habitación. No tardé en quedarme profundamente dormido.

Los tres días siguientes nos dedicamos a conocer la ciudad, paseamos por sus calles, nos sentamos en sus plazas y parques. Nos introducíamos en tascas y comíamos en los mejores restaurantes.

Una noche en la que la agradable temperatura invitaba al paseo, nos dirigíamos a esos barrios que toda ciudad que se precie de serlo tiene. Estos barrios sirven de dique y ejemplo a cierta moral y a cierto número de buenos ciudadanos hipócritas.

Nuestra visita a esta ciudad era puramente turística, mi compañero, que de ahora en adelante llamaré Mefistófeles, deseó catar aquellos cuerpos de hembra. ¿Qué podrían ver las mujeres en él? ¿Qué extraña atracción irradiaba?, jamás podré saberlo, pero sí pude comprobar como sus manos se volvían pálidas, su piel parecía más suave, sus labios expresaban una extraña y sensual mueca burlona acentuando la luminosidad de sus ojos, que parecían penetrar más allá que cualquier ojo humano, todo él era como si descubriese en la mujer a la que mirase, sus más íntimos secretos, sus más íntimos e inconfesables deseos.

En uno de los locales dio al camarero una soberbia propina al tiempo que le decía –la discreción es una buena virtud cuando se está al frente de un negocio. Acto seguido levantándose de su asiento cogió del brazo a una de las chicas y se la llevó a los lavabos, poco después salía la chica introduciendo a una de sus compañeras con una botella de champagne. Esta operación fue repetida entre la mayor expectación y discreción que pueda imaginarse. Diecisiete veces, fue repetida hasta agotar el número de chicas que en aquél local había.

Cuando salió de su improvisada alcoba, se lo recibió en principio, con un silencio embarazoso para terminar en entusiastas aplausos y felicitaciones. Puso un fajo de billetes en la barra y se despidió con un gesto de inclinación de cabeza.

De Bruselas nos dirigimos a Amberes, es esta una preciosa ciudad, las calles, las plazas y sobre todo sus casas muestran la permanencia en el tiempo de la época de los pintores flamencos. Sus muchachas parecen conservar ese aire especial mezcla de la frivolidad del temperamento nórdico y de la ardiente sangre meridional de la soldadesca de los tercios españoles.

Una tarde en la terraza de un café, no lejos del puerto, Mefistófeles se quedó viendo fijamente para una jovencita que en una de las mesas estaba acompañada por un atlético mocetón.

Para mi asombro la joven respondía con sus miradas a las de Mefistófeles, lo que me hizo sospechar que mi compañero poseía un poder magnético especial de la que estaba dotada su naturaleza.

Sus atractivos no eran destacables, llegué a pensar que había realizado algún extraño pacto diabólico si es que él mismo no era el propio diablo.

El mocetón se dirigió a nuestra mesa, sin mediar palabra lo asió por las solapas de la chaqueta y lo izó de la silla como quien levanta una pluma. La reacción de Mefistófeles no se hizo esperar, un rodillazo en la entrepierna seguido de un golpe seco con las palmas de sus manos en los oídos reventándole los tímpanos, logró no solo que lo soltase, sino además que el mocetón cayera al suelo fulminado.

Ocurrió todo tan rápido, que nadie había tenido tiempo de intervenir.

Abandonamos la terraza, al pasar al lado de la muchacha la cogió de la cintura llevándosela consigo al hotel.

Mefistófeles era el compañero ideal de viaje, se plegaba o adaptaba a cualquier plan o idea que pudiese surgir, amable, alegre y buen conversador.

Desconocía en ese momento la personalidad que podría ocultarse bajo esa apariencia, podría ser una persona brutal o una persona bondadosa. Su comportamiento era desconcertante. A los pocos días del incidente de la terraza, una mujer muy aseada y modestamente vestida, dirigiéndose a él se le ofreció. Él la vio fijamente a los ojos, extrajo del bolsillo de su americana un talonario de cheques y le extendió uno cubierto al portador. Besó la mano de la mujer y nos alejamos ante los atónitos ojos de la pobre infeliz.

Al comentario de que me había emocionado su gesto, me respondió –no soporto que nadie se suicide por causa del dinero.

Recorriamos pequeñas poblaciones de Bélgica recordando su historia y divirtiéndonos como colegiales haciéndonos preguntas mutuamente, hablábamos de arquitectura, visitando alguna casa diseñada por Víctor Horta, ninguna no obstante era tan hermosa como la del propio arquitecto en Bruselas, también hablábamos de mujeres, pero en ese tema yo me encontraba desgano e inapetente.

– Las recomendaciones de ese doctor parisino, son majaderías de inexperto. Italia es la tierra ideal para esta clase de dolencias, pero cada cosa a su tiempo, comentó con displicencia.

Nunca trataba de imponer su criterio, tampoco defendía sus opiniones con excesivo empeño, según él, todo lo que se hablaba eran fruslerías y bagatelas dándole exactamente igual que el tema fuese político o de arte –Trivialidades que en nada se diferencian de las chácharas de señoras antes de una taza de té con pastas.

Viajamos por Holanda y de allí hacia Alemania dando con nuestros cuerpos en Hamburgo.

Apenas instalados en la ciudad lo acompañé en su recorrido por algunos de los más exquisitos burdeles.

– Son los mejores surtidos de Europa, me decía. Con ojo de macho conocedor, analizaba de una sola mirada a las muchachas que ante él estaban, las observaba como un ganadero sabedor de todos los trucos de un lupanar.

Las mujeres debían saberlo, porque adoptaban ante su presencia una actitud mansa y sumisa con la esperanza que les hiciese una señal para acercarse como perritas zalameras.

A los pocos días de nuestra llegada me invitó a la mansión de un conocido suyo. Tenía este hombre, ya entrado en años, una jovencísima hija, hermosa y fresca como una flor al alba. Yo mismo

admiré su belleza sin desearla, sus facciones eran suaves y su voz encantadora como encantadoras eran sus florecientes y recién despuntados encantos.

El padre se había ausentado momentáneamente por una importante llamada telefónica, dejándonos a los tres en un agradable e íntimo salón. La conversación conducida con habilidad por Mefistófeles recayó sobre la poesía maldita francesa, a la joven con el temperamento romántico que a esas edades se tienen, mezcla de deseos incipientes y deseos confusos, le entusiasmaba Rimbaud.

Mefistófeles habló de Rimbaud, de Baudelaire y Mallarmé, se acercó a la librería, cogió uno de los libros y fijando los ojos en ella le dijo –mi dulce virgen, voy a leerte algún pasaje de Los cantos de Maldoror, esto es poesía maldita, hará despertar en tí deseos reales, deseos que solamente vagamente en sueños has tenido. Lo que vas a escuchar hará hervir tus entrañas, sonrojará tus mejillas, te causará espanto, te causará horror y al mismo tiempo sentirás placer. Cuando de esta casa salgamos, mi dulce virgen, desearás ardientemente convertirte en mujer y seré yo el encargado de hacerte descubrir las mil facetas del mundo amoroso.

Esta noche a las nueve vendrás a mi hotel por propia voluntad, por propio deseo. Una belleza como la tuya no debe malograrse por un primer mal paso dado.

Mefistófeles cayó unos instantes, su voz hasta ese momento había sido la de siempre, tal vez más seria, pero la de siempre. Cuando comenzó a leer, su voz se transformó, retumbaba en nuestros estómagos, en nuestros cerebros, en nuestros pechos, para deslizarse torrencialmente mezclada con nuestra sangre por todo nuestro cuerpo. Yo mismo quedé sobrecogido por el tono de su voz y asustado de mí mismo, mil formas espectrales se configuraban para instantes después desvanecerse y formar otras mil cada cual más horrenda y placentera. ¿Eran visiones fantasmales o realidad? Más tarde me explicó, que todo estaba en la mente humana, que ella contenía en potencia los actos de mayor altruismo y en igual potencia el abismo de lo más abyecto.

Muy pocos son los que han adquirido el conocimiento de cómo extraer los minerales de ese rico yacimiento.

Le describiré amiga mía, como Mefistófeles cumplió lo prometido.

Esa misma noche la joven apareció ataviada con un hermoso vestido azul que contorneaba su figura. Vestida de ese modo preparada para gustar, llamó a la puerta.

Mefistófeles me indicó las gruesas cortinas de los ventanales para que me ocultase tras ellas. Oculto como un Voyeur pude observar todo lo que allí ocurrió.

La muchacha apareció tímida y nerviosa, él con rostro serio y mirada fría, la cogió de las manos llevándola hasta el centro de la habitación, giraba en torno a ella contemplándola detenidamente. Sus ojos habían adquirido un brillo peculiar, un brillo refulgente como nunca había visto antes en persona alguna. Lentamente se dirigió a una butaca y encendió un cigarrillo.

Un silencio prolongado cargaba la atmósfera de infinitas y extrañas sensaciones. Incómoda por la situación, ofendida por el recibimiento se sentía humillada e indefensa, a pesar de ello, era incapaz de moverse, no sé qué fuerza o misterioso magnetismo la retenía ahí de pie sujetándola con firmeza. Mefistófeles mientras tanto, fumaba pausadamente su cigarrillo. Comprendí cuál era su propósito, intentaba dominar totalmente a la joven, arrancar de ella el más leve indicio de orgullo, por ese motivo la humillaba. No entendía yo porqué la joven no se marchaba, no alcanzaba a comprender por qué deseaba soportar todo aquello. En una ocasión Mefistófeles me lo aclaró, confesándome –yo tan solo doy a cada cual lo que en su interior desea y les doy ese deseo centuplicado. Ese deseo oculto para ellos mismos no lo es para mí, la atracción que se genera es tan intensa que solamente una cosa sería capaz de romperla.

Impresionado por sus palabras, pregunté con viva curiosidad que era. Me respondió –algo que no te diré nunca, pero que se lleva dentro. A su respuesta yo respondí con viveza –la voluntad.

– Eso no sirve de nada. Dijo, dando por zanjada la cuestión.

La habitación se cargaba de electrizante tensión, la joven enrojecía de ira y vergüenza, ella tan amorosamente tratada por sus padres, admirada por todos los que la conocían, estaba siendo humillada sin contemplación alguna. Mefistófeles seguía fumando esparciendo pequeñas nubes de humo a su alrededor mostrando en la seriedad de su rostro una leve sardónica sonrisa.

Desde mi escondite sentí lástima, tuve la intención de abandonar mi guarida, sacarla de la habitación y acompañarla a su casa ¿Por qué no lo hice? Porque yo sentía una curiosidad sin límites, una malsana curiosidad en saber cómo acabaría todo aquello y también porque sentía un extraño placer con aquella situación extraña.

Su voz se dejó oír –te convertiré hoy mismo en una mujer voluptuosa, sin perjuicios ni tenazas morales que sujeten tus deseos, entrarás en el mundo del placer de lleno, llegarás a su mismo centro permaneciendo en él para siempre.

Lentamente caminó hasta situarse frente a la joven, sus dedos acariciaban los labios de ella, despertándolos a la sensualidad, excitándolos hasta transfórmala en indefinido pero intenso placer.

Mefistófeles que había permanecido cayado, habló de nuevo –Eres hermosa, demasiado como para pertenecer a un solo hombre, no estás hecha para ser propiedad de nadie. Mientras hablaba sus dedos se hundían entre los labios carnosos incitándola a que los mordiese. Cosa que comenzó a hacer, entregándose completamente, vencida por el esfuerzo mantenido en su interior. Mefistófeles continuó – Los hombres te pertenecerán a tí, ellos a tí y no tú a ellos, ellos habrán de ser tu propiedad. Dominarás en el mundo del placer, desde hoy mismo el placer será tu dominio y en él dominarás como incuestionable monarca.

El pecho de la joven se agitaba, su respiración era profunda y anhelante. Mefistófeles abrió una puerta que comunicaba con otra habitación e hizo pasar a cuatro muchachos. Sus torsos desnudos eran

fuertes y vigorosos, como fuertes y vigorosos eran sus desnudas piernas, sus cuerpos tan solo permanecían cubiertos por un slip. Señalándolos, les dijo –Son tuyos, descubre en cada uno de ellos sus atributos, elige de uno en uno y después todos a la vez. Ordena, manda, dirige, sugiere, indica, deléitate, recibe y da placer, no olvides que eres la reina del festín. Permaneceré observándote disfrutando como das rienda suelta a tu cautiva animalidad femenina.

Al azar se dirigió a uno de los muchachos, comenzó jugando tímidamente, poco a poco se envalentonaba extrayendo de sí lo que ella misma desconocía, sus actos abandonaron la mecánica amorosa común para convertirse en actos creativos.

¿Quién lo hubiese imaginado? ¿Quién hubiese pensado que una joven primeriza, calificada de ingenua y sin experiencia pudiese alcanzar tales maestrías?, fluía como agua de un manantial y todo ello de su naturaleza enloquecida.

Les ordenó que rasgasen violentamente sus ropas ante el afán de apretar su cuerpo con el de los muchachos, los enhiestos miembros de sus compañeros tropezaban con ella deseando embestirla, buscando insistentemente la penetración.

¿Qué ocurrió después? No lo sé, todo aquél espectáculo empezó a resultarme aburrido, Mefistófeles sentado en un sillón, con un cigarrillo en sus dedos fumaba, fumaba impasible, arrojando al aire pequeñas bocanadas de humo. Me deslicé por la ventana y después por la ancha cornisa del vetusto edificio entré en mi habitación.

En Hamburgo permanecí tres meses, mi compañero permaneció conmigo durante todo este tiempo excepto medio mes que tuvo que acudir a su ciudad por asuntos de negocios familiares. Durante este corto periodo de tiempo, todo comenzó a transcurrir despacio, es como si estuviese reencontrando la tranquilidad ansiada en oposición al envolvente vértigo anterior. Pasaba algunas tardes leyendo en el hotel, otras visitando museos, asistiendo a conciertos, paseaba por las calles con paso lento acabando con frecuencia en pintorescas tabernas de callejuelas, mezclándome con gentes cuyos cuerpos gastados por el trabajo se mantenían activos gracias al alcohol.

En uno de estos locales, trabé conocimiento con un hombre que, sin llegar a viejo, hacía años que había dejado de ser joven. Su trato educado, su persona enigmática, interesante su conversación, contrastaba en gran manera con el entorno. Busqué con agrado su compañía, frecuenté con él tugurios y tabernas de pésimas comidas.

Fue una tarde anocheciendo ya, entré en una taberna bulliciosa con gente en mesas y barra, ellos se fijaron en mí con descaro, otros lo hicieron tan fugazmente que prácticamente pasaron desapercibidos. Me dirigí a una de las mesas que en ese momento quedaba desocupada, mientras esperaba que me sirvieran me fijé en el hombre de una mesa cercana. Vestía un traje de buen corte y buena calidad, usado, pero no raído, daba la apariencia de un cierto desaliño intencionado.

Atrajo mi atención al escuchar sus palabras sobre un contrato de arriendo de una vivienda, indicaba donde estaba el engaño, dónde estaba el fraude y que pasos debía seguir para coger por el cuello con la soga de la ley al propietario que intentaba aprovecharse con malas artes.

Poco tiempo después entró una mujer en el local, buscó con la mirada, lo vió y se dirigió a su mesa. A las primeras palabras de ella, se incorporó respetuosamente –tengo el niño enfermo desde ayer, por favor podría vérmelo.

– ¿Si el niño se encuentra enfermo desde ayer porque no ha venido ayer?.

– No he querido molestarle, contestó la mujer.

– ¿Molestarme?, dijo, ¿molestarme para atender a un niño? ¿Acaso recibo yo dinero a cambio de lo que hago?, dirigiéndose a los que allí estaban, elevó su voz ¿a quién de vosotros le he cobrado alguna vez? ¿Cuándo os he negado mi ayuda?

La taberna llena de humo y en la que momentos antes había bullicio quedó totalmente en silencio.

– Vamos a ver que le ocurre al niño, le dijo bajando la voz y cariñosamente a la mujer, disponiéndose ya para acompañarla.

Al abonar mi cuenta, pregunté por el personaje tan singular. El propietario mirándome fijamente a los ojos, respondió lacónicamente.

– Es alguien que alguna vez se deja caer por aquí. Y se dirigió a atender a otro cliente. Más tarde logré enterarme que había ejercido de médico y de abogado, adquiriendo no poca reputación en ambas profesiones.

Al día siguiente volví intrigado al local, lo encontré sentado en el mismo lugar del día anterior, sus ojos enfrascados en un libro, sobre la mesa una copa mediada. Hice llevar a su mesa una botella del mejor vino, al recibirla se dirigió a mí dándome las gracias e invitándome a vaciarla juntos.

La botella fue vaciada mientras hablamos de cosas intrascendentes, nuestro dialogo sin pasión, era insulso y hasta aburrido, pero un buen conversador sabe que esto no es más que preparar el terreno, que esto no es más que abrir puertas para diálogos posteriores. Se asemejaba a esa primera noche amorosamente anodina que tienen los buenos amantes, con juegos y escarceos de moderada pasión, y que los poco acostumbrados al juego amoroso calificarían de relación fría.

Todo buen conversador habituado a la tertulia sabe que lo primero que debe hacer ante un contertulio desconocido y con el que desea trabar amistad, es ganárselo, para conseguirlo debe mostrarse como es, sin artificiosidad, en una palabra, ofrecerse como alguien que no alberga segundas intenciones. Eso mismo hacen los experimentados amantes en la primera noche, se muestran como son y se ofrecen uno al otro, lentamente como un tósigo la pasión irá despertándose en ellos hasta convertirlos en fogosos amantes. Los amantes que así se comportan no buscan una noche de placer fugaz, buscan la persona en

su eternidad corpórea universal, buscan el espíritu inmortal de quien los acompaña, una noche de placer no tiene interés para ellos, son los céntimos de una gran cuenta bancaria.

Durante nuestra conversación buscábamos mutuamente algo uno del otro, ambos nos ofrecíamos, ambos intuíamos que aquella conversación era el prólogo de conversaciones futuras.

Abandonamos el local, dimos un buen paseo, los efectos del vino se habían totalmente disipados. En las afueras de la ciudad entramos en dos casas de humilde condición, donde fue recibido con respetuosa alegría, exploró en ellas a dos ancianas, recetó infusiones y preparados farmacéuticos, disimuladamente depositó un billete en la mesa de la sala. A la vuelta, en otra taberna quise pedir vino, pero él insistió en que una cerveza era suficiente, que ya habíamos bebido suficiente alcohol.

Ante esta observación, me creí ya con el derecho de saber algo de su vida, le pregunté el motivo por el que un hombre que había llegado a ser un reputado profesional de la abogacía, abandona esta lucrativa profesión para ejercer la medicina y alcanzar en ella reconocimiento entre pacientes y colegas. Qué motivos puede haber para que un hombre de estas características, abandone su posición prestigiosa, el dinero y la comodidad, por una vida bohemia y grotesca comparada con su vida anterior.

Acercó la jarra a los labios e introdujo la punta de la lengua en la abundante espuma –Me gusta hacerlo, debe tener alguna connotación psíquica, lo sé, pero es totalmente inofensiva, no obstante, a las señoras les encanta que lo haga en su presencia.

Respondiendo a la pregunta, te diré que el primer motivo fue la mentira. Dijo después de un buen trago de cerveza. Descubrí que las leyes eran una mentira, una gran mentira disfrazada de verdad. Así que abandoné la abogacía para siempre, había estudiado medicina al tiempo que realizaba los cursos de leyes, me dediqué a ejercer como médico y participé en secretas investigaciones militares.

Me enamoré de una mujer que no podía vivir sin el lujo y sin el prestigio del dinero, me enamoré perdidamente, por ella me convertí en uno de los médicos con honorarios más altos de la ciudad, mis pacientes eran seleccionados entre la burguesía pudiente. Cuanto más elevados eran mis honorarios mayor reputación y estima adquiría a sus ojos, la estupidez de estas personas jamás he conseguido curarla ni siquiera disminuirla, no sé muy bien si ésta es hereditaria o adquirida, sea lo que fuese es un mal crónico de todas ellas.

Esa práctica la realicé durante años, me había convertido en una máquina de ganar dinero, era un buen profesional que me mantenía al día en estudios y en novedades patológicas, pero era un pésimo médico, mi humanidad la había sacrificado por proporcionar lujo y frivolidades a la mujer de quien me había enamorado. Un día, no me preguntes cómo, porque no sabría contestarte, el amor decidió dar un largo paseo y no volver, la vanidosa mujer dejó de atraerme, no teniendo el fin para que necesitaba el medio, dejé a la señora con todo su lujo, abandonando también el lucrativo ejercicio médico.

Desde aquél día me dediqué a mí, llevo este hermoso y libre modo de vida, poco poseo y nada me falta, si deseo comer en compañía, en cualquier casa soy recibido como un príncipe, si quiero beber voy a una taberna, bebo y siempre pago, aunque nadie desea cobrarme, en todas partes soy bien recibido.

Vivo en mi casa, la única propiedad que conservo de mi anterior profesión, excepto el patrimonio familiar heredado que a decir verdad no es pequeño.

Se incorporó de su asiento diciéndome, vamos a mi casa, estaremos más cómodos. Vivía en una céntrica y discreta calle en un edificio de fachada modernista. El piso en el que me introdujo era de techos altos como los que se construían antiguamente, produciendo una agradable sensación de amplitud anímica.

Había sido adaptado con las comodidades actuales, en él había buen gusto y costosa inversión en su reforma. Me hizo entrar en una gran sala con las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros, con cuadros de diferentes estilos en los espacios vacíos, una amplia mesa de madera noble era utilizada para trabajo, en ella, libros y la máquina de escribir que había en una pequeña mesa a un lado. Varias butacas de buen cuero y alguna mesa más junto con lámparas de pie, completaban el mobiliario. No había suciedad, ni abandono, tal vez una cierta intelectual dejadez que se encontraba lejos de llegar al desorden.

Me dejó solo, poco tiempo después apareció con una botella de excelente vino del Rhin, quesos y fiambres para acompañarlo. Mientras esperaba, me entretenía ojeando un álbum de fotografías de señoras, viendo el interés que por álbum tenía, se adelantó a mi pregunta.

– Ahí están las mujeres que han hecho vibrar mi alma hasta el delirio.

La cantidad de fotografías me pareció asombrosa ¿tantas mujeres? Pregunté.

– Sí joven, pero no son muchas, son las necesarias, las que he tenido, a todas agradezco el que hayan penetrado en mi corazón con la fuerza del rayo unas y como un lento veneno emponzoñando de pasión mi sangre, otras.

Llevé el álbum a la mesa, señalando a una muchacha con un pelo tan largo que orgullosamente le colgaba hasta la cintura.

– ¡Charo! Exclamó, fue hace mucho, continuó diciendo, me cayó el pelo, casi llegué a quedarme calvo, era muy joven y debo reconocer que presumido, la caída del pelo me afectó grandemente. En realidad, me originó un cierto trauma que desvié, materialicé o si quieres, hice una transferencia en la búsqueda de mujeres que tuviesen un cabello muy largo. La inconsciente finalidad no era otra que poseyéndolas a ellas poseía también su cabellera. Durante el juego amoroso llegaba al frenesí ocultando mi casi monda cabeza entre las matas de pelo de ellas. El pelo volvió a salirme, con él desapareció lo traumático, desapareciendo con él la afanosa búsqueda de mujeres de larga cabellera.

Observé aquellas fotografías, las mujeres eran hermosas, sus cuerpos variaban desde uno esbelto a otro que no lo era. Las había de pechos prominentes, otras de pechos pequeños, en unas fotografías se adivinaban cuerpos esculturales, en otras, cuerpos más bien rollizos.

– Todas ellas tienen, sin embargo, algo en común que no alcanzo a comprender. Le dije haciéndolo partícipe de mi impresión.

– Estás en lo cierto, a pesar de la variedad y diferencias físicas, todas ellas tienen una constante, un denominador común. Poderosa inteligencia, aunque muy mal enfocada, lo que hace que en la mayor parte de ellas sea algo estéril por no decir inteligencia neurótica.

Una de las fotografías reproducía a una bonita joven sentada en la balaustrada de una solana y moviendo alegremente las piernas.

– Fotografía pintoresca, comenté.

– Excesivamente pintoresca, murmuró en tono burlón.

Noté por su respuesta que en ella había una historia divertida, rogándole que me contase lo sucedido. Viéndome especialmente interesado, accedió no solo a contarme lo de ese día, sino que además para complacerme me contaría alguna otra graciosa historia.

Era estudiante y el fin de semana había sido invitado a pasarlo en la casa de campo de un compañero de estudios. Su hermana de espléndida belleza, tenía además un cuerpo perfectamente modelado, en mi vida había visto una mujer igual, poseía la muchacha un peculiar gracejo en sus movimientos que le proporcionaba un acentuado erotismo.

Desde el día de mi llegada impresionado por toda ella, la deseaba con tanta intensidad que no podía quitármela del pensamiento. Sin poder evitarlo me deslizaba hacia las ensoñaciones eróticas cada cual más rebuscada que la anterior y la siguiente más absurda que la que le seguiría.

No tardó ella en percatarse de la atracción que sobre mí ejercía, conoció en mí con ese especial olfato que las féminas poseen, lo excitado que me encontraba. Ambos éramos jóvenes y como en un malicioso juego se dedicó a echar más leña al fuego hasta que el fuego se convirtió en devoradora hoguera. La siesta, ese yoga español que algunos alemanes hemos incorporado poco a poco en nuestras vidas, tenía sumida a la casa en silencio, silencio únicamente roto por nuestras palabras en la amplía solana de la casa, donde leíamos a media voz el excitante y soez Manual de civismo, del poeta Pierre Louÿs.

En un momento de la lectura se alejó unos instantes, para regresar con un plato de espárragos, sentándose ahorcadas sobre mis piernas, pasó uno de ellos por mis labios humedeciéndolos, después me lo fue introduciendo en la boca. Repitió esta operación varias veces, finalmente introdujo los dedos mojados en su boca para hacerlo seguidamente en la mía jugueteando con ellos en su interior.

Con picarescos ojos de zíngara y pálidas las mejillas, con esa palidez femenina que tan frecuentemente precede a su clímax se deslizó hasta el suelo, desabrochó mi bragueta y fue ella quien se proporcionó un buen banquete.

Una de las hojas de aquél álbum era de color negro brillante y totalmente vacía, el fuerte contraste con las otras páginas me resultó tan sumamente extraño que inquirí el motivo.

Este hombre tan peculiar, enigmático, de amable trato e inteligente conversación hizo un gesto de desagrado, indicando que no deseaba hablar de eso. Insistí que me contará su significado, no sé por qué, pero tenía una sospecha, una sospechosa intuición, que, tras esa página negra como la suerte de algunos hombres, podría encontrarse algún indicio que me orientase en el camino para la recuperación del mal que me aquejaba.

– Hace años, comenzó diciendo, cuando mi cuerpo florecía de juventud y estaba lleno de fuerza, rechazaba sistemáticamente las relaciones amorosas con una sola persona. Había decidido, no me preguntes la razón, porque no sabría decirlo, hacerlo con dos señoras a la vez y nunca con una sola.

Los primeros meses mi cuerpo no conoció mujer, no puedes imaginarte como ardía en deseos de acariciar los turgentes pechos, sentir en mis manos la suave redondez de las nalgas femeninas. Lejos de claudicar, perseveré en mi aparente absurda actitud.

Mi preferencia sexual se extendió como la pólvora, primero entre las mujeres que rechazaba, seguido de las que me rechazaban, después entre sus allegadas, conociéndose en poco tiempo mi peculiar preferencia entre mis amigos y de estos a las suyas. Muchas mujeres lo sabían y discretamente entre ellas lo comentaban, guardándose de que sus maridos lo supiesen.

La mujer contra lo que de común se cree y a pesar de lo que muchos imbéciles dicen, es de una psicología simple y por tanto muy fácil de entender. No pongas cara de sorpresa, me espetó, o comenzaré a sospechar que eres tú también uno de esos que opinan que la mujer es un ser misterioso, incomprensible y de espíritu complicado.

Escúchame, siguió diciendo, si sabes que una persona tiene hambre, no es difícil conocer cuáles son sus deseos, igual ocurre si sabes que tiene sed, lo mismo ocurrirá con todas las demás carencias que se tengan.

El razonamiento de una lógica aplastante me había dejado perplejo sin saber que responderle.

– Estas mujeres, continuó retomando el hilo de su conversación, que durante su vida no se habían permitido licencia alguna transgresora de su moral, se acercaban a mí en sus ensoñaciones y en sus fantasías eróticas.

Supe esto por ellas mismas, ya que de dos en dos comenzaron a caer sobre mí buscando aventuras y nuevos alicientes sexuales en sus vidas. En pocos días recuperé todo aquél tiempo que había estado en

forzado paro amoroso. Todos los días una pareja de señoras me propinaban un maratón sexual que sería capaz de tumbar varios robustos mozos. Por mi natural fortaleza y capacidad viril o si quieres llamarle, por mi alta energía vegetativa, me mantenía en perfecto y saludable estado, ayudándome en la alimentación con tónicos reconstituyentes.

Un año más tarde me encontraba totalmente agotado, ordeñado y seco a consecuencia de mi insensato comportamiento, había llegado hasta el punto de sentirme como un viejo de setenta años. Enfermé de melancolía, me invadió una depresión anímica tan grande que no me interesaba de la vida absolutamente nada, la muerte me parecía una liberación.

Me veía a mí mismo como un ser estúpido, banal y vacío, la soledad se me hacía insoportable, solamente la sexualidad en su aspecto animal más puro me proporcionaba un efímero refugio. La rueda del vértigo giraba y giraba sin que tuviese fuerzas para detenerla. Sumergido de lleno en ella me sumía más y más en una agonía de lento y absurdo placer.

Las mujeres se multiplicaban sobre mi cuerpo y bajo mi cuerpo, durante el mismo día pasaban varias parejas distintas de estas mujeres, cada una de ellas dispuesta a liberar sus internos y aherrojados fantasmas sexuales.

Un acontecimiento casuístico hizo de revulsivo, proporcionándome la energía y voluntad necesaria capaz de liberarme del yugo al que voluntariamente me había sometido. Conseguí alejarme de ese comportamiento para no volver a él jamás. En su memoria he puesto una página negra, que como lápida me recuerde que la muerte se encuentra en el lugar donde uno desea encontrarla.

Impresionado por el relato, pregunté por ese hecho fortuito que le había hecho recobrar fuerzas para el dominio de sí mismo. Su respuesta no me dio opción a insistir.

– Hay cosas que un hombre no debe contar nunca. Me dijo, mientras alzaba la copa de vino a los labios.

La última hoja del grueso volumen la abarcaba una fotografía de cuerpo entero de mujer. Era bella, sin embargo, no era su belleza de las que atraen la atención cargada de deseo, era la suya una belleza de las que llaman atrayendo desde lo más profundo hasta la superficie. En su rostro nada destacaba de una manera especial, tal vez sus ojos que expresaban una mirada que se me antojaba envolvente como la noche cubierta de estrellas alegrando el firmamento.

– ¿Quién es?, pregunté interesado.

– La mujer que ha colmado mi corazón, mi cuerpo y mi alma entera de placer y felicidad, aunque esto último suene a empalagoso y cursi. Una mañana de domingo me dirigí a un local de alquiler de bicicletas con el propósito de hacerme con una de ellas y dar un buen paseo.

Al mismo tiempo que yo, alquilaba otra bicicleta la muchacha de la fotografía. No sé qué me atrajo de ella en aquél momento, lo que sí sucedió es que empujado por un misterioso magnetismo sugerí a la muchacha que realizásemos el paseo hasta un pueblecito cercano y que allí la invitaría a comer.

– ¿Aceptó sin más?

– Por supuesto no podría ser de otro modo.

– Podía tener pareja, estar casada, estar comprometida. Afirmé ante la rotundidad de su afirmación.

– Aún teniendo todo eso y más, no podría ser de otro modo. Hay cosas que deben suceder, es como si estuviesen escritas en el cielo. Dijo mientras señalaba con el índice hacía arriba.

– Durante el trayecto de ida debido al poco tráfico en las mañanas dominicales pedaleábamos a la par comentando y hablando de todo lo que iba apareciendo ante nuestros ojos.

Durante la comida fue donde despertó en mí un irresistible deseo de abrazarla de sentir el contacto de su piel con la mía. A los postres estaba ya enamorado de ella, esta mujer es para mí, me repetía en silencio una y otra vez, al tiempo que intentaba disimular lo que en mi interior sucedía, pero las palabras, las miradas, los gestos, todo me delataba.

Estaba haciendo todo lo contrario que debe hacerse para una seducción, no podía evitarlo, mi alma como las de los niños, se abría sin velo alguno.

No se le escapó a ella nada de lo que me sucedía, me observaba interesada, haciéndole gracia, aunque sin comprender el motivo de la timidez que repentinamente se apoderó de mí impidiéndome jugar frívolamente con la palabra. Esto último que tomé como una falta de indispensable recurso, se convirtió en mi mejor aliado. Con una mujer de su inteligencia y sensibilidad, si hubiese hablado frívolamente me habría tomado por tonto y no tendría ya nada que hacer a su lado.

Poco a poco iba descubriendo en ella la mujer que su interior contenía, sin torpeza abría los pétalos de su espíritu que gustosos comenzaron a ofrecérseme sin resistencia.

Necesitaba abrazarla, eso me relajaría quitándome el fuerte ardor que sentía en el pecho. No me atreví, sentía miedo, por primera vez en mi vida sentí temor, sí un temor vago e inconcreto a la nada. Porque el rechazo era imposible, estaba seguro.

De regreso el tráfico había aumentado considerablemente lo que nos obligó a desplazarnos en fila, desde mi posición observaba su rítmico pedaleo, el uniforme movimiento circular de sus rodillas, las pantorrillas agrandadas por la tensión me excitaban por momentos.

La blusa marcaba su espalda armónicamente en sus caderas. Comencé a fijarme en sus nalgas, con el pedalear se movían con dulzura rozándose relajadamente en el sillín. Las nalgas se me antojaban suaves y tersas contra el cuero del asiento rozándose una y otra vez con cada movimiento de pedal.

Todos aquellos movimientos que rozaban el asiento contra su sexo, me la imaginaba húmeda y excitada sin desearlo.

Pedaleé con rapidez hasta adelantarla, arrojé a un lado mi bicicleta, paré la suya y la besé suavemente mientras acariciaba sus mejillas, sus labios se fueron animando comenzando a buscar los míos y yo los de ella. Bebimos nuestro néctar hasta emborracharnos perdiendo la noción del tiempo y del lugar. Así comenzó nuestra relación.

Vertió vino en las copas y antes de que volviese yo a preguntar, dijo.

– No acabó de ninguna manera, me visita cuando desea verme, la visito cuando deseo verla, es decir, yo casi todas las noches, ella casi todos los días. El invierno y el otoño permanecemos mucho tiempo juntos, durante la primavera y el verano también.

Veinte años llevo amándola como el primer día, desde hace veinte años, mi único deseo es conservar el amor de esta mujer.

Vació su copa, se dirigió a la ventana abriendo sus hojas totalmente, respiró profundamente dejando penetrar en él los aromas de la noche.

– Esta noche tiene un magnifico olor a hembra, mi corazón desea estar en otro lugar.

Antes de separarnos, brevemente le hice participe del mal que padecía, mostrando mis cuitas y penas, así como la desesperación en la que estaba.

– Es un mal trago para un hombre joven, escucha mi consejo, no hagas caso alguno de ese médico que alberga en su mente lo bestial de la represión moral, no hagas caso alguno a ese idiota que te recetó con solemne estupidez considerar a la mujer como un objeto de compra y venta, aléjate también de ese extraño y peligroso acompañante.

La próxima vez que nos veamos trataremos de todo esto con calma, ya sabes en donde encontrarme. Añadió, dándome un afectuoso apretón de manos.

Intencionadamente dejé mediar dos días antes de salir a su encuentro, su aspecto era como siempre lo había visto, aseado, elegante, pero con un cierto e intencionado desaliño que le producía un aire de cercanía.

Me recibió con afabilidad, los clientes al ver el recibimiento me observaron sin animosidad y el propietario del local acudió solícito. Tuve la sensación de no encontrarme en un lugar extraño, sino de encontrarme en un lugar en el que tenía mi lugar, eso me agradó.

No tardé en sacar a la luz el lamentable problema que padecía.

– ¿Cuándo ha sido la última vez que has tenido compañía femenina?

– La semana anterior, mediada la semana. Respondí.

– Cuéntame cómo ha sido, después de escucharte daré mi opinión.

– Salí del hotel pasada la medianoche con el ánimo de tranquilizar mis nervios caminando por un pequeño parque cercano, en uno de los bancos con respaldo de trabajada forja, se encontraban sentados y bebiendo de una botella un joven de veinte años con dos muchachas que no alcanzaban su edad.

El joven manoseaba a una de ellas, lo que ni decir tiene que, con la fuerza de esas edades, la noche, el alcohol y la visión de su compañera, la otra joven se había excitado indeciblemente.

Al pasar por su lado me cantó algo referente a las penas del amor. Sonreí con franqueza, envidiándolos por no poder ser como ellos, los recorridos no eran demasiado largos, al volver a pasar por su lado, volvió a hablarme, le respondí, me ofreció la botella y bebí un buen trago de una mala bebida y se unió a mi paseo.

Minutos después me cogió del brazo y parada ante mí me espetó – ¿Me deseas?

– No, respondí con sinceridad.

– ¿No te gusto? ¿No soy el tipo de chica que te gustan?, Me preguntaba contrariada y ofendida su condición femenina, pero a la vez surgía en ella mayor interés por mí.

– No es eso, no debes plantearlo de ese modo.

– ¿Besarme, deseas besarme?. Estaba tan cerca de mí que sentía su cálido aliento, sus labios carnosos y bien dibujados ligeramente entreabiertos, en su rostro de facciones suaves destacaban la viveza de sus atractivos ojos.

Por mi parte no tenía excitación ni deseo alguno sin embargo comencé a sentir ternura por aquella niña envuelta en cuerpo de mujer. Besé sus párpados recorriendo su rostro hasta que nuestros labios se encontraron. Apoyados en un árbol y protegidos en parte por su sombra, liberé sus pechos encarcelados. Tomó ella mi mano deslizándola por su vientre bajo la ropa, me sorprendió un pubis tan alfombrado de vello hasta encontrar unos labios abultados que como montañas guardaban un hermoso y bien humedecido valle.

Mientras la acariciaba apretó su cadera contra la mía gimiendo como una gatita. Apoyó su cara contra mi pecho respirando profundamente, dejé mis dedos entre su sexo permitiendo en parte su recuperación, instantes después comencé a estimularlo lentamente sin que hubiese todavía salido del inconsciente pozo de placer, no tardó en apretar su cadera contra la mía, mordió mi pecho haciéndome daño mientras alcanzaba otra vez el clímax. Se abandonó totalmente jadeante, dejé que disfrutase aprovechando esos instantes de entrega y laxitud completa antes de volver a la consciente realidad. Por mi parte permanecía impasible, casi diría que como un espectador.

Acabado mi relato permaneció en silencio, sin darme cuenta reflexionaba sobre lo que le había contado. Abstraído, reconcentrado en mí mismo y en mis pensamientos, me despertaron las palabras de mi reciente amigo que tanta admiración empezaba a causarme.

– Has hecho bien. Dijo mirándome fijamente a los ojos. Tu comportamiento y el sentir que te ha llevado a él, demuestra tu calidad humana y el desinterés por la frivolidad, ese sin sentido en el que se afirma por lo común, la mayor parte de las personas. En otras condiciones de mayor comodidad amorosa, no dudo que lo hubieras hecho mejor, no dudo que hubieses descubierto a la naciente mujer su propio cuerpo ni que la hubieses liberado lentamente de la cárcel del olvido corporal en que se encierra a la juventud de todos los tiempos. Con todo, siguió diciendo, falta algo, algo que en la situación anímica en que te encuentras serías incapaz de transmitir, porque te falta, porque no lo tienes, porque no lo sientes. Me refiero al sentimiento amoroso universal, a la capacidad de unir tu individualidad con el todo, la capacidad de mezclar tu esencia con la naturaleza sintiéndola en tí hasta lograr fundiros en uno solo.

Estoy hablando de la fuente energética pura, primordial, origen de la vida y principio de la muerte. Cuando se logra captar la energía que la naturaleza irradia sobre cada una de sus criaturas y que cada criatura a su vez vuelve a irradiarla al universo entero con su energía propia y particular.

Dejó de hablar unos instantes, reconcentrándose agrupando su espíritu, sus ojos fijos en mi rostro no me veían a mí.

– Si logras recoger esta energía y hacerte con ella un todo inseparable, tendrás un hálito especial que nada humano conseguirá dañarte, todo aquel que a tu lado permanezca recibirá los mejores efluvios que un hombre pueda recibir. Hacer el amor con esta energía es totalmente diferente a la relación que la mayoría de la humanidad mantiene, con ella sabrás hacer vibrar un cuerpo como las notas más delicadas de un arpa. Acariciando un cuerpo, compondrás una sinfonía de placer que se reflejará en la eternidad.

No puede ser de otro modo, si concentras en cada uno de tus actos a todo el universo, el cosmos entero respaldará todas y cada una de tus intenciones, es el amor. Fíjate bien que hablo del amor, no de la gimnasia sexual motivada por la necesidad fisiológica.

Sus palabras habían llovido sobre mí como un aguacero lavándome de quien sabe qué suciedad oculta, despojándome, de quien sabe, que malos olores. Fascinado por lo que acababa de oír sentía mi pecho inflamado de sensaciones extrañas. Intuyó lo que en mí ser sucedía, continuó hablando, cada frase golpeaba mi alma rompiéndola en mil pedazos, poco después, estos mismos pedazos volvían a unirse más sólidos, sucedía esto una y otra vez como la alquímica recomendación “disuelve y coagula, disuelve y coagula”.

– Observa la noche, siente el silencio, escucha el murmullo de lo oculto y de lo todavía no creado. Siente sobre tí la llamada remota de lo que habrá de colmar la vida. Pronto habrá una luna esplendorosa y radiante, muéstrate a ella, abre tu espíritu hasta que sus rayos penetren tu cuerpo fortaleciendo el

organismo, esfuérzate en retener en tí su fuerza sintiendo su llamada, revuelca tu cuerpo sobre la hierba del campo bajo su mirada. Fúndete con la naturaleza penetrando hasta su centro, cuando eso consigas, conocerás tu plenitud humana.

Al separarnos me dirigí al hotel deseoso de estar a solas y meditar sobre cada una de sus palabras. Vestido, tumbado sobre la cama sus palabras resonaban en mi interior agitándome el alma en mil formas confusas, desgarrando jirones de creencias y comportamientos sólidamente cimentados durante años.

Llamaron a la puerta, al abrir, Mefistófeles me saluda efusivamente penetrando en la habitación. Lo que menos esperaba en aquél momento era la visita de Mefistófeles, visita que no deseaba tener y que más bien me desagradó, desagrado que a duras penas pude disimular.

Su presencia me resultaba molesta, sensación que poco a poco se tornó insoportable, cedí a su insistencia de pasear por la ciudad, con la única finalidad de sacarlo de la habitación. Comencé a sentir por Mefistófeles algo repulsivo, de él percibía algo que no podía definir ni explicar, ese algo me producía aversión.

Paseamos por calles solitarias permaneciendo yo en silencio mientras él narraba con la amenidad que caracteriza a un hombre de mundo, anécdotas ocurridas.

En una callejuela cercana al puerto, oímos ahogados gritos de mujer, dos hombres se disponían a violentar a una muchacha que yacía con las ropas rasgadas y tendida en el suelo. Mientras uno la sujetaba amenazándola con un cuchillo el otro estaba echado sobre ella.

Mefistófeles se lanzó sobre ellos con la rapidez de un felino, cogidos por sorpresa, uno de los agresores al ser golpeado salió rodando por el suelo, levantó por el cuello al que se encontraba sobre la muchacha, se oyó un crujido y desplomarse un cuerpo.

El que había rodado por el suelo todavía aturdido avanzaba esgrimiendo el arma. Me interpose en su camino, Mefistófeles exclamó ¡Déjame a mí! Avanzó con paso lento, el hombre lanzó varias cuchilladas que se perdieron en el aire al esquivarlas Mefistófeles con destreza. En uno de los movimientos que la hoja del arma cortó la noche, un grito brutal fue acompañado de dos golpes de sonido seco.

La muchacha ahora en pie lloraba con gemidos entrecortados. Mi compañero se despojó de su chaqueta que puso sobre los hombros de ella.

– Puedes irte, yo la acompañaré a su casa, me dijo. Insistí en quedarme. Sin mirarme y mientras ofrecía su pañuelo volvió a decirme –tu presencia no es necesaria, más bien es molesta.

Me marché, decidí esperarlo en el bar del hotel. Bebí con avidez una botella de agua mineral, la garganta y la boca la tenía acartonada por la sequedad, después pedí que me sirviesen un coñac doble que

fui bebiendo pausadamente mientras me entretenía tratando de olvidar la escena vivida, hojeando y comparando los titulares de noticias en varios diarios.

Su voz me despertó del ensimismamiento en que me había inmerso.

– Está solucionado. Dijo, mientras se sentaba frente a mí.

– ¿Cómo solucionado? Pregunté sorprendido.

– Aquello no podía quedar de esa manera, al irte hube de finalizar lo que aquellos infelices habían comenzado.

No comprendiendo la respuesta volví a preguntar – ¿Qué quieres decir?

– Ni más ni menos lo que has oído.

Un profundo sentimiento de asco me invadió ante aquél ser que se me antojaba representado en mil formas distintas en los espejos del bar, en las paredes, en el vidrio de las botellas, su figura me cercaba. El asco dio paso a un repugnante desprecio como nunca antes había sentido.

– Tienes el cerebro enfermo sin posibilidad de cura. Le dije enfurecido.

Subí a mi habitación, tenía la cabeza pesada e incapaz de realizar pensamientos bien coordinados, tenía necesidad de dormir, de dormir profundamente.

Días más tarde con los expansivos efectos de una botella de Medoc, comenté a mi reciente amigo algo que me había sucedido esa misma semana, hechos que me había guardado muy en secreto y que me atormentaban indeciblemente.

Escuchaba con atención mis palabras, su mirada profunda sondeaba mi interior, sin embargo, no me inquietaba, solamente en todo mi relato durante algunos instantes apretó sus labios, cuando finalicé mis palabras me encontraba consternado. Por el contrario, él tenía su rostro rejuvenecido al tiempo que lo enmarcaba una extraña expresión de sombría dureza, sus ojos, su manera de mirarme, fue lo que más me impactó.

Un atardecer, le comencé diciendo, un conocido del que ya te he hablado y con el que he tenido aventuras peculiares y escabrosas, me hizo subir a un lujoso automóvil con los vidrios de las ventanas entintadas.

Nos dirigimos hacia las afueras de la ciudad, no dio al chofer indicación alguna.

No habíamos abandonado aún la ciudad, cuando me extendió unas gafas especiales que me cubrían hasta el rabillo de los ojos, sus vidrios opacos solamente dejaban traslucir tenuemente alguna que otra luz especialmente intensa – Póntelas y no las retires bajo ningún concepto, te indicaré cuando debas hacerlo.

Realizamos el viaje en silencio, el motor del automóvil no se oía en el habitáculo, los asientos de cuero se ajustaban perfectamente a mi cuerpo, me gustó su confortabilidad.

Al bajar del coche no se me permitió quitar las gafas, ayudado subí varios peldaños y tras pasé una puerta, fue entonces cuando me retiraron las gafas, que, en este caso, eran gafas de impedir ver.

Un gran holl fue con lo que mis ojos chocaron primero, de lo que me pareció una mansión, un palacio, un castillo o algo semejante.

Una mujer elegantemente vestida de más edad que nosotros me saludó cortés, pero con frialdad.

Cuando saludó a mi conocido, su rostro se relajó, sus expresiones mostraron confianza, e intimidad.

Con un gesto despidió al chofer y me indicó que la siguiera, descendimos por una escalera cuyo dintel de la puerta estaba artísticamente labrado en piedra.

La seguí sólo, al ver hacia atrás, mi conocido hizo un gesto extendiendo las palmas de las manos, diciéndome, “Voila”.

Las escaleras nos condujeron hasta una amplia sala que era utilizada como bodega para las numerosas botellas ordenadamente clasificadas en enormes botelleros que a la manera de estanterías cubrían las paredes hasta el techo.

Una puerta abierta, que a mi parecer cuando se cerraba era disimulada con los pesados botelleros y que la abrían solamente quienes conociesen el secreto de sus resortes, nos condujo a través de un estrecho pasillo hasta una habitación perfectamente amueblada. Un enorme reverso de espejo invisible cubría gran parte de una de las paredes. Señaló una butaca, indicándome que me sentara, desde ella podía ver totalmente la amplia sala contigua, ella tomó asiento, diciéndome –Esta será tu introducción al submundo, el bautismo, por llamarlo de alguna marea, que te da la entrada en el deseo de lo maldito.

Aquí, se tiene derecho a todo, en esa habitación, dijo señalándome la habitación contigua, quien en ella esté es todopoderoso con la víctima infeliz. Digo víctima porque el placer maldito así lo exige, el animal debe ser sacrificado para obtener de él sus más sabrosas viandas, infeliz porque su infelicidad extrema produce la extrema felicidad del deseo anhelado y ahora cumplido. No es ser verdugo, como el que ejecuta una orden ciega e inexorable, es ser juez sin leyes y verdugo sin juez, es sentirse un dios en la búsqueda y obtención del placer sin límite. Si algún límite hay es aquél que uno quiera ponerse. La vida de la víctima nada vale ya, porque ya está pagada, aquí se viene a eso a la satisfacción plena e ilimitada.

Pensarás que somos inhumanos, despiadadamente inhumanos, nada más lejos de la realidad, si buscas detenidamente en el fondo de tu mente encontrarás numerosas habitaciones oscuras que jamás te has atrevido a abrir y que sin embargo sabes de su existencia. Muchas de estas ocultas habitaciones de tu mente son la original causa de tus trastornos y frustraciones. Aquí se puede coger el fruto de lo que llaman placer maldito y lamerlo, chuparlo, morderlo, estrujarlo o triturarlo hasta reducirlo a papilla.

Somos superiores por la forma de entender la vida y poderosos por que podemos comprar todo lo que el mundo ofrece, y lo que no se ofrece en venta lo cogemos sin más, siendo por eso mismo dobles o triplemente poderosos. Aquí vienen personas que si te dijese sus nombres te dejaría sin aliento, por eso estamos por encima de todo tipo de leyes.

Tu amigo ha pagado una fuerte suma de dinero por tu bautismo, muy pronto, no lo dudes, desearás obtener la concesión siendo tú el protagonista omnipotente en esa sala. Disfruta las innovadoras sensaciones que acariciarán tu alma hasta despertarla de la ñoñería de los débiles.

Apoyó una de sus manos sobre la mía, – una vez más, bienvenido, posees y no me engaño un alma virgen con un admirable y superior potencial.

Abandonó la habitación dejándome solo. La vuelta de una llave me estremeció. De un salto me trasladé hasta la puerta, quise abrirla, pero todos mis intentos resultaron vanos, la puerta era extremadamente sólida, probablemente blindada y recubierta de pesado roble, un tanque sería necesario para echarla abajo. Volví a la butaca cavilando sobre esta extraña mujer y sobre sus no menos extrañas palabras.

Tiempo después entró en la habitación contigua una bonita muchacha, apenas salida de la adolescencia, caminaba asustada como un pajarillo, su rostro denotaba no entender nada de lo que estaba sucediendo. Seguidamente entró un hombre bien vestido, cubierto con un antifaz y sujetando por la correa un enorme perro al que con imperativo gesto ordenó que se tumbase. El hombre la observó detenidamente girando varias veces alrededor de ella.

– ¿Sabes dónde estás?, le preguntó secamente.

– No, respondió moviendo la cabeza de un lado a otro.

– ¿Sabes quien soy? Volvió a preguntarle. Ella hizo con su cabeza el mismo movimiento anterior.

Te diré quien soy, soy tu amo y señor, soy tu dueño que todo lo puede para contigo, absolutamente todo. Esto último al igual que lo primero es totalmente cierto y debes en todo momento tenerlo presente.

– ¿Te gustaría volver a la vida que tenías hace unas horas?.

Quiso responderle, pero noté como las palabras se le atragantaban, como si la boca se le secase de golpe. Finalmente asintió.

– Tal vez tengas una oportunidad, lejana sí, pero una oportunidad es una esperanza, una esperanza mantiene con vida.

Hizo una pausa, para añadir.

Al final, en el último segundo decidiré sobre tí, no eres consciente todavía de lo que estoy hablando, en unos minutos tendrás plena conciencia de todo ello, lo entenderás y te esforzarás hasta límites insospechados para acariciar, aunque solamente sea para acariciar, la idea de una oportunidad

entre mil, de alcanzar la liberación y la salida de este lugar que a tí se te antoja horrible, y que para mí es el lugar más voluptuoso del mundo.

Te lo explicaré de manera muy sencilla. Harás todo aquello que yo te diga sin dilación y con esmero, obtendrás con ello la posibilidad de salvar tu vida, si en alguna cosa no he quedado satisfecho o simplemente porque me apetece, tu vida será cortada de las mil maneras que pueda ocurrírseme ¿Me has comprendido ahora?

La muchacha no salía de su asombro, unas horas antes se encontraba libre, feliz, ahora estaba en un lugar desconocido con su futuro incierto. Asustada, incapaz de responder a la pregunta, permanecía rígida.

Quiero oír tu voz, porque si no respondes me veré obligado a comprobar si tienes lengua, si la tienes entenderé que no has querido obedecerme y tendré que cortártela. Tu vida está por mí comprada y por mí pagada, ya a nadie importas.

Sirvió dos copas, por lo que pude ver, del mejor líquido de la Champaña y le ofreció una. La muchacha bebió con avidez sin despegar los labios de la copa. Con el frescor del líquido burbujeante su garganta apergaminada y su boca reseca como el cartón volvió a recobrar vida.

– Sí, lo he entendido. Respondió amedrentada.

– Desnúdate y arrodíllate.

Mientras iba despojándose de la ropa surgía en su lugar, su carne tierna de joven recién salida de la adolescencia y peleando con todas sus fuerzas contra su propio pudor.

En instantes, todo aquello que durante años le habían pacientemente inculcado era barrido con rapidez. Mientras esto hacía, el hombre extrajo de un armario una fusta de verga que con un par de movimientos rápidos hizo silbar en el aire contaminándolo de malos presagios.

La hizo ponerse de rodillas, él de pié, a pocos centímetros del rostro de la muchacha, desabrochó su bragueta, extrajo su miembro, que me pareció inmensamente pequeño, y se lo frotó contra la cara introduciéndolo en su boca, varios fuertes golpes de fusta acompañados a su vez con varios gritos de dolor, me sobresaltaron.

Le descargó otro golpe de fusta –No vuelvas a soltar el contenido de tu boca hasta que lo ordene, le dijo con voz baja, sugiriendo su voz oscuros tormentos.

Instantes después la fusta silbó en el aire de nuevo, su culo se había tornado de color rojo, tanto por los cardenales como por la sangre que manaba de los cortes que los golpes producían en su piel.

Se apartó bruscamente arrojándola al suelo de un violento empujón. Su miembro permanecía flácido y empequeñecido, ese hombre era a todas luces impotente.

Con un grueso cordón de terciopelo ató sus manos que inmovilizó sujetándolas a unas pequeñas argollas que pendían de una cadena de hierro, abrió sus piernas y ató sus tobillos a otras argollas que para tal efecto se encontraban en el suelo. Atada y de pié, se encontraba indefensa ante aquel degenerado, que golpeó con salvaje sadismo, haciendo silbar la fusta en el aire, la espalda, el vientre, los muslos y los pechos de la muchacha, que gritaba, invocando a Dios en su defensa, tratando de aplacar la furia de su atormentador e inspirarle alguna piedad. Las súplicas parecían obrar de manera contraria porque los golpes de la fusta seleccionaban las zonas más sensibles del cuerpo que poco a poco iba convirtiéndose en una masa sanguinolenta de un rojo púrpura.

La muchacha se desvaneció, su cuerpo como un guiñapo quedó colgado de sus brazos. La reanimó haciéndola respirar algo de un frasco, para después hacerle beber líquido de la copa en la que previamente había disuelto una buena cantidad de droga estimulante.

Los efectos no dejaron hacerse esperar, en poco tiempo había recobrado la energía anterior, fue entonces cuando introdujo la empuñadura de la fusta en su sexo, después separando las carnes de sus ensangrentadas nalgas introducirse violentamente.

Impasible me veía obligado a presenciar el horrendo espectáculo. Me habían prevenido que la cámara estaba totalmente blindada e insonorizada, únicamente yo podía oírlos y verlos.

Extendió una sustancia pastosa por la entrepierna de la muchacha, el animal alzó su hocico irguiendo las orejas, resultándole aquel olor excitantemente conocido. A un gesto del hombre, el animal se precipitó sobre el cuerpo inmovilizado lamiéndole con su larga lengua su sexo.

Un golpe de fusta sobre el animal y este se volvió sin rechistar a su lugar anterior. Desató el cordón de la argolla del techo y el cuerpo pesado y exhausto se deslizó al suelo como una marioneta a la que le han cortado sus hilos.

La sujetó por el pelo levantándole la cabeza e indicándole que se acercase al animal y le hiciese lo mismo que el animal le había hecho a ella. Varios terribles golpes de fusta la obligaron a ponerse de rodillas, sumisa, con las manos apoyadas en el suelo, se dirigió hasta el animal, acarició su sexo peludo del que salió una puntiaguda masa rosácea y brillante. Hazlo de una vez, le decía mientras la insultaba con soeces procacidades. Desarmada, obediente por el temor, acercó su cara a los genitales del animal abrió sus labios e introdujo en su boca el rosado y excitado miembro. Durante la felación la fusta caía sobre su espalda, hombros y trasero. Por otra parte, los vulgares insultos humillaban machaconamente hasta la degradación.

Le obligó a tragarse el líquido que del animal salía, y a que siguiese excitándole con la finalidad de hacerle recuperar la erección lo más pronto posible.

El hombre cogió de una caja un pañuelo blanco con algunas manchas visiblemente amarillentas y se lo pasó por la raja de las nalgas y la entrepierna de la muchacha.

A un chasquido de dedos, el perro se abalanzó sobre ella olisqueándola identificando ese característico olor de la perra en celo. El enorme animal montó sobre ella realizando movimientos rápidos, su puntiagudo pene, apéndice rojizo del bajo vientre que con movimientos frenéticos trataba de hundirlo en algún hueco al que su naturaleza lo llamaba. No tardó en producirse el bestial acoplamiento que fue largo y lento.

Con el cuerpo rotó como una muñeca con la que hayan jugado varias generaciones de niñas, era como estaba ahora lo que antes era una atractiva e ingenua jovencita.

El hombre hurgó en su bragueta y extrajo su minúsculo pene, dejando caer el chorro de su orina humeante sobre el cuerpo de ella. Un placer inmenso se reflejaba en su rostro mientras salpicaba el rostro de ella. Todavía no satisfecho, tomó en sus manos un cordón que pasó alrededor del cuello de la joven estrangulándola lentamente.

Cuando perdía el conocimiento, aflojaba la presión, la reanimaba y daba comienzo un nuevo estrangulamiento. La operación la repetía una y otra vez, jugaba con ella como el gato juega con el ratón malherido e indefenso.

Aunque la habitación se encontraba totalmente insonorizada, levanté en alto mi asiento arrojándolo y golpeando con él repetidas veces el vidrio. El doble blindaje absorbía los impactos de manera asombrosa, confabulándose absolutamente todo contra la desvalida criatura, víctima de la degeneración mental, sin lugar a dudas, de acaudalados y poderosos personajes con reputada consideración de morales y respetables ciudadanos.

Tuve arcadas y vomité.

En ese momento abrieron la puerta de mi habitáculo, no recuerdo quien, pero alguien me cogió y sacó del lugar, las impresiones de lo visto habían paralizado mis pensamientos.

Igual que me trajeron, igualmente me llevaron, utilizando las mismas precauciones de manera que no pudiese ubicar el lugar.

Durante el trayecto iba alelado, aun así, pregunté qué sería de la joven.

– Acabará con su vida, es lo más probable, estaba enmascarado podría dejarla vivir, con la máscara no reconocería nunca su rostro, y aunque lo reconociese, a decir verdad, daría exactamente lo mismo, el poder se extiende desde dentro a fuera del edificio y no a la inversa.

Tras una corta pausa añadió.

– Estaba enmascarado tendrá una lejana posibilidad de continuar con vida.

– Esas mismas palabras oí como se las decía a la joven proporcionándole falsas esperanzas. Respondí como un autómatas.

Soltó una estentórea carcajada.

– El hombre que has visto fue alumno mío, no es de los más aventajados, para mi gusto es terriblemente cansino y aburrido. En fin, para todo arte hay que nacer con cualidades que se perfeccionan pero que no se adquieren sino se llevan dentro.

Durante el resto del trayecto sumido en la oscuridad de las gafas y en los no menos oscuros pensamientos, no volvimos a cruzar palabra ni expresión alguna.

Esto es todo, excepto que me cambié de hotel para alejarme de ese monstruo con apariencia humana.

Pausadamente mi reciente amigo que durante el tiempo que estuve hablando había permanecido callado, me espetó repentinamente.

– Lo que te preocupa, podría incluso llegar a decir, que te atormenta, son las palabras de la mujer, refiriéndose al placer, a lo de ser poderosos, superiores y toda esa jerga de cuentos infantiles o de mentes dementes que no llegan a infantiles siquiera.

Sus palabras me golpearon como un mazo, se me cortó la respiración durante unos instantes. No habiéndome repuesto del impacto de su apreciación, permanecía callado observándome a mí mismo, mientras él, callado a su vez, me observaba a mí.

– Toda esa palabrería, llena de tópicos sin razonamiento alguno y sin razonables ni razonados conceptos, no son más que fandangos que no hacen otra cosa que con sus gestos llamativos ocultar las carencias del individuo, tapar y enmascarar una personalidad patológicamente disfuncional. De ahí que se resguarde tras palabras grandilocuentes o grandiosas, que parecen transportar fuerza, firmeza y sensaciones de estar a salvo de todo mal y protegidos de todo lo que pueda suceder. También indican un visceral odio a todo lo que sugiera o pueda parecer debilidad física.

Hizo una pausa y continuó:

Siempre se desea aquello de lo que se carece y estas carencias se ocultan con sucedáneos de sus contrarios.

La mujer de baja estatura utilizando alzas o zapatos eleva su estatura sin tenerla, la morena se torna rubia con el tinte, el hombre de estrechos hombros utilizando guata que el sastre ha puesto en sus americanas obtiene una aparente anchura de espalda.

El hombre acomplejado y lleno de miedos internos, miedos a cosas concretas a veces y otras veces a cosas vagas y desconocidas, es un hombre enfermo y mentalmente degenerado, que se oculta a menudo tras profesiones de autoridad en las que creen encontrar un seguro refugio para sus padecimientos.

Como el actor que se maquilla engañando al espectador con su apariencia, esta clase de individuos son actores profesionales de la vida, embaucadores permanentes a diferencia del actor teatral, que es

actor solamente por horas y en un escenario, buscando en esta profesión una economía y satisfaciendo su narcisismo con el aplauso del público.

El poco afecto proporcionado por los padres, las disciplinas excesivas y las represiones severas sobre las más naturales inclinaciones humanas en la infancia, producen este tipo de personajes carentes de lo esencial que es el ser humano.

Son personajes que ni siquiera su alma ha sido embrutecida, su alma no ha llegado a desarrollarse, son animales y aún de la más baja escala habitando cuerpos humanos, porque para ser un humano se necesitan dos cosas ser racional y tener un alma desarrollada. Que hay pocos seres de estas características, estoy de acuerdo contigo, pero entre este caso ideal y el anterior, hay un amplio margen degradante.

Los colegios con su disciplina carcelaria sobre los niños, aunque revestida esta disciplina con modales más civilizados que los de hace unos años. Contribuyen en gran manera al desarrollo y proliferación de tales individuos. Sin olvidar aquellos cuya naturaleza les aparta ya desde su nacimiento a una inexplicable tendencia innata a la crueldad por sí y en sí misma.

Escuché sus palabras con atención, lentamente bañaban mi espíritu reconfortándolo y devolviéndole la razón, que como bien el se había dado cuenta, se hallaba desconcertado.

– Las dos personas que he conocido, eran personas fuertes de ánimo, cultas, de modales extremadamente cuidadas, una de ellas de una fortaleza física fuera de lo común. Excepto por su elevada posición económica, no entran en el perfil del personaje que acabas de describirme.

Dije convencido, pero con angustiosas ganas de ser convencido de lo contrario.

– ¡Ah, no! Exclamó. No los conozco, pero veamos si encajan en este pequeño pero ilustrativo esquema.

Abandonamos su casa, salimos a la calle para continuar la conversación. El frescor nocturno despejaba mi mente algo embotada por el vino.

– Dices que esas dos personas tenían modales cuidados hasta el extremo, no has notado que en modales así, se ocultan una calculada represión sobre sus emociones, de tal manera que no puedan traslucirse nada sobre ellas. Te has fijado en eso porque precisamente destacaba y todo lo que destaca no es connatural en quien lo hace. Lo de cultura, vamos a dejarlo a un lado, si no lo hiciésemos nos meteríamos en un tema que por largo e interesante nos alejaría del que estamos tratando. Pero puedo concederte que confundes aprendidos modales gestuales y tonos afectados de voz con cultura, aún te diré más, ¿cómo puedes decir de una persona que es culta sin haber tratado en profundidad algunos temas?. Con todo puedo llegar a concederte que hayan sido devoradores de novelas, incluso de otros tipos de libros, pero eso no sería indicativo de cultura.

Al igual que no nos alimentamos de la comida que ingerimos, si no de la comida que asimilamos, así ocurre con el estudio y la lectura. Debemos tener presente además del uso que de ese conocimiento se haga, el conocimiento es un cultivo de la mente y una consecuencia de la actividad cerebral, su utilidad y uso puede ser de lo más variopinto. Pero una mente cultivada, unida a un alma cultivada produce hombres. De otra manera, únicamente producen animales con aséptica información. No me refiero a moralidades, valores y otras estupideces, hablo simplemente de razón y alma sensible, ambas van unidas y fuertemente ligadas. Prefiero dejar este tema aquí, lo retomaremos otro día en el que nos explayaremos hasta que nuestras gargantas se sequen.

Entre risas añadió –La mía tendrá siempre su medicamento a mano para que eso no le suceda.

Tu extraño conocido, continuó diciendo, entra en el perfil de pleno, incluyendo, su al parecer, extraordinarias dotes físicas.

Estarás de acuerdo conmigo que solamente duerme quien tiene sueño, come quien tiene hambre, se abriga quien tiene frío, realiza ejercicios para tonificar su musculatura aquél que la tiene débil. Pues bien, una persona con miedos e inseguridades internas, practicará alguna técnica de lucha de la que llegará incluso a hacerse consumado experto. Tendrán también una magnética atracción por las armas, tanto blancas como de fuego. Un arma en manos de estos personajes es como ponerla en manos de un niño, que de ser inseguros y estar a merced de hermanos, padres u otros niños mayores, se convierten por el hecho de tener un arma, en controladores de sus vidas y destinos. Un arma es un objeto hiriente, que hiende el cuerpo, penetrando en la carne, es un objeto fálico según la teoría freudiana, con importantes connotaciones violentamente sexuales.

Muchos de estos personajes escogen profesiones de autoridad, admiran la autoridad superior, admirando con adoración a quien los desprecia, despreciando a su vez a sus inferiores con los que mantienen un trato afablemente distinto y sádico.

Políticos, jueces, abogados, médicos, sacerdotes, industriales, comerciantes con sus empleados; padres con sus hijos; policías, bandas callejeras, grupos de jóvenes con parafernalias nazis, o simplemente proxenetas, no son más que profesiones con actitudes donde abundan especímenes semejantes. Aunque todo hay que decirlo, vivimos en una sociedad psíquicamente enferma, estos personajes se encuentran en la actualidad en todo el estamento social, y repartidos por todas las profesiones. No exceptúa a las mujeres de todo lo que estoy hablando, como tu bien ya has comprobado. Si todavía son en menor número que el hombre, es porque todavía están en camino de su liberación, que para ellas no es otra cosa, que hacer lo mismo que el hombre hace.

Los militares pueden practicar de forma moderada en los cuarteles este comportamiento, pero en época de conflicto o de misiones de paz como propagandísticamente las denominan los medios de comunicación, cometen con los prisioneros y la población civil, atroces crueldades.

Hizo una pausa como para dejarme reflexionar, nuestros pasos resonaban sordamente, poco después volvió a hablarme.

– Veamos si encaja todavía más en el esquema, tu asombroso conocido que más bien deberías llamarlo desconocido. Además de todo lo que te he dicho, sentías una incipiente admiración o atracción hacia su persona que te parecía subyugante, y ahí volvemos de nuevo a la sexualidad, el eterno conflicto del hombre civilizado.

Ingenuamente envidiabas su potencial sexual, que, mezclada en tu mente confusa con la violencia, no sabías ya separar ni distinguir una de la otra.

Amigo mío, hay productos que no están comercializados que son estimulantes sexuales excelentes incluso soberbios me atrevería a decirte. No me estoy refiriendo a drogas ilegales que pueden adquirirse a cualquier camello de esquina. Estos estimulantes pueden convertir a un hombre durante horas en un supermacho, pueden convertir su agotamiento en una actividad desbordante, convertir un hombre de fuerza normal en un hombre de fuerza sobrehumana e insensible al dolor físico.

Todo esto les pasará factura más temprano de lo que se piensa, soy médico, pero también he trabajado como investigador militar.

Se de lo que te hablo.

He ahí desvelado gran parte del misterio de tu desconocido y ahora conocido acompañante.

– ¡Perfectamente! Exclamé. No obstante, no acabo de entender el por qué su insistencia de tenerme a su lado.

– Es muy sencillo, eres un hombre sano, mentalmente sano y emocionalmente equilibrado. Eso trae consigo una seguridad y firmeza interna que la capta quien de ella carece, era tu fuerza y a ella tendía como mariposa a la luz. Tratar de introducirte en su círculo, tratar de inocularle su veneno que como un cáncer se extendiese lentamente emponzoñando tu sangre, sería su mayor victoria y si no lo conseguía, si era inteligente sabría que no lo lograría nunca, al menos hasta donde él se lo había propuesto, se beneficiaría de tu ingenua y saludable compañía.

Por otra parte, el personaje de quien me hablas, creo identificarlo con una familia de la antigua nobleza veneciana, poseedora de una inmensa fortuna y no menos influencia política y económica, esta familia fue conocida durante generaciones, en círculos reducidos por la práctica de la magia y el ocultismo.

En este punto paró de hablar y cogiéndome del brazo penetramos en un local, en él había varias mesas ocupadas por hombres en compañía de algunas mujeres de mundo. Su entrada fue recibida con amistosa discreción. En la barra del local consumimos café que me revitalizó extraordinariamente. Se acercó a una de las mesas susurrándole algo a uno de los contertulios. Salimos del local y nos dirigimos a

un pequeño parque, paseábamos charlando de algo trivial, me dí perfectamente cuenta que había escogido intencionadamente como conversación temas intrascendentes. No habían transcurrido quince minutos cuando se nos acercó un hombre que lo saludó respetuosamente. No era muy alto, más bien bajo, cabeza más bien grande y ojos muy vivos y penetrantes, su frente denotaba inteligencia, pero una inteligencia peculiar, rápida, esquemática, programada, semejante a la de un científico, su complexión fuerte, por la anchura de sus hombros y de nervuda musculatura. La apariencia física de todo él indicaba que una vez que tenía un objetivo o un propósito en mente lo llevaría a cabo con el tesón y la astucia del lobo.

Sin embargo, su aspecto era reposado aparentemente no mostraba inquietud alguna. ¿Por qué describo a este hombre? Porque me llamó la atención sobremanera sin saber el motivo.

– Este joven amigo, me presentó, me ha contado algo muy interesante. En pocas palabras lo puso al corriente.

– Nadie institucional se atreverá a intervenir dada la naturaleza de quienes pueden estar implicados en este asunto. Terminó

El hombre me hizo preguntas tratando de localizar el lugar, me preguntó por paradas, frenazos, velocidades, ruidos, sonidos, traqueteos del automóvil y otras muchas preguntas más. Finalmente añadió, la zona está localizada, el lugar habrá que fijarlo con precisión. Una vez encontrado, ¿qué haremos?.

Preguntó, con el rostro muy serio.

– D.T. y sacó de un bolsillo un fajo de billetes. Para los gastos. Añadió, a la par que le extendía la mano ofreciéndole el dinero.

– No será necesario, por favor, no será necesario.

– Sí que lo será, nada debe sustraerse, no debe dejarse pista alguna. D.T. doblemente, el asunto es tan serio como peligroso posteriormente.

El hombre cogió el dinero, saludó, pero antes de marcharse comentó, mi madre no tiene apenas dolor alguno, le gustaría acompañarnos a comer el domingo, si no tiene ocupación alguna ese día, claro está.

– Allí estaré y con sumo agrado, chateaubriand, que prepare chateaubriand trufado, es de quien mejor lo he comido. El vino y el postre yo lo llevaré, así como unas flores que sé que es lo que más le gusta.

Cuando nos quedamos a solas pregunté.

– Que significa D.T.

– Destrucción total. Respondió secamente.

– Y doble D.T.

– Destrucción total. Discreción total. ¿Puedo hacerte una pregunta?, le dije; tal vez sea una indiscreción por mi parte, añadí. Él asintió con un movimiento de cabeza.

Me intriga la persona que me has presentado, tanto su aspecto como sus preguntas me han desconcertado, no sé si para temer, o para desear tener cerca de uno.

Esbozó una sonrisa, al cabo de unos instantes de silencio, comenzó a hablar.

Cuando colaboraba como médico en investigaciones militares, sin ser militar, mi trato personal con mandos y jefes militares era frecuente, no me refiero a cuestiones de trabajo sino a cenas, comidas y demás parafernalias.

El ser civil, no estar bajo su tutela militar, ser superior en conocimientos ni estar sujeto a protocolarias jerarquías marciales y tener una holgada posición económica, me proporcionaba una situación especial con ellos.

Debo aclararte que el militar de alta graduación a veces, y recalco, a veces no tienen nada que ver con los militares de graduación media y baja, son gente de mundo. Por hacer una comparación académica, el militar hasta el grado de capitán, equivaldría a conserje de universidad, los grados hasta coroneles, equivaldrían a profesores, los generales a catedráticos universitarios. El catedrático, como el general, a veces, insisto, a veces, se distingue de los demás profesores universitarios. Resumiendo, con alguno de la flor y nata de estos militares tenía yo trato más que cordial.

En el hospital estaba ingresado un capitán en un estado lamentable, su vida llegó a peligrar, costillas y un brazo roto, golpes por todas partes y varias lesiones internas. Al parecer un soldado había sido el causante. El mencionado oficial no gozaba de simpatía entre sus compañeros ni entre la tropa, su comportamiento abusivo, hasta lo humillante con los inferiores en graduación era amparado por su cargo.

Un día topó con un soldado, que pacientemente buscó el momento y el lugar oportuno, evidentemente fuera del recinto cuartelario, el capitán alto y fornido debió de confiarse ante la baja estatura del soldado, porque este le propinó una paliza descomunal, tuvo la deferencia de avisar para que se hicieran cargo de él.

Poco después fue detenido y encarcelado en los calabozos del cuartel en espera de juicio y condena, que no iba a ser pequeña. La expresión de sus compañeros con respecto al soldado era de pesadumbre, por el contrario hacia el capitán apaleado era de ¡se lo había buscado, lo tenía bien merecido!.

Creció en mí el interés por conocer al detenido, lo visité varias veces, en el calabozo tuvimos largas conversaciones, porque a decir verdad el muchacho era inteligente, despierto, valiente y de

espíritu justiciero. Le aconsejé como abogado algunas directrices, ofreciéndome a poner toda mi influencia para que su caso cobrase el mejor cariz posible.

Cenas por aquí, cenas por allá, busqué el mejor abogado militar e influí para que fuese su defensor, lo mismo hice con el tribunal militar que lo juzgaba. Un acontecimiento vino en nuestra ayuda, en una de las cenas que había preparado para varios militares con sus mujeres, la conversación recayó sobre el cine y de ahí a los actores, las mujeres tenían debilidad por ciertos actores de moda. No desaproveché la oportunidad. En casa de un productor, hermano de un colega de profesión se preparó una cena a la que asistirían como sorpresa los admirados actores. A partir de ese momento todo fue sobre ruedas. Consigue a la mujer y conseguirás al marido. Al capitán convaleciente se le amonestó oficialmente por sus conductas abusivas e inaceptables en el cuerpo militar. El juicio quedó reducido a una soberana reprimenda y a unos meses de condena en prisión, es decir, una parodia que tuvo un final feliz para satisfacción de casi todos.

Así es como lo he conocido y desde entonces nos une una estrecha y buena amistad. La pregunta está respondida, yo prefiero tenerlo cerca de mi y conservar su amistad. A propósito, – ¿Te has fijado en sus manos?

- Por supuesto que me había fijado, eran desmesuradamente grandes, auténticas tenazas.
- Con esas asombrosas manazas no adivinarías nunca su profesión.
- Como no fuese la de estrangulador no se me ocurre otra que le encaje.
- Soltó una carcajada –añadiendo seguidamente– su profesión es la de relojero.

Y ahora hablemos de otra cosa. Que es lo primero que te atrae de una mujer, lo primero que te golpea, es decir la primera puerta del amor. Y se echó a reír.

- Sus ojos. Respondí a los pocos instantes.

– Eso está muy bien, fijarse en algo particular, pero me huele a que hay algo de fetichismo desviatorio al olvidar que solamente se tiene una llave para la cerradura que dará abierto la puerta. En este punto empezó a reírse de su propia comparación, la risa como las lágrimas son contagiosas, hice lo mismo que él.

– Creo que tu madre era de carácter amable, pero poseía un espíritu resuelto, seguro que tenía unos bonitos y expresivos ojos cuya mirada te llenaba de maternal y excitante gozo.

- Pues sí. Dije con firmeza.

– ¡Cabronazo! Estás buscando sin darte cuenta a tu madre en toda mujer que tenga ojos que inconscientemente te la recuerden. ¡Que bello oculto y poético Edipo!. Deseas tirarte a tu madre, perversidad de perversidades.

- ¡No! Respondí seriamente.

– ¡Sí! Respondió él, y no te preocupes es el más normal de los sentimientos incluso me atrevería a decirte que el más hermoso y halagador para una madre. A mí me ocurrió lo mismo, lo trágico está en no darse cuenta de ello, lo patológico en no asumirlo y que ese sentimiento quede anidado en nuestro interior. Para tranquilizarte, añadió, casi todas las madres tienen este mismo y bello sentimiento hacía sus hijos, de no superarlo, con el tiempo se convierte en algo de extrema fealdad. Las madres cuidan, miman y hablan con amorosas palabras a sus hijos, mientras a sus maridos, sin embargo, les lanzan reproches o palabras hirientes como dardos. Su pensamiento es el siguiente, “los hijos son propiedad de las madres”.

– Nunca lo había pensado ni visto de esa manera, es para mí toda una gran revelación, una liberadora revelación. Añadí.

– Volviendo a la pregunta anterior y dejando a un lado los bonitos y chispeantes ojos femeninos. Creo adivinar que el rostro en conjunto es lo que primero te atrae de la mujer.

– Es fácil deducirlo, es la parte más expresiva del cuerpo, al menos en nuestra cultura, y la que más al descubierto está.

Golpeó en el aire las palmas de sus manos aplaudiendo.

– ¡Perfecto! Sin embargo, te señalaré que es en lo que menos se fija el hombre. A la mayor parte de los hombres les preguntas de qué color son los ojos de su mujer y no lo saben, que te describan su rostro y no sabrán hacerlo. El hábito, la costumbre, abotargan sus sentidos.

– Que curioso, estoy perplejo.

– Lo sé, te ves reflejado en el gran tropel de ese tipo de hombres. Hay otro grupo minoritario que, como tú, se fijan en el rostro de una forma global, interiorizándolo y haciéndolo potencialmente suyo y como puerta de entrada que es de la pasión, se fija y graba en su mente cada expresión de los músculos de su cara.

El hombre corriente o del primer grupo no penetra más allá de la superficie y esta superficie cambia con los peinados y con los sutiles matices de los maquillajes femeninos.

Los hombres así, toman por el mar la superficie de sus aguas, sorprendiéndoles cada vez que hay olas o el mar está en calma. Los hombres del segundo grupo buscan el alma femenina en las profundidades de su ser. Los cambios superficiales no les interesan, potencialmente pueden darse y hacerse hasta el infinito.

A los hombres del primer grupo les desagrada ver arrugas en el rostro de su mujer, los del segundo grupo se maravillan cada día ante los cambios y matices producidos en el alma de la mujer que tienen a su lado. Para ellos el rostro ha sido la puerta de entrada que les dio paso al infinito universo femenino.

Volviendo a la realidad, que por ser realidad es con frecuencia diferente a nuestros deseos.

Muchas mujeres carecen de estas características, teniendo solamente una bonita y decorada puerta por rostro, puerta que una vez traspasada no hay tras ella más que un pequeño y mal cuidado jardín, de ahí que su preocupación sea únicamente pintar y repintar el rostro y llegar con operaciones a estirarlo como goma de mascar. Dios los da y ellos se juntan. Los del primer grupo con las del primer grupo y los del segundo grupo con los del segundo. Pero tampoco es así, la naturaleza en sus sabias combinaciones no permite que eso suceda totalmente, hay algo que se escapa a la razón humana, pero que no se les escapa a las leyes naturales o a las leyes cósmicas. Una extraña atracción química, molecular, conlleva a esta mezcla combinada de caracteres físicos, mentales, emocionales y espirituales.

Te imaginas uniéndose únicamente las personas altas con las de su igual estatura, los inteligentes con sus parejas, los portadores de innata animalidad con sus homólogos o los de bondad únicamente con los bondadosos. En dos o tres generaciones la tierra se llenaría de monstruos que en tres generaciones más se exterminarían unos a otros.

Las leyes naturales lo evitan, en esto son inexorables, como lo demuestra la ley de Hardy-Weinberg sobre el equilibrio de población, que dice, que llegado a un punto máximo la evolución comienza a decrecer de nuevo nivelando y adaptándose a la evolución necesaria o para ser más preciso, la composición genética de una población permanece en equilibrio mientras no actúe la selección natural ni ningún otro factor y no se produzca ninguna mutación.

A la luz de una farola, cogió una pequeña rama de las que por allí había, dibujó un gráfico explicando sobre la curva que trazaba las peculiaridades de esta curiosa ley.

Después prosiguió hablando.

– Retomando la conversación anterior, después del rostro debes fijarte en la tonalidad de la voz, si es armoniosa, si tiene cadencia. Debes observar si sus palabras son fluidas o a chorros entrecortados, si su conversación es lineal o dispersa.

Observarás también si sus juicios son lógicos o meramente palabras cargadas del estúpido yoismo. Finalmente observarás su sonrisa y aun mejor, su forma de reír.

Los gestos y manos son importantísimos, estas deben observarse con detenimiento, los gestos chabacanos, los sin gracia, los rudos, los esquemáticos, los refrenados, los huidizos o los demasiado ampulosos. Todos ellos delatan un tipo de personalidad específica. La vestimenta es igualmente indicativa de los rasgos del carácter, todo esto debe hacerse antes de que la pasión nos domine, una vez que ésta haya entrado en nosotros, la lógica y objetiva observación quedará reducida a añicos.

Si haces esto, el riesgo a equivocarte descende en un porcentaje considerablemente elevado. De no hacerlo es como comprar zapatos al azar en una zapatería, sin haberlos probado antes.

– Actuar así, es actuar tan fríamente que produce espanto, le dije.

– ¿No actúas de igual modo con el resto de las cosas de tu vida?, ¿no actúas así diariamente en todo lo cotidiano? ¿Por qué te sorprendes?

Me preguntó con un cierto aire de reproche. Tras unos instantes prosiguió.

De no hacerlo serás infeliz, si sucede lo contrario es pura casualidad, de ahí que casi ningún matrimonio tenga en sus vidas un poco de felicidad. Es cierto que ellas han calculado los aspectos presentes y futuros de su relación, solamente aspectos materiales, como son la posición social o posición económica.

Me olvidada añadir la última y definitiva observación, que es a la que conducirán todas las observaciones anteriores, consiste en llegar a saber si la mujer de tu interés está emocionalmente equilibrada, es decir, si está aquejada de una neurosis incipiente o muy arraigada.

Caminamos un buen trecho en silencio acompañándome hasta la puerta de mi hotel, donde se despidió de mí diciéndome, – piensa en todo lo que te he dicho, y extrae de tus experiencias, tus propias conclusiones.

Semanas más tarde leí en un diario una noticia a la que no se le daba demasiada relevancia, como si intencionadamente buscasen camuflarla entre otros sucesos varios. A mí me llamó particularmente la atención. El artículo con un titular anodino, explicaba muy superficialmente que se había incendiado una mansión a las afueras de la ciudad, probablemente debido a un fallo eléctrico, encontrándose varios cadáveres totalmente carbonizados, que seguramente fueron sorprendidos mientras dormían, unas generalidades más por el estilo y finalizada la noticia.

Acudí a ver a mi reciente amigo comentándole con agitación lo que había leído y la sospecha de que ese podía ser el lugar en el que había estado.

– Nada sé, no leo periódicos, respondió. No obstante, te diré, mientras haya personas como las que tú me has descrito, existirán lugares como los que has mencionado. Hablemos de otra cosa que eso ya no tiene importancia ¿has pensado en la última conversación que hemos tenido hace unos días referente a la observación de la mujer?.

No me atreví a insistir, me di cuenta que sería inútil intentarlo siquiera. Me ceñí pues al tema propuesto.

Durante largo tiempo seguimos hablando, mostrando yo esta vez mis observaciones. Muy entrada la noche, en una taberna me echó unas gotas de un pequeño frasco en el agua de mi vaso y otras tantas lo vertió en el suyo.

– Bébetelo, es suave, pero es un efectivo estimulante neuronal a base de extractos de plantas, yo mismo lo preparo para mi uso personal.

Ambos vaciamos los vasos, el sabor un tanto amargo no me desagradó.

– Esta noche, en la manera como te veo, te ayudará probablemente a superar el bloqueo anímico en el que te encuentras. Creo que esta noche podrás conseguir abrir las puertas del alma para que tu energía fluya ininterrumpidamente completando el círculo vital.

– Ojalá fuese eso posible. Añadí.

– Todo es posible cuando se está dispuesto.

Minutos más tarde sentía mi mente con una asombrosa claridad, los objetos los veía en sí mismos, lo que antes me parecía feo, ahora lo feo y lo bello habían desaparecido, todo era y nada más.

Sonriendo se despidió deseándome suerte e indicándome que esta noche me dejase llevar por mi intuición, ella sabía qué hacer en todo momento.

Comencé a caminar, me alejaba dejando tras de mí calles y altos edificios, adentrándome poco a poco en la oscuridad del mundo rural. Caminaba de forma automática, la mente ni abotargada ni dormida se encontraba en un estado especial, extraño, no estaba con ensoñaciones como vulgarmente se hace, tampoco en blanco como en los logrados en los momentos de profunda relajación.

Mi mente se encontraba extraordinariamente activa en un estado de alerta receptiva como nunca lo había experimentado. Era como si las sombras fuesen abandonando su forma y mostrasen su esencia, como si la oscuridad se mostrase abiertamente descubriéndose ante mi sin misterio ni secreto alguno. Todo lo veía con nitidez prístina, más que ver, era sentir, sentir en sí mismo lo que me rodeaba, nada me era ajeno, todo me era cercano, conocido y prolongación de mi mismo, y también sentía la inversa sensación de ser yo la prolongación de lo que me rodeaba.

Seguridad formidable interna, nada se me ocultaba, todo se me aparecía entendible y ahí estaba ante mí, me maravillaba de no haberlo sentido antes, todo estaba ahí descubriéndose, mostrándose como es y como un todo unido sin desgarro ni separación alguno.

Desde una pequeña elevación divisé las luces de la ciudad con todo tipo de colores resplandecientes. Seguí caminando durante tiempo indefinido perdiendo la noción de él, la verdad, era que el tiempo cronológico había dejado de tener el menor interés para mí, estaba, sentía y era.

La nueva sensación era renovadora y altamente edificante.

Seguí caminando, la luna en creciente había alcanzado el plenilunio, iluminaba la noche que comenzaba lentamente a desaparecer presagiando la luz de un nuevo día.

Con los primeros rayos del alba, vi algo más lejos de donde me encontraba una inmensa pradería sembrada de hierba. Los consejos de mi nuevo amigo comenzaron a golpear con violencia.

“Siente el silencio, escucha el murmullo de lo oculto y de lo todavía no creado, siente sobre tí la remota llamada de lo que habrá de colmar la vida, revuelca tu cuerpo desnudo sobre la hierba del campo

bajo la atenta mirada de la luna, fúndete con la naturaleza penetrando hasta el centro de ella, conocerás entonces la plenitud humana”.

Un extraño impulso me hizo apurar el paso para acabar corriendo por aquel campo, notaba la humedad que el rocío había depositado durante la noche, notaba los pies y las piernas mojados y la sensación de placer que me producía, esta sensación daba a mi cuerpo un vigor insospechado y corría cada vez con mayor alocada firmeza. Nada podía pasarme, corría hacia el encuentro de algo que durante años buscaba como un ciego sin orientación alguna y que ahora sentía cercano. Tropezaba, caía para levantarme y emprender de nuevo la loca carrera empapado el cuerpo por mi propio sudor y las ropas por el rocío de la noche.

– “Revuelca tu cuerpo desnudo sobre la hierba del campo, bajo la atenta mirada de la luna, fúndete con la naturaleza penetrando hasta el centro de ella”. Resonaba en mi interior como un tam–tam primigenio.

Me desprendí completamente de la ropa, despojándome de todo aquello que no fuese auténticamente mío. Desnudo sobre la hierba, respiraba profundamente, llenaba mi cuerpo sudoroso y mis pulmones calientes del aire frío que me reconfortaba de manera indecible. Cerré los ojos y esperé a que los restos de la noche huyente me abrazasen. A los primeros resplandores del alba me acosté con la mirada fija en el firmamento, observando la unión de esa aparente ambivalente divergencia, sólido soporte del pensamiento oriental. El frío me estimuló a moverme y a girar sobre mí, giraba dejándome abrazar poco a poco por la naturaleza. Jadeante hundí mi rostro en la hierba mientras mis dedos se agarraban a ella con fuerza.

Sentí lo que aquél hombre me había explicado, la sensación de convertirme en un solo ser con la naturaleza y con el universo entero. El sol arrojaba su luz, era totalmente de día, sus rayos calentaban mi cuerpo que, aunque algo entumecido por el frío estaba lleno de vigor. Me dejaba estar mostrándome ante el gran dios. Arropado por el calor quedé profundamente dormido, soñé, en mis sueños surgieron infinidad de figuras y rostros cada cual más deforme y horroroso. Violencias indescriptibles se desataban en mi interior, una lucha interna entre quien sabe que enemigos. Despertaba para inmediatamente dormirme profundamente y volver a soñar de nuevo, es como si mi alma febril estuviese limpiándose con necesidad de vaciarse.

Cálidas caricias sobre el rostro me hicieron abrir los ojos, ante mí un perro que me había lamido la cara. Asustado al verme despertar se alejó unos metros, contemplé al animal, sentado ya sobre el campo lo llamé, pero el animal no atreviéndose a acercarse se conformaba con mirarme con curiosidad, lo llamé de nuevo, esta vez se acercó confiado, después de acariciarlo se echó a mi lado, así permanecemos un buen tiempo, meditando yo y acompañándome él. El perro se incorporó, dio un ladrido y se marchó corriendo, perezosamente me dejé caer de espalda con los ojos entornados, un calorcillo interno me

invadió de los pies hasta los hombros llegando a todos los rincones de mi ser por conductos invisibles por una vida subterránea antes oculta.

Inconscientemente apretaba los muslos, mi miembro sentía el golpear de la sangre caliente y nueva que como latigazos lo impulsaba en movimientos ascendentes.

Apuntaba mi miembro hacia lo alto en erección altiva, pletórica de vitalidad y lleno de vida. No creyendo lo que veía me puse en pié para contemplar lo que ya había desistido lograr. Mi erección era firme, dura, maciza, incuestionable. Me pregunté ¿durará, será leve su permanencia?.

Tomé el miembro en mi mano y comencé a acariciarlo y a moverlo con gran placer, entregándome en una libación al universo entero origen de la vida y madre de los sueños perpetuos.

Desde ese día la respuesta pronta y rápida de mi verga no se hizo esperar, pero también puedo asegurar que desde ese día nunca he hecho el amor porque sí».

**Alejandro Domínguez Araújo**

Última revisión y arreglos el 7-11-2018